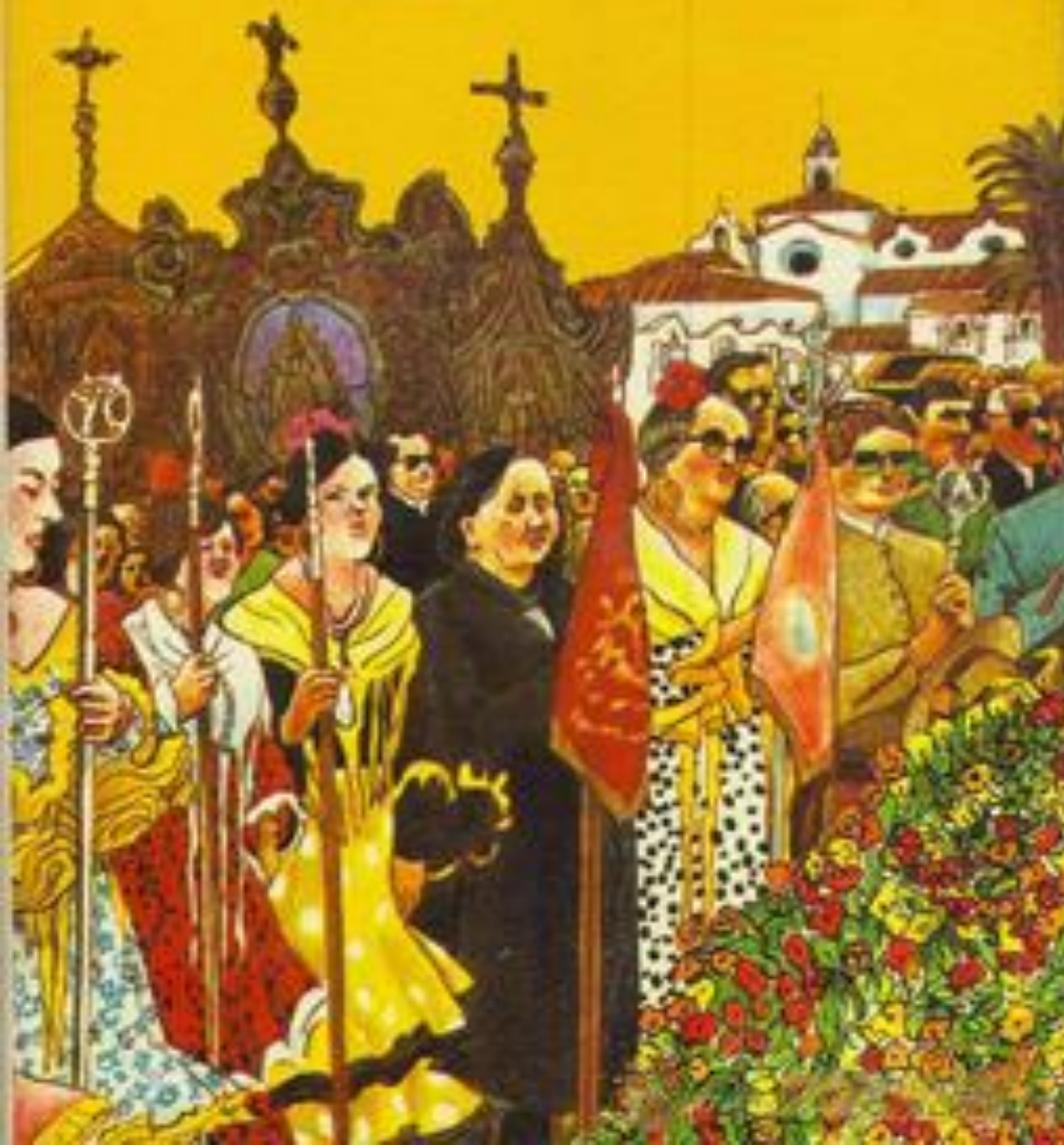


ALFONSO GROSSO

Con flores a María



Alfonso Grosso

Con flores a María

Maquetación actual:
Demófilo
Nov. 2018



Biblioteca Libre
OMEGALFA
2018
Ω

... cómo se ha puesto el río [el Tinto] entre las minas, el mal corazón y el padrastreo. Apenas si su agua roja recoge aquí y allá, esta tarde, entre el fango violeta y amarillo, el sol poniente; y por su cauce casi sólo pueden ir barcas de juguete. ¡Qué pobreza!

Juan Ramón Jiménez

PRIMERA PARTE

CAYETANA

–1942–

*Pasó una mulata de oro,
y yo la miré al pasar:
moño de seda en la nuca,
bata de cristal,
niña de espalda reciente,
tacón de reciente andar.*

Nicolás Guillén

En una de las alcobas de la vieja mancebía, la greca añil y oro volvía a resplandecer en el borde de la jofaina de porcelana llena de agua caliente. Cayetana Rosado percibió el vapor en la inglete, incorporándose, dejó caer con el pesado jarro de estaño un chorro de agua fría sobre la palangana, donde el jabón tornasolaba la superficie bajo la luz agria de la empolvada bombilla pendiente del cielo raso.

El hombre, con el que había terminado de hacer el amor mercenario, la contempló por última vez desnuda al fondo de la leve penumbra azulada y, sentado en el borde de la cama, comenzó a calzarse sus sucias botas de becerro vuelto y estameña elástica. De pronto, pareció volverle el deseo y sus manos temblaron al ajustar el contrafuerte, como arrepentido de haberse ya calzado. Se puso, no obstante, en pie después de amarrar las cintas de sus largos calzoncillos blancos a los tobillos y se vistió el pantalón de pana tras abotonarse la lista-da camisa sin cuello antes de echar sobre sus hombros la pelliza afelpada.

Cayó de nuevo un chorro de agua fría sobre la palangana con un breve rumor vibrante y sostenido. Tras los visillos de la ventana de la alcoba se desdorbaban las lomas de las tierras del Conde-Duque mientras la última luz solar huía tras los olivos, los pinos y los eucaliptos a la altura de la raya fronteriza de Portugal.

El hombre, calmamente, volvió a sentarse al borde de la cama deshecha. La almohada, en un ángulo de noventa grados, se perfilaba oblicua a la cabecera. Al descubrir sus botas polvorientas dejó resbalar con disimulo la colcha de algodón para limpiar con ella las punteras y los empeines. Luego, como temiendo ser descubierto —tras el descolorido biombo adivinó la silueta en cuclillas de Cayetana—, dispuso de nuevo la colcha sobre el espaldar y comenzó a liar un cigarrillo de

picadura gibraltareña.

Tras encenderlo con su mechero de ruedecilla, impaciente y a punto de abandonar la alcoba, Cayetana apareció de repente ya vestida. Levantándose, dio unos pasos y se aproximó a ella para tomarla del talle. Ella lo rechazó, pero el hombre se acercó aún más, intentando mientras la abrazaba morderla en el hombro izquierdo, a medias desnudo bajo la fina percalina estampada de su bata.

—¡Arisca te has vuelto! —dijo, casi paternalmente.

—¡Ya me conoces el genio! Contigo estoy ya cumplida. Con encamar a otra, estás al cabo de la calle.

—Hasta el viernes, Chana. No quiero tomarte en consideración los desaires. Sabes que te prefiero.

—Hasta cuando gustes, rabadán. ¿No me regalas hoy nada?

El hombre sacó de la pretina de su cinturón un mínimo y mugriento billete y se lo entregó sonriendo.

—¡Gracias, trigueño!

La greca añil y oro había perdido de nuevo su brillo en la jofaina. Las sombras se difuminaban tras los visillos. El hombre cruzó la alcoba encalada y abrió la puerta. Sus pasos se perdieron primero en el corredor y luego en los peldaños de la escalera camino del zaguán. La tarde había caído sobre los estores del salón cuando el ama lo cruzó presurosa y diligente para abrir la cancela con celosía y dar al cuñado del alcalde las buenas noches, que noche en efecto, aunque aún clara, era ya.

En la alcoba, ante el espejito de marco color amaranto del palanganero, Cayetana comenzó a peinarse los cabellos crespos y rizados mientras cantaba:

Arrojóme la naranjita
con el ramo de verde azahar.

Arrojóme la naranjita
y volviómela a arrojar.

En casual contrapunto, una abeja desorientada golpeaba tor-

pemente la bombilla como si alrededor del globo de luz libara una flor.

* * *

Tras salir de la mancebía, el hombre recorrió a buen paso las callejas del arrabal para desembocar en la carretera, casi en frente de las tapias del cementerio, y encaminarse ya lentamente hacia el centro del pueblo, llegar a la plaza del Ayuntamiento y entrar en la colegiata, donde ya había dado comienzo el rezo de la corona del rosario vespertino. Atravesando el compás sembrado de naranjos y alumbrado por mortecinas farolas, el hombre se inclinó al cruzar el atrio, ante la hornacina del retablo de ánimas, y penetró en el templo para situarse en solitario bajo el coro en el lugar reservado a los varones, tras medio centenar de mujeres vestidas de negro que contestaban con voz queda las últimas *Santa María* de los Misterios Dolorosos que dirigía el coadjutor desde el púlpito enaguado de brocado de seda fucsia del Milanésado, antigua reliquia de tiempos idos para siempre, aunque se pretendiera —pensó el hombre— inútilmente resucitarlo, que, como el barroco retablo mayor, las timbradas campanas de la torre, la capilla del sagrario, los grandes óleos de apóstoles, vírgenes y mártires colgados de los lienzos del crucero, el órgano de Flandes y las lámparas de plata, fueran donadas a la parroquia por el Conde-Duque en distintas calendas cumpliendo promesas de victorias guerreras y logradas intrigas políticas o palaciegas en tierras de una Europa que, desde hacía tres años, se hallaba arrastrada ahora en nueva guerra. Eran otros tiempos, en efecto, o debían serlo. Por otra parte, aquellos viejos privilegios tenían al menos como contrapartida las virtudes emanadas de sus propias responsabilidades feudales. Mientras que en los que corrían, en cambio, el nuevo feudalismo había decapitado las obligaciones, aunque les bastara al parecer exigírselas *espiritualmente* a sus siervos.

El hombre terminó por sentarse en uno de los contados bancos de la varonía —que durante las misas dominicales permanecía invariablemente de pie— y relajado, tras el amor furtivo, se adormiló para sumergirse conscientemente en sus

recuerdos: de alcalde —después de cinco años y medio de prisiones y campos de trabajo y desde su libertad condicional, seis meses atrás— había pasado a ser cuñado del actual alcalde. Ironías del destino que, sin embargo, le eximían en razón de su parentesco de las periódicas presentaciones al cuartel de la Guardia Civil y de la posibilidad de la revisión de su proceso al haber sido posteriormente identificado como hermano perteneciente a la logia masónica, tras el descubrimiento en Sevilla de los archivos secretos del Gran Oriente; hallazgo logrado gracias a la intercesión del canónigo magistral de la catedral metropolitana y obtenido en secreto de confesión, según se afirmaba, durante el tránsito de un cofrade, doctor cirujano y catedrático numerario de la universidad hispalense que, en la suprema hora, había abjurado de su credo. Sin embargo, según rumores confidenciales, en el archivo se descubrieron las fichas de tantos generales con mando en plaza, tantos jefes de regimiento y tantos políticos instalados en la nueva situación, que difícilmente se airearía, aunque, naturalmente, fuera —de ser preciso— sutilmente utilizado para desalentar desmedidas ambiciones y obligar a absolutas lealtades.

De alcalde republicano a huraño ex presidiario; de librepensador a bien pensante; de agnóstico a piadoso feligrés: cada mañana la misa, al alba; cada tarde, el rosario. De casa a la iglesia y de la iglesia a casa; puntual como un colegial, almuerzos y cenas entre lecturas de su expurgada biblioteca. Su soltería —al margen de responsabilidades a sus cuarenta años— le liberaba de su antiguo trabajo —del que, por otro lado, fuera expulsado— como director del Grupo Escolar, y con la menguada renta de su hacienda de alcornoques y olivos, que administraba su cuñado, se apañaba para pagar pan, cama y asiento en la lumbre en casa de su hermana; amén de una modesta subvención que él aseguraba emplear en tabaco, devociones y limosnas, aunque terminara invariablemente en el arca de la mancebía que frecuentaba discretamente cada semana, siempre a la misma hora y siempre el mismo día y, también siempre, con la misma mujer, una mulata adoles-

cente que descendía —según era notorio y él había por curiosidad confirmado indagando en los empolvados libros heredados de su abuelo paterno, teósofo y veterinario en ejercicio— de los antiguos esclavos de color de la ciudad de Niebla —donde aún ahora, ya *libres* y mezclados, aunque no definitivamente asimilados y, por supuesto, discriminados, habitan en cuevas o extramuros de la muralla—, distante apenas quince leguas de su blasonada villa en tierras serranas del Andévalo, donde aguarda tiempos mejores esperanzado, desde la entrada en la contienda de los Estados Unidos, el triunfo de los aliados y, con él, la caída de la dictadura en España.

Vagas e inexactas indagaciones sobre aquella extraña colonia de color, obtenidas a través de pintorescos textos decimonónicos que apenas se aproximaban a una realidad histórica mucho más compleja que él ignoraba en cuanto la familia Rosado —junto a otro centenar de congéneres— había desembarcado de la fragata portuguesa Santa Clara, en algún punto de la ría Ilha da Culatra, durante el verano de 1797, tras haber tomado gracias del santoral en una factoría de la costa occidental africana tres años antes. El permiso de residencia en la localidad de Tavira —donde concretamente los Rosado permanecieran cinco años cultivando la tierra— les fue otorgado en virtud de una cláusula testamentaria de don Antonio Rosado Ferrera, comerciante en maderas preciosas, y de su esposa doña Beatriz Oporto Andrade. Al cristianar, los hijos habían tomado los nombres de Cayetano, Julio Cornelio, Dominica, Trinidad y Sebastián.

En el verano de 1802, Julio Cornelio y Cayetano cruzaron en un falucho la frontera portuguesa por la desembocadura del Guadiana y —como otros de su raza— se establecieron en Gibraltor. A los dos años contraían nupcias con Remedios Suárez y Catalina Díaz, mulatas andaluzas de origen caribeño al servicio de don Justo Pérez de Guzmán y Merry, pasando a la fundación catalana de Isla Cristina, donde trabajaron en las almadrabas y en las factorías de salazón de pescado. Un hijo de Cayetano Rosado casó diecisiete años más tarde con una hija de Trinidad y tras el matrimonio se trasladaron al *ghetto*

de la ciudad de Niebla para trabajar él en el tendido del ferrocarril.

En 1933, veintisiete descendientes del clan Rosado, nueve varones y dieciocho hembras mal vivían en el polígono geográfico comprendido entre Aracena, Río Tinto, Tharsis y Moguer, aunque otros seis no salieran de la ciudad amurallada — para cuya conquista fuera utilizada en Europa por vez primera la pólvora en plena baja Edad Media— y casi sólo ellos siguieron manteniendo rasgos peculiares —pese a su cruce con humildes campesinos blancos— tanto en su pigmentación como en otros atributos secundarios. Los varones se distinguían por una altura y fortaleza poco común entre los braceros y pescadores de la bajura andaluces; y las hembras por una rara belleza y una desbordante vitalidad.

Durante los años de entreguerras, algunos burdeles de la Andalucía occidental mantuvieron pupilas de color. Es aventurado, sin embargo, afirmar que se tratara necesariamente de miembros de la familia Rosado. Los navegantes portugueses continuaron el tráfico —ya ilegal— de esclavos hasta el último tercio del siglo XIX, y muchos —tras su libertad— pasaron a ser primero peones agrícolas en ambos predios de la raya fronteriza y, más tarde, a enrolarse como picadores en las minas de cobre de la Real Compañía Inglesa de Río Tinto.

Le devolvieron de su ensoñación la cadencia de los *ora pro nobis* contestados en un consensual murmullo femenino y sibilante que guillotina las eses. Tras la letanía, el coadjutor bajó del púlpito para auxiliar al cura párroco, asistido por dos ensotados monagos, al manifiesto eucarístico. El hombre hincó ambas rodillas en la tablazón crujiente del banco de madera encerada y asistió, falsamente recogido, al acto litúrgico. Al terminar la ceremonia religiosa se sintió tan cumplido como Cayetana quedara con él dos horas antes. Sabía que había sido visto bajo el coro desde el púlpito por el coadjutor, pero —como cada día— era necesario hacer valer también su devoción y su piedad ante el vicario del arzobispado, en cuanto precisamente a través de la mediación del cardenal arzobispo de la demarcación territorial eclesiástica y de la camara-

dería militante de su cuñado con el gobernador y jefe provincial del Movimiento, pensaba solicitar su readmisión en el Magisterio tras haber dado elocuentes pruebas de la rectitud de su conducta moral por un lado y de su adhesión política por otro. Así y de maneras, pues, que se dirigió a la sacristía, donde el párroco se desvestía de los ornamentos —alba, sobrepelliz, roquete y capa pluvial— y tras besarle con todo respeto la mano, le encargó —abonándosela previamente— una misa por sus intenciones particulares, dijo. Era la primera vez que hacía oficialmente acto de presencia en la colegiata. Si hasta ahora se había comportado en ella como el publicano, había llegado el momento de transformarse en el fariseo de la parábola bíblica. En la cárcel había aprendido a esperar y a aprovechar en el momento justo las oportunidades. Y, desde su salida de la prisión, había aguardado el instante preciso para dar el paso que borraría su pasado, del que, por otro lado, juró no renunciar mentalmente nunca. Aunque ganen la guerra los aliados y caiga el tirano —se había dicho— la Iglesia española negociará nuevos pactos con los vencedores y abjurará de la sordidez de su historia reciente. Era preciso tener amigos, aunque fuera en el Vaticano.

* * *

El olor de la pucherada de la cena —caldo de gandingas, menudillos y despojos, espesado con un puñado de arroz y aromado con una mata de yerbabuena— llegaba desde la cocina hasta el salón y subía desde él, por el hueco de la escalera, mezclado con el del sudor, el del tabaco y el de la alhucema que perfumaba el cisco de picón de la *copa* de cobre, ardientes ascuas bajo la mesa camilla enaguada de paño de lana roja con la que Cayetana cubría sus muslos y sus piernas, como si el calor del brasero la purificara con más intensidad que el jabón desinfectante de permanganato y el agua caliente que acarreaba hasta las alcobas Patrocinio, el ama, con andar incierto y vacilante de celestina.

En el salón, enlosado de ladrillos rojos y techo cruzado de vigas de madera pintadas de color almagra, de donde pendía una lámpara forrada de descolorido crespón colgada de lágrimas verdes de cristal, se alineaban en los lienzos encalados cromos de *misses* de los años 30 —como escapadas de óleos de Romero de Torres— y viejas litografías de toreros valientes y famosos salidos de las portadas de *La Lidia*. En un ángulo, sobre un juguetero de marquetería, una caracola marina centelleaba de noche los reflejos robados a la bombilla eléctrica y, a medio día, al sol que penetraba filtrado por una claraboya desde el zaguán. En ella —como en una escena mitológica y báquica— se bebía el postrero trago de vino de La Palma cuando los contrabandistas, reunidos en el burdel, celebraban el paso de un buen alijo navegado por las aguas del Chanza o del Guadiana y remitido desde las estribaciones fronterizas lusitanas de Serra Do Malão a Aroche, Alosno o San Silvestre de Guzmán.

Se jugaba de mentirijillas a los naipes utilizando granos de garbanzos o lentejas como fichas que, naturalmente, no serían cambiadas jamás. Bastaba el triunfo en sí de que ayer ganó la Lola la partida; anteanoche, la *Rubia*; dos antier, la Antonia, y ella —la siempre malhumorada negra Cayetana—, en sólo una ocasión la pasada semana. De modo y forma que el ama y las cuatro pupilas, entre pitillo y pitillo —de las dos que fumaban—, oros, copas y espadas, sotas y caballos, en el *monte* o en la brisca, encartando o dando julepes, dejaban transcurrir las horas muertas y vacías, de no estar ninguna ocupada, como ahora, hasta que repicó la campanilla en el vestíbulo y Patrocinio se levantó para abrir la cancela encalada después de observar por la mirilla perpendicular a la gatera (ventano abierto a sus correrías del viejo mondongo franciscano del burdel; para el ama, la niña de sus ojos y para las putillas, el único macho autorizado a chulear a las hembras dentro de la casa) y advertir la llegada de dos desconocidos forasteros, a los que abrió el cancel para indicarles que pasarán al salón. Ambos, sin embargo, al descubrir la rueda femenina de la mesa camilla, señalaron sonrientes la escalera,

indicando por señas que preferían elegir sus parejas en las propias alcobas. Patrocinio, que adivinó al instante que se trataba de extranjeros —aun antes de permitirles la entrada a la mancebía— y bien portados (y discretos, pese a su juventud, correctos en los modales y sin la menor señal de haber tomado ni una copa de más —aún, pensó—; intentaré —se dijo— que descorchen una botella de coñac «Tres cepas» que pagarán al mismo precio de oro que los polvos, o mejor las dormidas, con las niñas, encamadas de ser posible de dos en dos —lo que incluía el *francés* y la *tortilla*— para poder echar aquella noche el cierre y dormir ella misma a pierna suelta), tratándoles de *mister*, pese a sus ojos arios, accedió a sus pretensiones y, presidiéndoles, subió la escalera para hospedarles —de momento, juntos— en una sola alcoba donde *pasarían comedor* sus cuatro niñas, a las que llamó desde el rellano.

* * *

De nuevo la desvaída cenefa añil; la jofaina y el jarro de estaño en el rincón, tras el biombo, y Lola fumando un cigarrillo de boquilla dorada que desprendía un aroma dulce y suave, más de fruta que de tabaco.

Patrocinio había señalado la otra alcoba que podía ocupar una de las dos parejas para pasar la noche; ya que si no se habló de coñac ni de doble *cocina para tres*, el precio que abonaron por la dormida la recompensaba con creces. Lola hizo un gesto de complicidad a Cayetana cuando Patrocinio, tras cobrar, abandonó el cuarto. Los dos hombres continuaron por unos momentos sentados, tímidamente inseguros, ausentes, como dos animales asustados fumando sus cigarrillos *Príncipe de Piamonte* que compraran en Italia durante su última misión en Milán. Cuando Lola y uno de ellos abandonaron, por fin, la habitación, Cayetana se dirigió al biombo para, incomprensiblemente, tras el otro desnudarse, apagar la luz y comenzar a complacer al cliente que le tocara en suerte, ciertamente el

más joven de ambos y de ambos el más apuesto y el más fuerte.

Silencio. Ni una palabra que, por otro lado, mal podría él articular siendo tan elemental su castellano; apenas para entenderse y siempre ayudado por señas, perteneciente a otra cultura gráfica, que mal podía descifrar ella tampoco. Había hecho el amor con contrabandistas portugueses y con italianos que decían trabajar en la línea telefónica, pero que en realidad frecuentaban con fines de información militar la raya fronterera; italianos invariablemente nerviosos, excitados y patéticos, aunque ella no lo advirtiera, por lo que tenían de teatral sus tiernos gestos y cariñosas carantoñas —que sabía perfectamente interpretar—, pero jamás con alemanes.

Por fortuna supo satisfacerlo pronto y plenamente, tras dos rápidas eyaculaciones, para quedarse inmediatamente dormido a su lado y dejarla libre y absorta en sus pensamientos.

Prendió el reverbero —a las doce en punto quedó cortado, como todas las madrugadas, el fluido eléctrico: restricciones impuestas a nivel nacional, pero acentuadas en la comarca serrana por deseo expreso del gobernador, que estimaba hacer méritos a costa de la doble austeridad de su demarcación, lo que impedía además el trabajo nocturno en la cuenca minera y, por ende, el volumen de las exportaciones inglesas de pirita— y se sentó en el borde de la cama. El olor de la mezcla de tabacos turcos había impregnado la alcoba: un olor tibio, dulce y enervante que le impedía quedarse dormida. El extranjero roncaba suave y acompasadamente a su lado, limpia y sedosa la piel cubierta de vellos rubios, elástico y musculoso el tórax, discretísimamente largos los cabellos que le caían en doble mechón sobre las sienes.

Pero no se trataba exactamente de eso o al menos sólo de eso, del aroma dejado por el humo del tabaco; recordó que no había apenas cenado y el hambre le atenazó a partir de entonces el estómago en una turbia oleada de desasosiegos y de jugos gástricos impacientes que le subían por la garganta hasta el cielo de la boca. Saltando del borde de la cama, se

vistió tras calzarse las chinelas de raso color rosa — insustituibles: patente y marca de su oficio— y, tras tomar el reverbero, abandonó la alcoba. Su sombra perfiló una silueta fantasmal en la mesetilla de la escalera y se alargó hasta alcanzar el salón, alumbrado también con la luz agria de otro quinqué dispuesto sobre la mesa camilla donde Patrocinio, vestida con un largo camisón de dormir, una colilla ensalivada entre los labios, anotaba en una libreta rayada las ganancias del día, de las que había que dar cuenta semanalmente a la *dueña* y la *dueña*, mensualmente, al consorcio de la cadena de burdeles distribuidos por la provincia y en cuyo consejo financiero figuraba —como testaferro del Arzobispado— un hermano, cofrade de la Orden Tercera de San Francisco, del *familiar* del cardenal arzobispo; en cuanto a la Iglesia, por escrúpulos, no iba a dejar de percibir sus diezmos en una tradicional institución tan antigua como el mundo ilegalmente autorizada que, para evitar cayera en otras más rapaces, se encontraba gracias a Dios en manos de personas decentes que sabían cómo administrarla. Mal, sí; pero, evidentemente, mal menor —como comentaba el mismo párroco— que colaboraba, en efecto, a mantener el equilibrio de los hogares cristianos y la paz conyugal, encauzando las pasiones por caminos previamente surcados.

—¿Bajas a por agua caliente? —le preguntó el ama al verla aparecer.

—A picar algo. Estoy desfallecida. Sabe que apenas cené.

—Mala hora es para picar nada. Y menos de nada queda en la despensa; que esta tarde no vino tampoco la estraperlista a servirnos la telera de maquila que me tenía prometida.

—¡Pues a ver cómo se las arregla! Ésa es su obligación —contestó Cayetana.

—¡Las del mendo son mis obligaciones, negra, y no otras! ¡No permito yo malos modos! ¡No vayas a creer que porque tienes quince años y se te dan por derecho los cabritos puedes hacer lo que te venga en ganas!

Se mordió los labios, apoyada en el quicio, y no replicó, cons-

ciente de sus obligadas buenas relaciones con el ama, una dura gobernanta con la que no cabían las medias tintas. Terminó disculpándose:

Bueno, déjelo —contestó con voz zalamera—. ¡Y perdone!

A Patrocinio le pareció que una vez acatada su autoridad podía permitirse ser generosa:

—Ve a la cocina —dijo—, en la talega queda medio chusco de munición y en la fresquera un taco de queso de oveja. Y, en cuanto termines de comer, te quiero arriba. No deseo tener que dar explicaciones, ni que los clientes tengan que darme quejas —continuó antes de levantarse, en una mano el reverbero, en la otra el lápiz y la libreta de las cuentas, para cruzar el salón y subir torpemente la escalera.

Las enaguillas del brasero quedaron dobladas sobre la mesa camilla. El rescoldo del cisco de picón rebrillaba aún entre las cenizas. Sobre el juguetero, la caracola marina, como un espejo cazador, proyectó un haz refractado del quinqué que fue a morir en el cromo de una *miss* de cara llenita con blonda y peineta de carey, mantón de Manila ciñéndole los pechos y zarcillos de coral.

* * *

Sentada ante la mesa de la cocina, Cayetana Rosado comenzó a comer despacio, partiendo con sus agudos dientes cada trozo de pan de harina de algarrobas y de queso; morosamente, con la misma delectación infantil de siete años atrás cuando, saliendo de su casa con una naranja en la mano, bajaba la cuesta de la Puerta del Buey y se sentaba a comérsela en la rala hierba, junto a la muralla, al lado de la Cruz del Cabildo, bajo la lápida de mármol cuya inscripción aún recuerda: «La cruz del Consejo, por estar en estado ruinoso, fue trasladada y edificada aquí a instancia de doña Elena Howard en el año 1924, abonándose la obra con fondos donados por el señor don Ernesto H. Wilson, amante de España y bienhechor de los

pobres.» Cuando le quedaba un minúsculo trozo de pan en la mano, no llegó a llevárselo a la boca sino que le sirvió para entretener la yema de los dedos para terminar haciendo con él una bolita que amasara despacio mientras las pupilas dilatadas de sus ojos escrutaban —en el vacío— el rosetón de sombras que quedaba fuera del círculo luminoso del reverbero. Los párpados comenzaron de pronto a caérsele; pero prefería continuar despierta, dentro de una blanda somnolencia incolora y tranquila. Por tanto, tras arrojar la bolita, que fue a caer junto al anafe, sacó del bolsillo de la bata uno de los cigarrillos que había tomado de la cajetilla *Príncipe de Piamonte* y lo encendió torpemente. De nuevo llegó a ella el olor cálido y enervante de miel y de higos secándose al sol. Nunca hasta ahora se había llevado un cigarrillo a los labios; pero no pudo sustraerse a la tentación de *probar* aquel humo que le dejó en la nariz un aroma picante y misterioso. Tosió por dos veces tras la primera bocanada. Le desilusionó descubrir que no tenía el gusto que esperaba sino que resultaba simplemente ser una venenosa bocanada con el mismo sabor del humo de la leña verde quemándose en los boliches carboneros de las lindes —junto a los plateados álamos de la orilla del río rojo, al fondo de la estación de ferrocarril, al finalizar la cuesta de la Puerta del Buey, hasta donde bajaba descalza a jugar con sus hermanos— y del ácido y penetrante del carbón de piedra de las locomotoras que discurrían arrastrando los pesados vagones cargados de mineral veteados de sangrientos ramalazos cárdenos, como las burbujas de las aguas del río discurriendo bajo los arcos del puente romano.

Dejó consumir el cigarrillo mientras contemplaba la espiral subiendo lentamente hasta el techo y la ceniza enhiesta, bordeando el papel anillado. Cuando la candela le llegó a los dedos, arrojó la boquilla dorada en la misma dirección de la bolita de pan y se dejó caer sobre la mesa para, tras cerrar los ojos, quedarse casi de repente dormida.

* * *

Mientras soñaba encontrarse aún en el desierto de Libia —de donde había partido hacia Italia sólo dos meses antes, tras abandonar el *Africa Korps*; trasladado de su escuadrilla de la *Luftwaffe*, que apoyaba la *Wehrmacht*, para realizar una misión en Milán antes de partir, junto a su ayudante, a la *neutral* España e informar sobre las características de los aviones británicos que se internaban o caían, en su huida hacia Portugal, en territorio fronterizo, tras las averías que le impidieran alcanzar la pista del aeropuerto de Gibraltar por un lado o el territorio lusitano por otro—, el ingeniero de vuelo, teniente Adolf Kluge, se despertó sobresaltado y, después de recordar el sitio en que realmente se encontraba (la alcoba del burdel de un pueblo onubense, desde donde al día siguiente, en el mismo automóvil que le había sido facilitado por el consulado alemán de Sevilla, saldría a cumplir su misión: el reconocimiento de los restos de un *Consolidated* —basado en el bombardero B-24.D, *Liberator*— que se había visto obligado a tomar violentamente tierra en el calvero de un encinar de Arcena, cuando le faltaban menos de veinte millas para alcanzar la frontera portuguesa) y el color de la mujer, con la que había hecho el amor antes de quedarse dormido, se estremeció. Pero fue sólo particularmente este último hecho el que le asombrara: el no haber podido resistir la tentación de elegir precisamente a una puta negra él, un ario puro. Se ha tratado simplemente de un capricho exótico, sin otras consecuencias «morales» se excusó para consolarse tras meditar que había cometido una falta grave, un verdadero pecado mortal desde la óptica de su formación en las Juventudes Hitlerianas y su parentesco, no por lejano menos disculpable, con su jefe, el *Reichsjugendführer* Baldur von Shirach. Sin embargo —se dijo luego pragmáticamente—, se trata de un hecho consumado y, habiendo pagado al fin y al cabo por gozar de aquel bello animal, volvería a disfrutarla de nuevo. Mas a su asombro siguió ahora la indignación al comprobar que el *animal* había abandonado la cama y que se encontraba absolutamente solo en la alcoba. Cuando intentó —sin resultados— prender la luz eléc-

trica y advertir que, por si fuera poco, también estaba a oscuras, felinamente, tras prender una cerilla, comprobó que su cartera y su pistola se encontraban por fortuna en los bolsillos de su chaqueta y su *trinchera* respectivamente, hecho que le tranquilizó; pero no, sin embargo, hasta el punto de dejarlas en el mismo sitio. Con una y otra en las manos, volvió a tenderse en la cama para permanecer alerta como un centinela, dispuesto a disparar un tiro a bocajarro a cualquiera que se atreviera a cruzar la puerta de la alcoba, cuyo marco comenzó a perfilarse débilmente en las tinieblas gracias a la claridad lunar del cuarto creciente de febrero que penetraba por el cristal sin tapaluces de la ventana, prestidigitando sombras a las paredes encaladas.

* * *

Hasta los museos y las fundaciones norteamericanas o canadienses y las galerías de arte de Londres, de París o de Viena había llegado —pero Cayetana Rosado, naturalmente, lo ignoraba— aquellos dorados trozos de piedra de la muralla, que refulgían al sol enfrente de su casa de adobe con su crujiente y destartalada puerta y su corraliza cenagosa donde habían transcurrido los años de su niñez; y también aquellas otras (menos simétricas, más redondas y erosionadas, como si sobre ellas no hubiera trabajado la mano del hombre, a pesar de haber sido labradas y dado formas por él doscientos mil años antes de que la ciudad fuera amurallada y que el mar se hubiera alejado muchas leguas de aquella tierra calcárea, de aquel río y de aquellos olivos cenicientos) excavadas en las oquedades rocosas del cataclismo geológico de la gran falla natural —paralela al ya lejano mar— como otra muralla no mandada edificar por tartessos o cartagineses, griegos, romanos o árabes —ni, tampoco, por los mercaderes británicos que habían iniciado el tráfico del mineral por los rieles tendidos a orillas del río rojo—, sino alzadas por sí mismo en su propio desarrollo geodésico.

A lomo de las colleras de mulas surcadoras, los labrados bloques de piedra bajaban por la cuesta de la Puerta del Buey hasta la estación de ferrocarril y desde allí —lo mismo que el rojo mineral—, expedidos camino de aquellos museos y aquellas salas de subasta para ser depositados cuidadosamente en urnas de cristal, después de haber sido radiografiados y catalogados o incluso de haber sido cortados y —después de siete mil años— seccionados igual que un lingote de oro o un trozo de hulla o una hogaza de pan candeal, para ser más tarde repartidos por distintas ciudades septentrionales, distintas galerías, distintos vestíbulos de barrocas casas y distintos cenadores de jardines interiores para que sobre ellos cayera la asombrada mirada de los visitantes, la lluvia, la niebla o las rapaces manos de otros hombres interesados en su traslado para que, de nuevo, llegaran a otros museos, otras acristaladas urnas, otros jardines interiores y otros pabellones de arte tibios y perfumados o simplemente asépticos para que ninguna flora microbiana pudiera corroer aquellas columnas, aquellos capiteles y aquellos labrados basamentos.

Los burros de ojos melancólicos y las colleras de mulas contratadas por doña Elena bajaban a la estación por la pina cuesta que ella había ordenado lenta y amorosamente formar, sobre la base natural y rocosa, con cargas de tierra albariza para que la Puerta del Buey, junto a la que había edificado un castillete de piedra dorada, siendo como era la más equilibrada y armónica de todo el recinto amurallado, tuviera su propia entrada en la noble y antigua ciudad y resultara más fácil desde ella el acceso a la estación por donde transcurrían los lentos trenes que llegaban hasta la ría —y pasaban en el muelle de carga y descarga bajo las grúas pintadas de minio pertenecientes a la compañía minera británica— desde el enclave, punto casi colonial donde los capataces, tocados con los salacots, ordenaran los embarques en las bodegas de los cargueiros en cuyos mástiles flameaba victoriosa la bandera de la Unión Jack.

Pero ni para ella, aunque se hubiera encontrado en edad de discernirlo, ni para sus padres ni sus vecinos de color ni para

los habitantes —que amaban, vivían y se multiplicaban y morían y araban la barbechera en el otoño y segaban la alfalfa y el maíz y el centeno y la cebada— de aquel recinto amurallado tenía importancia el hecho en sí, ni siquiera sus ulteriores intenciones de expoliación, siendo como era doña Elena —peripatética paseante, bajo una sombrilla, de la alameda de chopos que orillara el río rojo, leyendo un libro— la única que, al fin de cuentas, ayudaba (gracias a los jornales de las excavaciones realizadas a su expensa y, a veces, incluso sin las excavaciones mismas, caprichosamente, ordenando que un mismo montón de tierra albariza cambiara de lugar en la cuesta: delante del porche de su casa, por la mañana, para ser depositado de nuevo en el mismo lugar de donde había desaparecido, por la tarde) a llenar el vacío cronológico de seis meses de brazos cruzados en las puertas de las tabernas, durante el paréntesis de la temporada de siega a la de recolección, tras la siembra o el desvarete de las aceitunas, de los peones que no habían logrado ser admitidos en el tajo minero donde la pirita de cobre era arrancada de la tierra en la gran fosa —distante dieciséis millas— ordenada excavar por otros súbditos de su graciosa majestad, braquicéfalos y especializados en las matemáticas aplicadas, el librecambismo y la tolerancia.

Quizá su padre —y otros, de distintas características raciales que las de él, pero de la misma edad, del mismo ímpetu y con la misma nerviosa sangre circulándole por las venas— tuviera una lejana idea de que todo aquello podía suceder y sucedía realmente, a pesar de no ser, naturalmente, ése el motivo de las reivindicaciones que solicitaban con el puño airado; porque aquel tráfago de las doradas piedras labradas no significaban en sí, como tampoco lo significaban que otras, con vetas rojas de mineral, color de sangre, salieran para tomar las rutas nórdicas, sino otras circunstancias más concretas: hambre, sudor, fatiga, pulmones maltrechos, silicosis, angustia y temor frente a los detentadores de aquellos salacots a los que acompañaban los látigos y frente a aquellos fusiles que portaban hombres que renegaran de las gamellas campesinas,

curtidos por el mismo sol y nacidos en la misma tierra de los predios mineros, que sustituían los salacots por los tricornios de hule negro forrados de lona fernandina.

Pero nada de esto contaba para ella, sino solamente —ya— la muerte misma en sí, sin posibles justificaciones —el estar vivo su padre por la mañana y muerto por la tarde—, para interpretarla dentro del contexto de la más pura tradición castrense del cuartelazo, aunque le hubiera escuchado contar la sanjurjada uno de los sábados, al regresar del tajo minero, mientras se lavaba en mitad de la corraliza, antes de ponerse una camisa limpia y, como todos, sentarse a fumar un cigarro en el portal, frente a la Puerta del Buey, para subir sobre las rodillas a sus hijos y acariciarles y, de noche, hablar con su mujer y acercarse mucho a ella aunque fuera verano y no corriera un solo soplo de brisa marinera, ni siquiera un poco de viento suroeste llegado de los pinares del coto de Doñana.

Sólo recordaba la noticia de su muerte y los primeros meses que a ella sucedieron, y el humo de la estación y el polvo de la cuesta y el femenino nombre británico, no porque hubiera visto la figura de doña Elena paseando con la sombrilla estampada de pájaros por la ribera, junto a los álamos plateados, sino porque aunque muerta y enterrada también hacía ya muchos años, no como su padre, en una fosa común rociada de cal viva, sino en un lugar apacible y tranquilo, seguía viviendo como un fantasma, como un olivo centenario, como las mismas piedras de la muralla, y ocupando aún un lugar, o pareciendo ocuparlo, encontrándose como se encontraba su reclinatorio forrado de damasco, con sus iniciales en plata de ley, en el coro de la iglesia, junto al último de los confesionarios, y su clavicordio de marfileñas teclas que ella tocara —diez años antes de Cayetana haber nacido— en el *atelier*, cuyo balcón daba a la Puerta del Buey, y cuyas notas se estrellaban en los cristales de las ventanas mudéjares del torreón adosado a la muralla, del mismo color dorado de sus piedras, y donde antes de su construcción se agrupaban las blanqueadas y humildes casitas para cuyos inquilinos había mandado levantar otras semejantes, más simétricas, pero infinitamente menos blan-

cas, al lado de la carretera general por donde pasaban los renqueantes autobuses portugueses que traían desde la frontera —de Beja, de Martola y de Espirito Santo— los esquiroles que, por un real y unas gachas de pan y de aceite, levantaban para proteger dehesas, cotos y novilleros: puro equilibrio de canchales sin morteros ni jalbegues.

Pero todo el complejo resto de la totalidad del esquema socio-político había sido por ella ignorado, y en sus recuerdos no quedaba sino el humo de las máquinas de ferrocarril, la cuesta polvorienta, las nuevas casas —a las que su padre no había consentido mudarse—, los álamos plateados y la muerte sublimada, cual si su progenitor tuviera también un nombre británico y no simplemente el que se correspondía con el de un negro cuarterón, peón de arrastre, un robusto mestizo que impulsara las vagonetas entre los desmontes de la gran fosa de la cuenca minera de Río Tinto, y su fantasma continuara también flotando en la calina del mediodía, y, aunque no poseyera un reclinatorio en la iglesia mayor ni el bruñido clavicordio —que, según se decía, tocaba sólo a Juan Sebastián Bach la noche de Difuntos y a Vivaldi la de San Juan—, conservaba aún en su casa de adobe la cama matrimonial, donde dormían ahora su madre y sus hermanos, y la silla de enea donde se sentara, tras cambiarse de camisa, en el portal, frente al puente romano.

Recordaba también el momento de su transformación en mujer. Una sorpresa para aquella carne mulata sujeta a un obligado régimen de tiempo de *liberación* —y austeridad—; como si aquella denominación oficial no hubiera sido exactamente —o, al menos, en su misma medida, si no exacta, muy semejante— la que hubiesen tenido que soportar siempre los humildes, a pesar de que el pan, el aceite y los garbanzos no hubieran faltado, aunque su adquisición revistiera otra clase de dificultades, si no restrictivas en sí mismas, impuestas por el jornal de siempre para los hombres de la besana, los rabadanes y pastores de la serranía y los hombres de la mina y el palustre.

Aunque no fuera evidentemente lo mismo, al resultar que al-

gunos frutos de la tierra podían ser llevados entonces furtivamente a las bocas, y ahora todos resultaban pocos —y se encontraban lo suficientemente vigilados— para hacer llegar —sutilísima propaganda del sistema— a las regiones menos adictas, para ser agrupadas de nuevo en una unidad de destino, de emoción y de paz interior alcanzada por el redentor fuego de las balas de los máuser incrustándose sangrientas sobre los paredones de toda la geografía y de nuevo sujetas a la rienda cuya dirección se había perdido en los últimos cinco años de sistema parlamentario.

Le llegó un día la regla inesperadamente —antes ya habían florecido los rosados, casi color café, de los botones de sus senos— por el camino de las entrepiernas. Y había quedado menos sorprendida que su propia madre por haber logrado vencer su naturaleza el tiempo de *liberación*, saltándole la sangre sobre aquella mordaza del estómago, de los labios y del paladar y resultar la única niña que en el *ghetto*, a su edad, fuera aquel año mujer; habiéndoseles incluso como se les había retirado el torrente vital a las que habían logrado serlo en años anteriores, al no tener sus cuerpos sustancias para nutrir las oquedades maternas, ni leche los pechos de las madres para los labios de sus hijos.

Y no fue sólo eso, sino que se redondearon también y se fueron rápidamente modelando sus muslos y sus piernas, irguiéndose su pecho y suavizándose su piel y haciéndose más blancos y brillantes sus dientes, como si los tubérculos salvajes —que no comían siquiera los animales y que madre, tras su recogida, ponía a hervir en un barreño— y las ortigas y las algarrobas y los boniatos hubieran obrado el milagro de la madurez de sus óvulos desparramados por la sangre sobre la tibia piel de sus muslos el mismo día en que las cruces gamadas entraban en Varsovia.

Pero estas coincidencias cronológicas tampoco significaban nada para ella, a no ser por los imprevistos resultados de aquellos días en los que amontonaron otras muchas y casuales circunstancias que —como una bola de nieve cayendo por la ladera de una montaña— engrosarían los hechos que de-

terminaran las consecuencias finales de su vida, que nada tenían que ver con que las eses rúnicas comenzaran el saqueo del *ghetto* de la capital polaca.

Porque la sangre estaba ya allí, llamando a su puerta cada luna, y la pubertad tenía abierto su camino. Y saltar a la comba o jugar al *turco* y sentarse en una silla baja con las piernas abiertas no resultaba ya un juego ni un acto natural sino una desvergonzada actitud que ponía destellos luminosos en los ojos de los hombres, picardía y curiosidad en la de los niños y ternura y miedo en los de su madre cuando regresaba de lavar en la fuente pública o volvía de la peonada en la escarda o desgranaba a jornal el maíz en la era, mientras pedía a Dios fuerzas para seguir trabajando de sol a sol, los contados días que el campo pedía brazos, para impedir que aquellas piernas y aquellos pechos y aquella cintura y aquella sonrisa de Cayetana fueran, y no sus propios brazos, los que dieran de comer a sus hijos.

* * *

Del reloj de la torre de la Colegiata llegaron cinco campanadas y un gallo cantó tres veces en el alero de un tejado cuando regresó a la alcoba que había abandonado cuatro horas antes. Deslizándose felinamente bajo el embozo, volvió a quedarse dormida junto al cabrito extranjero que le había tocado aquella noche en suerte. En la oscuridad no descubrió la pistola *Luger* P08, de nueve milímetros de calibre, dejada por el teniente Adolfo Kluge, vencido por el sueño, en la mesilla de noche. ⁽¹⁾

¹ Léase, de estar interesado en esta situación, la edición crítica de *Platero y yo*, anotada por el profesor Michael P. Predmore, y, muy especialmente, el capítulo LXXII. Sarito.

Cuando llegó a la casa de doña Elena aquel otro extranjero su madre, doncella a su servicio, amén de segunda mucama del cuerpo, lo hizo pasar al cenador del patio de olambrilla — rodeado de macetas de gitanillas y geranios y de cuyos lienzos encalados colgaban viejos carteles de toros estampados en seda natural— y subió la escalera, tras ajustarse el moño bajo la blanca cofia almidonada, para anunciar la visita a la *lady* que tocaba en su aposento el clavicordio.

Era el forastero un joven delgado, pelirrojo y musculoso que, durante la quincena que permaneció en la ciudad, paseaba junto a doña Elena cada tarde por la ribera de los álamos platinados para regresar a la hora del té. Siempre, uno al lado del otro, anduvieron cada una de las mañanas luminosas de aquel mayo florido, y, a veces, hasta el mediodía, con el sol cayendo ya de plano sobre la muralla mientras los pájaros permanecían silenciosos posados en las ramas de las moreras y los plátanos de India de la estación.

Los ojos azul porcelana de doña Elena comenzaron a centellear desde el momento mismo de su encuentro —de eso estaba segura— y continuaron centelleando día a día a pesar de que su compatriota, siempre frío y distante, no hiciera nada para provocar en ellos tal pasión, limitándose en sus interminables charlas a referir sus experiencias profesionales como oceanógrafo destacado en la plaza fuerte de Gibraltar y hablar, con moderado entusiasmo, de las corrientes de agua atlántica que alimentan el Mediterráneo: dos con ocho grados de temperatura, cuatrocientos metros de profundidad, doce con ocho de térmica en la vertiente oriental de la Roca —sólo dos grados menos que en el mar Tirreno—, flora constante, fauna migratoria, bancos de caballas y sardinas y almadrabas atuneras. A cambio de lo cual ella recíprocamente le facilitaba, como si a él pudiera interesarle, la historia del clan social que

logró el primer aglutinante humano en Andalucía: una Tartesos mítica de enciclopedia británica, no ya sólo menos verosímil que los datos científicos que él le proporcionara sobre desove, reproducción, migración, genética de los atunes y de los esturiones, velocidad de marcha, ciclo biológico, riqueza en plancton y ejemplares de cada especie, sino conscientemente falseada para epatar aquellas otras historias —que él refería también de sus viajes por el Golfo Pérsico, donde, de tarde en tarde, aparecían en el brillo de unos ojos sarracenos— contadas con una especial modulación de la voz, de tono casi idéntico a la que le hiciera conmoverse veinte años atrás, por primera y única vez desde entonces, en el sofá color fucsia de un *atelier* parisino lleno de bocetos e inconclusos óleos y con un acre olor a sudor, a aceite de linaza, a barnices y a esperma humano, donde perdiera su victoriana virginidad en brazos de un tronado pintor bohemio.

Pero ella, con su blanca cofia almidonada y su delantal de satín, ni sabía aún nada ni adivinaba nada. Se limitaba, como una gacela herida, mansos los ojos de perra apaleada, a contemplarlos sentados frente a frente, separados por el velador de palisandro, con el servicio de té humeante sobre el mantel de hilo flamenco y, en las ceremoniosas horas de despedida, la reverencia que él hacía tras besar la mano de la lady, que la retiraba veloz, como si los labios le quemaran la piel surcada de delgadas venillas azules; no comprendiendo que cuando él se perdía en la cuesta de la Puerta del Buey ella se retirara a su cuarto a llorar o se sentara a tocar en el clavicordio la misma melancólica sonata que dejó posiblemente inconclusa el día que él llegara y le hiciera entrega de una tarjeta de la que no leyó sino el nombre, el mismo —William— con el que doña Elena le llamara cariñosamente durante aquellos quince días que él permaneciera en la ciudad, al cabo de los cuales una mañana, al alba, con las estrellas aún parpadeantes tras los ribazos, cantando los gallos su penúltima evocación nocturna, antes de que las colleras surcadoras de la labrantía pasaran sobre el puente romano, abandonara el dormitorio y saliera de la casa camino de la estación para subir al primer tren y re-

gresar al mundo de sus estudios sobre las corrientes atlánticas, la evaporación, la salinidad, la flora, los moluscos, las algas marinas y la investigación sobre las fases larvarias y la cromática belleza de la fauna, inútiles comercialmente —había precisado— y por la que muy curiosamente se apasionara en razón de su misma inutilidad.

Llevaba al servicio de doña Elena dos años y medio, pero tres días más tarde abandonó el castillo —como era popularmente conocida la pequeña mansión— como si una extraña fuerza la llevara a considerar que la lady no merecía ya ser servida por ella tras la tumultuosa noche de amor, no ya presentida sino espiada en buena parte de sus insólitos detalles a través de la cerradura de la alcoba; o, quizá, por un elemental celo de adolescencia a sus diecisiete años recién cumplidos, sorprendida de que doña Elena no se encontrara libre de pasiones como la creía, sino que permaneciera atada a ellas como el resto de los mortales; como ella misma que, al llegar la primavera, percibía sobre su oscura piel la llamarada de la sangre subiéndole por la espina dorsal, como si la acariciaran con un sarmiento, o un ramón de olivo o una panocha de maíz le cosquilleara por el camino de sus senos recientes.

Más que sorpresa, celos; una agridulce sensación de envidia y pudores desde que la descubriera tendida sobre su lecho de dosel damasquinado, medio desnuda, con los ojos impudicamente vidriados, desmadejados los cabellos sobre los hombros, al aire las piernas y flácido el otro pecho que él no sujetara victoriosamente como un trofeo.

Nada contó jamás a nadie de aquella escena, ni siquiera a su primo Cayetano, que llegó a ser tres años más tarde su marido, ni aun cuando les naciera el primer hijo, hija, a la que él quiso llamar con su misma gracia, a pesar de que durante la cuarentena él se quedara sin salir siquiera al portal y ella le refiriera los días —por otro lado inolvidables— de su vida en casa de la lady por la que él terciara un gesto de desdén y contrariedad (el mismo que caracterizaría la cara de su hija, fruncidos los labios en una enigmática mueca de rabia o de soledad) por aquella permanencia de dos años y medio de

doncella y cuerpo de casa al servicio de la inglesa que, de alguna manera, había marcado su existencia de melindres de rico para consuelo de pobres.

Guardó por tanto para siempre el secreto tras no habérselo revelado ni siquiera a él, muerto, asesinado exactamente once años después de su matrimonio. Aquellos treinta meses se habían borrado para siempre; pero, al cruzar la corraliza para recoger el sobre que le entregó el cartero con una sinuosa sonrisa de sobreentendidos, llegaron de nuevo inexplicablemente a su memoria. Guardó la carta en el bolsillo del delantal y dio una voz para llamar a sus hijos, que jugaban en la explanada. Cuando llegaron junto a ella, se sentó en una silla de enea y rasgó el sobre. Carta de Cayetana, dijo, y se puso a leerla en alto.

Letra confusa y desigual en torpes renglones escapados de la falsilla del cuadernillo de papel de rayas y tinta con desvaídos ramalazos color violeta: «... me alegraré de que al recibo de ésta te encuentres bien en unión de mis hermanos. Yo, bien y con muchas ganas de estar con ustedes. Te diré que me dio mucha alegría recibir los alfajores que me mandaste, que tenían mucho ajonjolí, como me gustan...».

Cuando se levantó, el sol comenzaba a doblar la esquina de la muralla y a extenderse por los lienzos de piedra descarnada. Sol de febrero pajizo y suave que teñía de amarillo ocre las almenas, donde las sabandijas se adormilaban y los perros vagabundos oxeaban a la caza de las ratas ciudadanas que subían hasta las ladroneras desde los glacis a la querencia de los contados desperdicios domésticos arrojados sobre ellas: tiempo de hambre hasta para los roedores. Los hijos volvieron a su juego en la explanada. Tomó la silla de enea y entró en su remedo de casa. Cerró los ojos para ayudar a empequeñecer las pupilas y se dirigió al arca para guardar la carta. Regresó luego a la cocina y, mientras preparaba el almuerzo, se puso a sollozar recordando su vida de casada, una vida llena de privaciones y un estado que, no obstante sus sacrificios, no podría alcanzar ya siquiera su hija, putilla de barato burdel que a lo más que podía ya aspirar era a terminar de entretenida o

a entrar como pupila en una mancebía de fuste de Sevilla, como casa Lamadrid, donde le habían dicho hacían comedor dos niñas de color, de no caer antes enferma o enchularse — que débil es el corazón— con cualquier golfo de esmirriada figura pero buena parla que supiera tirarle los tejos por derecho y peor intención de sacarle hasta las entrañas.

Porque ella, al fin y al cabo, había conocido un solo hombre, su primo, que un buen día le dijera simplemente ven. Ni una palabra más. Corrían las vísperas de Pentecostés y, tomándola del brazo, la arrastró hacia el sotillo. Se bailaba al son del tamboril y de la dulzaina en el prado comunal para despedir a las carretas que iniciaban su camino hacia la romería de El Rocío. No recuerda el vestido que llevaba puesto, ni la hora del día —aunque, por las circunstancias, la de antes del mediodía debiera ser—, ni si había aún sol en la campiña del Condado. Sólo su sudor, el sesgo de sus labios al besarla y el ralo pecho que dejaba al descubierto su camisa blanca. Once años juntos, once y veintitrés días exactamente, primero casi como desconocidos, como si el dormir juntos, pese a su matrimonio, fuera sólo un pecado de primos aún, ya que siendo niños se habían acariciado en las eras, en las tibias tardecitas de junio y ella conocía ya el temblor de sus manos sobre las rodillas y el bronco timbre de su voz, al que no terminara del todo de acostumbrarse, aunque fueran marido y mujer, hasta que no sintió el rumor materno en el vientre, tendidos en la cama de madera de eucalipto con colchón de panocha de maíz, cara a la ventanita desde donde el recinto amurallado era jaspeado por la luna y el puente romano se recortaba a su izquierda entre jaramagos y ortigas. Resultó todo más natural pocos meses más tarde, al entrar él en la Compañía minera y estar ausente cinco días de la semana y regresar la tarde de los sábados, ya entre dos luces y su inconfundible silueta se perfilaba al llegar a la puerta de la corraliza vistiendo el mono gris que ella lavaría en la colada de cenizas tras sacudir el polvo rojo de piritas de cobre de sus alpargatas y limpiarle el sudor del barbuquejo del sombrero de palma.

Cuando le confesó que se encontraba preñada, se puso de

rodillas y le besó el vientre, donde empezaba a germinar el globo materno y, a partir de aquel día, no la quiso ya tomar habiéndola como la había sublimado. De noche se hacía a un lado para ni siquiera rozarla, y él mismo iba a la fuente comunal —de no encontrarse en el tajo— para que ella no tuviera que cargar sobre sus caderas los cántaros de agua, y él mismo, también, la ayudaba a dar la vuelta al colchón y a extender sobre la mesa de cocina el hule antes del almuerzo y la cena; a cambiar de un lado a otro las pobres y modestas sillas del ajuar y hasta a aventar el fuego del anafe con el pericón de empleita para que el movimiento pendular no le rompiera la cuerda de su reloj materno.

Once años y veintitrés días: inviernos, veranos, turnos de trabajo nocturno; noches interminables de soledad, insomnios y pesadillas; meses de estrecheces y miserias, a cambio de contados ratos felices. Todo junto en un torbellino que ahora le llega como una estrella fugaz cayendo sobre las almenas de la muralla en las noches de estío y que, cual estrella fugaz, se desvanece dejándole sobre los párpados un reguero luminoso de invisibles hormigas.

La lejía se irisaba en el agua jabonosa dentro del lebrillo del fregadero y la pucherada de cardos y tagarninas cocía a medio fuego en el anafe cuando se secó los ojos en el delantal. Los niños gritaban en la explanada. Cruzó la corraliza y los contempló desde la alambreira del gallinero de las dos cluecas y el obispo espolón. No se encontraba siquiera con fuerza para reñirles y les dejó que continuaran revoleando la pelota de trapo. Volvióse a entrar. Un gato maullaba en el tejadillo del tapial encalado. El albañal olía a cieno y a agua en descomposición. La media mañana seguía trepando por las barbacañas y las troneras de la muralla, una constante imperecedera en su paisaje familiar, como los meandros del río, como los azulejos de la torre de la iglesia mayor y la puente.

De nuevo ante el arca, abrió la tapa del maletón y sacó la carta de su hija para ponerse otra vez a leerla bajo una lista de sol que entraba por el tragaluz. Le era imposible hacerlo en silencio, porque no sabía, y las palabras se negaban a trans-

formarse en conceptos e imágenes: «Querida madre, me alegraré de que al recibo de ésta te encuentres bien en unión de mis hermanos. Yo bien y con muchas ganas de estar con ustedes. Te diré que me dio mucha alegría recibir los alfajores que me mandaste, que tenían mucho ajonjolí, como me gustan. Sabrás que va ya para un mes que me corté el pelo y me hice la permanent, es un decir, porque rizos nunca me faltaron...»

* * *

Todo empezó para Elena Howard con la avería, a la altura justa de la torre de homenaje, bajo el teso, por donde serpentea la carretera, y su automóvil discurría conducido por su marido camino de Río Tinto. Reparado al fin al cabo de cuatro largas horas, éstas fueron aprovechadas para visitar la ciudad, callejeando por las costanillas solitarias bajo la calina del mediodía, protegida ella por la sombrilla —idéntica a la que años más tarde caracterizarían su blanca figura fantasmal— y él por el panameño, el monóculo dejado caer sobre la solapa de la relampagueante chaqueta de hilo blanco y el junco de puño y contera de plata rubricando en el aire calmo los gestos de su curiosidad por los cancelos, los floridos balcones y los templetes mozárabes de la encalada serpentina del caserío.

La tarde huía tras los olivos y los viñedos cuando el coche se puso de nuevo en marcha, pero para ella la avería había significado —como aseguraría años más tarde— el acontecimiento más trascendente de su vida. Cuando, al cabo de siete meses, el monóculo del cónsul cayó no sobre la solapa sino desmayadamente sobre el pecho, desprendido del ojo, y el vómito de sangre galesa le resbaló por los labios en hilillos ensalivados y, más tarde, su cadáver fue llevado a la capilla anglicana de la plaza de Bartolomé Esteban Murillo de la ciudad fluvial, antes de ser enterrado en el cementerio civil, ella regresó a la ribera del mar encrespado que se estrellaba contra la rompiente costera y los acantilados del Canal de la Man-

cha; pero no pudo olvidar ni la muralla, ni el puente romano, ni la alameda, ni la tierra polvorienta, ni las oquedades rocosas que vislumbrara desde el prado junto a la explanada de la estación y a la izquierda de la falla geológica donde crecían los helechos, la genciana y el tomillo.

Tardó, sin embargo, casi tres años en volver. Se apeó con la sombrilla abierta en el estribo del vagón de calesera de primera clase al andén de ladrillos rojos, frente al reloj y la campana de bronce del cruce ferroviario, más que una estación un enclave de embarque del mineral con cobertizo de tejas moriscas y niños descalzos que comían naranjas al sol o racimos de uvas o mendrugos de pan rociados de aceite, mientras contemplaban el trasbordo de la pirita o el paso del tren pescadero Huelva-Madrid.

Y aquellos niños no sintieron ya sólo la curiosidad por ella, el color de sus ojos y de sus cabellos, sus medias blancas de seda, sus zapatos de trabilla, su vestido de gasa y su pamelita de paja italiana, sino por el equipaje que traía, al apresurarse a ofrecerse como porteadores, mitad por el pago de unas monedas, mitad por el placer de tentar la piel de aquellas maletas que, para ellos, olían dulcemente a alhucema.

Rememorando sus días coloniales, subió arrogante la cuesta, no la de la Puerta del Buey, que un día mandaría trazar con cargas de tierra rojiza y que a su llegada aún no existía, sino la de la torre de homenaje, alta y coronada de almenas que aún se mantenía milagrosamente en pie.

No había ordenado a *Wagon-lits-Cook* que le reservara una estancia con balcón a la calle en la posada arriera ni en la fonda del comercio, sino que se presentó simplemente con sus maletas de piel de Rusia y sus mantas escocesas de viaje, sus palos de croquet y sus bastones alpinos, rodeada no ya sólo de los improvisados porteadores ni siquiera del resto de los niños vagabundos sino de todos los hombres en paro estacionario que se encontraran en el andén para matar el ocio contemplando el paso de los convoyes ferroviarios. Fue, pues, de una forma casual como dio con el alojamiento en el

que habría de permanecer casi cinco años —mientras construían su *castillo* de piedra— en aquella casa de patio de mármol y cenador de columnas romanas con los lienzos revestidos de azulejos, delante de la cual se detuvo como guiada por un presentimiento y cuya dueña —viuda de militar muerto en Filipinas— le ofreciera hospedaje, a cambio de un chelín diario, que incluía alcoba y recibidor y mecedora de rejilla y muebles tagalos y excusado y vajilla de China.

Cuando tres meses más tarde llegaron sus propios enseres: la plata, la porcelana, los edredones de merinas australianas y el clavicordio, que había permanecido inamovible tantos años frente al mar verdigris, a espaldas de las Rocas Blancas, dos colleras de mulas surcadoras de la labrantía trasladaron desde la estación todo su entorno familiar británico a aquella casa de mármol y azulejos de Trajana de la plaza de Santa María para permanecer ya por siempre réquiem en la ciudad.

Fueron precisamente los años más fecundos aquellos que viviera aún en alquiler y en el transcurso de los cuales tuvieron lugar sus más importantes descubrimientos arqueológicos hallados casi a flor de tierra en la gran falla, y también posiblemente los más felices durante los que descubriera —según ella— el calor humano, junto al sabor popular, que emanaban como un flujo sagrado los desheredados de la fortuna.

Pocos años más tarde aquel halo maravilloso desapareció; fueron ya tiempos de impaciencia y de rebeldía, al intentar —inútilmente, claro— aquellos hombres, aquellas mujeres e incluso aquellos niños, reivindicar quiméricos derechos sin comprender que, inexorablemente, a lo más que podían aspirar en aquella tierra roja y achicharrada por el sol era a una situación que armonizara con las tradiciones seculares, que incluían el respeto hacia la británica institución que ordenaba arañar las entrañas de la tierra para arrancarle la roja piritita en la gran fosa minera de la serranía.

Resultaron, a partir de entonces, ya más problemáticos los trabajos de excavación en la falla. Este mundo, ya mío, comienza a cambiar —se dijo—. Lo que, en parte, era cierto.

Fueron, por tanto, los primeros años los para ella más felices y fecundos, incluso tanto como los anteriores a su matrimonio, en los postreros de su adolescencia, antes de que el hombre que habría de convertirse en su marido, veinte años mayor que ella, solicitara su mano en un paréntesis de nuevo destino en su carrera consular por tierras del trópico, cuando se limitara a leer a Keats y a Emily Dickinson (símbolo de la vida retirada desde la óptica puritana de la soledad anglosajona; su propia meta entonces) y a tocar el clavicordio, exceptuando los meses de verano en una *tournée* al continente sobre una bicicleta, para terminar entregándose por vez primera a aquel joven pintor tras quedarse dulcemente traspuesta en la exótica buhardilla parisina en la que, a pesar de caer el sol de un 14 de julio sobre los tejados de pizarra, entraba por los cristales rotos de las emplomadas lumbreras un aire frío y cortante o quizá sólo el que todas las pecaminosas entregas debían tener, mientras con los labios crispados partía sus uñas contra la gutapercha y la tela de damasco del sofá del *atelier*.

Más dichosos aún que los de aquellos años y los que siguieron tras su matrimonio, cuadrículados al protocolo no de la diplomacia sino al más humilde y subalterno de la carrera consular en ciudades centroeuropeas hasta su destino en Sevilla —donde él expirara de muerte repentina una tarde de septiembre con el vaso de güisqui seco en una mano y en la otra la boquilla de ámbar con la que sostenía el eterno cigarrillo *Gold Flake* mientras leía el *Times*. Apenas un movimiento levemente descompasado: el cigarrillo y el monóculo y la blanca resma de papel caídos en la alfombra—, en la que mataba su *spleen* con el cuidado de las rosas en la balconada y los jazmines y las clavellinas en el patio del consulado y sus viajes en automóvil a Gibraltar o a la cuenca minera.

Con su asentamiento en Niebla había hallado el equilibrio psíquico tanto tiempo anhelado, no sólo gracias al clima y a la luz, sino a la servidumbre humana.

El reborde de cinc de la tina robaba destellos a la lista de sol que, filtrándose por la tela metálica, dividía el lavadero. El vapor subía hasta la cubierta de tejas vanas y, sobre los lebrillos relucientes, se apilaba la ropa blanca y las toallas higiénicas. Olía a lejía, a zotal y a hierba milagrera, y el agua, escurriéndose desde el grifillo de latón hasta el plano dentado de las pilas, susurraba un rumor de fuentes imposibles.

Cayetana Rosado llenó de agua la jofaina esmaltada y fue enfriando con ella los calores de la tina. Tras comprobar de nuevo la temperatura con la yema de los dedos, se desnudó su bata de putilla y entró en la bañera.

En el espejo rasposo de marquito amaranto se duplicaban en el azogue su garganta y sus hombros gracias al incierto juego de luces provocado por la violenta rúbrica de espuma. Inmóvil y yacente, los brazos dejados caer a lo largo del cuerpo y la barbilla levantada, sus dedos empezaron a jugar con los rizados círculos jabonosos, mientras fuera, en la azotea, el triste sol de invierno rebrillaba sobre los líquenes de los pretiles y la, no por lejana menos puntual, brisa marina hacía crujir los goznes de la puerta del lavadero. Erguidos, sus senos se reflejaban sobre la superficie blanca y azul. Toda su piel, estremecida, empezaba a enervarla en una agridulce somnolencia. Bajo el pavimento enlosado de ladrillos rojos, resonaban los pasos del trájín de la limpieza. Se hundió más aún en el agua, como si la tina de cinc fuera un almiar de pasto, y entornó los ojos a la vez que el viento repiqueteaba ya en los guarderones de la puerta. Esperaba oír la voz del ama llamándola para que abandonara el baño, pero sólo el levante rompía el silencio del terrado. De pronto, un escalofrío, ahora no de placer, un estremecimiento de frustrada permanencia se le agazapó al pecho y le subió de puntillas hasta la garganta. No obstante, se afianzó en aquella postura que la relajara y conti-

nuó inmóvil, como si no hubiera transcurrido un año largo desde que, en otro lavadero y durante los luminosos atardeceres de la Ciudad Fluvial, buscara también en la azotea — desde donde se columbraba la silueta doliente y estremecida de soles altos de la Giralda— el sosiego de su baño de doméstica, lejos de los niños, de sus paseos —almidonada de frufnú— por los jardines del parque de la Infanta, de sus nanas —de duendes o bandidos— para dormir a los más pequeños y sus noches de insomnio e incertidumbre cuando el señorito — nazareno de Pasión, centauro de marismas, lechuzo de hipotecas— quedaba plantado delante de la puerta de su alcoba, que, sin cerrojillo, abría para contemplarla arrebuja y trémula en la cama, más que como un ser humano como un extraño y cálido animal que podía ofrecerle un nuevo y exótico placer del que no llegaría a gozar, sin embargo, hasta que, junto a ella, en el viejo automóvil familiar, coronara la carretera del Aljarafe.

* * *

Viajó como una extraña junto a él, mientras las curvas se sucedían imperfectas y renqueantes, derrapando las cubiertas sobre el camino a medio asfaltar que trepaba la servidumbre de los alcores solitarios. En la más pina de las lomas —la ciudad había quedado ya lejos, difuminada en la bruma ocre del anochecer— colocó una mano sobre sus rodillas y fue acariciándola torpemente mientras en la cara se le agolpaba la sangre. Sintió el frío de sus dedos que se agarraban al tibio camino de sus muslos, los primeros que rompían la suave curva virginal. Percibió con sorpresa la enervante lasitud del primer roce, pero se serenó hasta lograr superarla y conseguir una indiferencia total mientras la mano seguía acariciándola nerviosamente.

Los olivos mecían sus ramas, como los encinares, tras las cercas de los sembrados y las dehesas solitarias. Moría ya aquella tarde que la acercaba a su noche, la que pasaría a su

lado a cambio del sobre —el precio de la mercancía antes que la mercancía misma, tal como ella había exigido para ceder a realizar aquel viaje—, que llevaba ya consigo en la canal del pecho, aprisionado entre la carne y el sujetador de percalina.

Detuvo el coche junto a la cuneta mientras los tonos malva del poniente se diluían entre las frondas del monte bajo y, tras soltar el volante, la abrazó con violencia, que de violarla allí mismo se trataba. No se sintió ni próxima ni distante cuando su falda subió hasta la línea misma de la ingle y él, de rodillas, comenzara a lamerle las piernas dejando un reguero de turbia saliva entre sus muslos. Ahora no, luego, dijo secamente. Y el lechuguino aceptó este plazo que ella puso a la consumación, aunque le propusiera entre mendaces lágrimas bajar del coche y caminar por la terronera parda del olivar, la noche ya caída, pretendiendo que allí mismo, bajo las estrellas, tuviera lugar la entrega de las primicias de sus trece años recién cumplidos.

No recordaba lo que acabaría sucediendo más tarde sino el haber aceptado beber un par de grandes copas de coñac, sentados ambos en el *living* de la casa del Aljarafe, donde el automóvil se detuvo tras cruzar la verja de forja, el jardín abandonado y los mustios parterres de flores marchitas. Y no fue finalmente en la cama matrimonial donde tuviera lugar la pérdida de su pobre honra, sino sobre la cretona inglesa del sofá en la que se deslizaban estampados los *tilburys* y los *victorias* en una abigarrada confusión cromática de látigos, postillones y lacayos de chaqueta roja que le hicieron recordar, entre los vapores del alcohol, la fantasmagórica sombra de doña Elena.

El sobre celeste lleno de billetes había pasado precavidamente antes —la siempre precaución de los desheredados— del canal de su pecho a la caja de zapatos, que guardaba su ajuar y constituía todo su equipaje, y escondido entre los pliegues de su única muda interior. Una nube turbia se le espesó delante de los ojos. Luego la vomitina manchó para siempre aquel sofá forrado de cretona inglesa. Sabor de hombre, de sangre virginal, alcanfor, casa cerrada y orín de gato. Finalmente, el

desvanecimiento completo, la total inconsciencia y, entre sueños, una oscura niebla donde cabalgaban no ya postillones ni lacayos sino campesinos y mineros y vagonetas y espigas de trigo candeal y panochas de maíz y olores de estiércol y afrecho. Y, en medio de todo ello, el dolor en el pubis, como si un hierro al rojo vivo le hubiera abrasado las entrañas.

Con la llegada del amanecer, sobre las sienes, los calambres del brandy y la saliva blanquecina y los ojos cargados aún de sueño cuando él la hiciera pasar al cuarto de baño y abriera el grifo de agua tibia para que se zambullera en la bañera de porcelana esmaltada. Chapoteó dentro del agua mientras lloraba de rabia y de impotencia y con las uñas intentaba mutilar su rostro y cada redondez de su cuerpo de mocita pinturera; que no otra honra y otros caudales tienen las ninfas sin recurso sino el virgo, que ella acababa de entregar a cambio de un par de miles de pesetas, en billetes de cien y de cincuenta.

* * *

Veleaba el viento la ropa puesta a secar en la azotea y se enfriaba ya el agua en la tina de cinc. El sol, filtrado por la tela metálica, había ganado tres palmos a la izquierda de los lebrillos, quebrándose en el grifito donde continuaba manando lentamente el agua en una cansina sinfonía que la sacó de sus ensoñaciones. Abandonando de un salto de corza africana la tina, comenzó a secarse fieramente con la misma saña que lo hiciera aquel amanecer de septiembre, los pámpanos cortándose en las viñas y verdeándose las primeras aceitunas. Luego se contempló desnuda durante unos segundos ante el espejillo y comenzó a vestirse.

Doblaban a muerto las campanas. Recordó entonces a su padre, con un vaso de vino en las manos, sentado en la puerta de su casa, el respaldo de la silla de enea inclinada sobre la cal del murallón donde colgaban las jaulas de los jilgueros y las salamanquesas panzonas cambiaban raudas de sitio, de postura y color.

Cuando abandonó el lavadero y salió a la azotea el sol se mantenía ya firme en la perpendicular de los pretilos. Olía a tierra mojada, a orujo en descomposición y a invierno. El aire salobre de la marisma venteaba tierra adentro hasta los lindes de la campiña cereal y los canalones de hojalata de los tejados y las veletas de las almazaras apuntaban el norte de las serranas lomas metálicas de los predios mineros. La ropa puesta a secar continuaba dulcemente agitándose: las sábanas, vela mayor, al lado de las cangrejas y los juanetes de sostenes y bragas buscando la perpendicular en los alambres. Inesperadamente, las tristes notas de un saxofón quebraron el silencio. Llegaban de la plaza mayor y subían lejanas y en sordina, junto a un chin-chin de platillos, hasta la azotea.

Cayetana Rosado se inclinó sobre el pretil y permaneció aborta, esperando la llegada a la calleja de la mancebía a los titiriteros. La musiquilla melancólica fue acercándose poco a poco en mitad del alborozo de los niños sin escuelas y los hombres en paro estacional. De nuevo le llegó el recuerdo de su padre durante las luminosas mañanas de otoño de domingos pueblerinos cuando, cogiéndola de la mano, la bajara por la cuesta de la Puerta del Buey para llevarla a la explanada de la estación, donde el saltimbanqui portugués, con sus grandes mostachos manchados de nicotina, su desgredada mujer, su tambor pintado de verde y su escuálido oso de las montañas cántabras, congregaba a su alrededor a todos los habitantes del arrabal, del arrabal de negros y del arrabal de blancos, que la miseria no hacía distingos de la color.

* * *

El viento —siempre el viento— despeinaba las ramas altas de los olivos en las hazas de la tierra calma fuera de la cuenca minera y desencharcaba el sudor de su camisa, las tirantas del peto de su mono y hasta las cintas de sus alpargatas de cáñamo. El camión en el que viajaba renqueaba en las cuestas y en los badenes del camino polvoriento que se adentraba

en la campiña cereal y en los viñedos dejando atrás la serraña y los rojos desmontes minerales.

El negro Cayetano, sonriente y burlón, se sentía casi feliz cara a la marea rumorosa que le aireaba junto al sudor la mala sangre. Apoyándose en la chapa del techo de la cabina, desde la batea, cruzó sobre él los brazos y abrió las piernas para mantener el equilibrio. La camioneta ganaba los repechos en mitad de los canchales cenicientos o bajaba hasta la umbría cenagosa de los cañaverales antes de ganar otra vez altura y serpentear la línea de los abedules, los helechos y las encinas, bajo las que belloteaban los cerdos ibéricos. *Sábado, sabadete, camisa limpia y polvete*, exclamó el hombre que viajaba tras él, barrenero de petardo y mecha flecona de la compañía. Sus palabras tenían hoy un sonido esperanzador distinto del resto de los días de la semana, aunque poco expansivo fuera como todo buen dinamitero que ponía con cada nuevo pozo abierto un interrogante a su vida.

Regreso al hogar; ducha de regadera en la corrediza y camisa planchada; de becerro las botas y los calcetines de algodón el vaso de vino sentado en el portal, el beso de los hijos y la mirada perruna de su mujer; no el abrazo tras la mirada, ni las caricias, sólo el pudor cuando su silueta se recortaba en el marco del portalconcillo del corral y su sombra se alargaba tras haber cruzado el regato de las aguas residuales. Y, con su venida, la recomendación a los hijos de no agobiéis a padre, y el agua ya caliente en el fogón, remendados los zancajos de los calcetines y lustradas las botas y doblado sobre la silla el pantalón de patén. A punto todo, pues, en la imprecisa hora de la atardecida, la luz hundiéndose en las copas de los pinares del Coto Doñana.

El sol se encañonaba a intervalos en los resquicios frontales de la batea. Las tonalidades rosadas serenaban el lejano fulgor de la franja costera. Cárdenas llamaradas de fuego entre las pálidas nubes del verano y los estratos y cirros que avanzaban desde la mar para terminar situándose, ya noche cerrada, en la vertical de la cuenca minera donde también de madrugada las vagonetas, en turnos ininterrumpidos, subían y

bajaban desde la gran fosa por los linderos apuntalados hasta las escombreras, los muelles de carga y descarga, las grúas y el transformador, el tajo, en suma, donde durante cincuenta y cuatro horas a la semana había picado, arrastrado y apilado los trozos de pirita.

La camioneta rodaba ya sobre la planicie. En el cielo se columpiaban las gaviotas y, decenas de metros más abajo que ellas, los pájaros menores —estorninos, cobujales y terreras— buscaban ya el refugio de la anochecida estremeciendo el horizonte con sus murmullos jubilosos.

Desde su subconsciente de sabanas y junglas, a Cayetano Rosado Expósito le inquietó el bucólico silencio. Extrañamente, el peonaje había dado ya de mano en las eras doradas o la habían, por alguna causa desconocida, abandonado. Demasiada calma y paz para horas aún de trabajo; que de sol a sol estaban ellas escritas y firmadas desde tres mil años atrás. En los huertines de las contadas parcelas —tierras de guardavías o camineros— a lo largo de la carretera, las gallinas, los cerdos y los animales domésticos mineralizaban sus ojos en un cielo que, de celeste acuarela, se tornasolaba en tómpora violeta.

Sábado, sabadete. El camión, como una goleta con las velas desplegadas navegaba ya en mitad de la calma chicha de la campiña cereal. Sólo la queja acompasada y rítmica del motor en uve y el trémulo silbido de los batientes rompían el silencio. Tendido ahora sobre el suelo de tablas, cansado, contemplando sin verlo el paisaje familiar, a los hombres de las cuadrillas mineras que regresaban a sus hogares tras una semana de trabajo no parecía asustarles en cambio este silencio —demasiado forzado para ser real— excesivo, alucinante, Cayetano Rosado Expósito no exteriorizó sus temores —de mico y cacatúa— ni nada dijo del fantasmal presagio adivinado entre palmas reales y flores de yuca de su gen.

Las colleras de mulas surcadoras, con el arado inmóvil entre las patas —donde se quebraba una última hilada de sol—, permanecían como clavadas en los barbechos sin la cruz de

los hombres tras las rejas ni el garabato de los látigos sobre los lomos. *Sábado, sabadete*. A orillas de la carretera, las sombras de los plátanos se mecían dulcemente y una liebre sorprendida saltó hacia el caminito ciego que se abría, pardo y reseco, en mitad de los cultivos de verano: servidumbre de paso del melonar y las hazas de sandías.

Cielo de plomo ya, casi la última luz. Apenas una pincelada gualda en el espejo del retrovisor del Ford con los guardabarrros esmaltados en azul y las siglas de la compañía inglesa orlando las puertas de la cabina sucia del polvillo de cobre que no había logrado desprender el viento, y el olor de la gasolina y el del sudor y el bostezo de los viajeros y un aroma de brea, de madera encharcada y de rastros calcinados. Una banda de grajos cruzó el espacio este-oeste, volátil migración hacia la frontera lusitana, inesperada huida de los pájaros comarcales a tierra portuguesa: Aljustre, Garvao, S. Joao dos Caldeiros. Como si también a ellos les sorprendiera el silencio, sus picos pregonaban el grito de su espantada. ¡Mirad! — quiso decir el negro Cayetano para dar fe y constancia de un asombro que hubiera sido inútil expresar con palabras, pero no dijo nada.

Las ranas croaban en las charcas —donde se bañaban cada mañana los caballos—, que anunciaban la proximidad de los meandros del río, los álamos, las murallas y el cruce ferroviario. Tarde ya definitivamente abatida de julio. A medio kilómetro, justo en la curva —*vista panorámica*, cámara fotográfica acordeonada en el despintado cartel— llegaron los primeros disparos. El silbido de las descargas se duplicó en ecos al estallar sobre el cristal del parabrisas sobre los faros y los neumáticos. No fogueo de escopetas cazadoras ni de postas venaderas; decenas de balas disparadas por máusers reglamentarios, aunque no fuera exactamente el ejército regular el que las disparara aún, ni aun la Benemérita. ⁽²⁾

El chófer, al saltar desde la cabina llevando en las manos un

² El autor evoca un hecho histórico: el asesinato de los mineros de Río Tinto en la carretera general Sevilla-Huelva la tarde del 18 de julio de 1936.

pañuelo blanco —como bandera de paz— ya manchado de sangre, cayó con los brazos abiertos sobre el asfalto, mientras el resto de los pasajeros, enloquecidos, saltaban de la caja para quedar pronto rodeados de puntos de mira de mosquetones y pavonados cañones de pistolas. En el poniente, el sol no era ya más que una difusa moneda de cobre acuñado con la cabeza de Artemisa que se hundía definitivamente en el mar.

* * *

La cuerda de prisioneros se recortó en el camino polvoriento dejando a la izquierda la muralla y el caserío recién iluminado por sus mortecinas luces amarillas. Luego cruzó la labrantía entre las cepas en flor y los melonares lunarios camino del campo santo.

Cuando Jiménez, el dinamitero, abrió en aspa los brazos rompiendo sus grilletos de alambre y preguntó dónde lo llevaban —como si de sobra ya no lo supiera— para, a continuación, intentar escapar por el lindero, una ráfaga de fusilería le dejó tendido boca arriba sobre la terronera de un barbecho roturado.

Al llegar a la verja del cementerio, alguien pasó una lista embustera, como si con ello pretendiera legalizar la situación ante un tribunal:

—¡Pantoja, Anselmo, Cayetano... Y, vosotros, los Cantaclaro y los hermanos Gómez, a la izquierda, donde os corresponde por ley!

El negro Rosado no pudo distinguir ni su cara ni su figura ni sus gestos, pero reconoció la inconfundible voz galleada de Diego Ordóñez, hijo, apenas cumplidos los veinte años, el mismo que paseara los domingos, tras la misa de doce, bajo los álamos, maqueado de alpaca de seda, el cuello almidonado, las guedejas sujetas por fijador y jaspeadas de brillantina, con una pistola sobresaliendo aposta del bolsillo del pantalón.

Obedecieron. Entre Joaquín Pantoja y Anselmo, Manuel y Agustín Cantaclaro y los hermanos Gómez, sus compañeros de fatigas, Cayetano, el negro, cruzó la cancela camino del paredón en el momento mismo en que una lechuga escapaba por el tragaluz de la capilla, sala de autopsias y depósito de cadáveres.

* * *

La masa informe de su achatada nariz se encontraba cruzada por un cuajarón de sangre. Los puntos cárdenos de las descargas recibidas de espalda se extendían a lo largo del cuerpo donde dos hondonadas sangrientas subían hasta el cuello, oblicuas a las orejas y al cráneo. Un mechón de cabello rizado se le había pegado a la frente y se estriaba sobre la cuenca de los ojos abiertos; dilatadas las pupilas, grasientas las pestañas, supurante el cristalino, no tumefacto ni siquiera destrozado sino simplemente vidrioso el izquierdo y terso aún, limpio e iluminado el derecho, por lo que le corría un tropel de imágenes dentro de la córnea, ligado a ella, cóncava ya, pero nítida aún también, sin brumas todavía. Abanicado por las pestañas, había quedado fundido, como formando un solo plano con él, engurruñado, como si se hubiera visto obligado a cerrarlo a medias por el mucho sol. Más tarde las punzadas con la muerte de las células de aquel desgajado tendón que le inmovilizaba el cuello, las piernas y los brazos —plomo, granito, mercurio, plata y cobre—, que le impedían respirar, creía, como si necesario ya le fuera, cesaron. Cuando la última de sus venas estalló, el ojo izquierdo comenzó a supurar y dejó de ser ya un círculo lacrimoso. Resultaba como una colina que, irrumpiendo de la cuenca, subiera ahora hacia arriba, hasta las tantas veces afrentada frente. El derecho, sin embargo, seguía brillando, con las lágrimas azuleando el blanco y oscureciendo el negro —más negro aún que su piel, mulata al fin y al cabo—, por lo que las imágenes, que ya no lo eran, al pasar ante él se contraían hasta quedar transformadas en

minúsculos trapezoides, rombos y puntillas de estrellas.

La luz fue haciéndose más tenue segundo a segundo. Desde el ángulo izquierdo —la luna había recorrido ya medio metro en el paredón— no podía adivinar ya la brizna de hierba, la rugosa fibra del tronco del cercano ciprés; ni la hormiga, ni el tallo de malva, ni las cintas cruzándole los tobillos de sus alpargatas. Luego nada, ni siquiera el eco de las voces de sus verdugos que abandonaban el recinto cantando el *Cara al sol*. La última de las esferas se apagó súbitamente y una masa de nubes entró por sus ojos para dejarlo inmerso en un baño blanco y lechoso. Más tarde ni siquiera eso. El cristalino izquierdo reventó también como un globo. Entonces le llegó el silencio dulce e inconcreto de la muerte.

* * *

Cuando la mulata Cayetana abandonó la azotea y bajó al salón el almuerzo estaba ya servido en la mesa de la cocina. Llenó su plato de sopa hasta los bordes y comenzó a sorber el caldo mecánicamente. La *Rubia* se levantó de la mesa dejando intacto el postre sobre el hule. El ama mondaba parsimoniosamente una naranja. Los platos sucios se apilaban sobre el fregadero y en el fogón se caldeaba el barreño de cinc que, a cualquier hora, proporcionaba agua caliente a las jofainas de las habitaciones. Del salón llegaban las voces y las risas de Antonia y Lola. Patrocinio, el ama, mientras partía los gajos, dijo:

—Mañana a volar la Lola y tú, negra, y yo con vosotras, que no es fiesta, sin ser Pentecostés, para desaprovechar ni todos los días se organiza nada parecido. También me toca divertirme a mí de vez en cuando. Nada de juerga barata con pe-lentrines de medio pelo. Una chusma a modo con guitarristas, cantaores y gente de postín. Mujeres sois para mí todas, aunque niña aún seas tú, y a todas os trato con el mismo rasero, que es lo justo; pero Quintín, el aperador de La Ruiza es lo que me dijo. La Lola y la Cayetana por delante y usted con ellas. Textual.

—Lo fundamental es que sigáis manteniendo como hasta ahora la compostura y los buenos modales. Ya os dije que es gente que le gusta la juerga, el mosto y el cachondeo como a cualquiera, pero que huye del escándalo, las borracheras y las chabacanerías —aconsejaba el ama señalando el lavabo donde acababa de entrar Consolación, la entretenida de don Justo, chacal de latifundio, culebra de dehesas, sanguijuela de albercas y moscardón de lagares y cuadras—. También deberían pasar ustedes al tocador, que no hay cosa más fea ni que peor pueda caerles a los señoritos que una real hembra le diga que va a hacer aguas mientras la juerga está ya en su apogeo y los cantores y guitarristas interpretan. Tomar ejemplo de ella que no puede ser más educada y señora.

—Por nosotras, descuide. Y por mí, sobre todo, lo digo, que cuando quiero ser una señorita lo sé ser como la primera que se precie. Tan señora y tan fina como ella cuando es menester, que nunca di el mitin en ningún sitio.

—Tampoco es eso —contestó Patrocinio—, que de señoritas y de buenas palabras están ellos más que cansados. En un toma y daca consiste el negocio. El no pasarse de la raya ni llegar a ella, y ya me entendéis. Que si quisieran sólo educación y buenos modales no iban a organizar un folklore como el que han organizado antes de encamaros.

Cayetana Rosado dejó resbalar las manos por las caderas para estirarse la falda:

—Ningún interés en venir y usted lo sabe —comentó—. Nada me molesta como decir lo que no siento, bailarle el agua a nadie ni dorar la píldora a base de sonrisas.

Patrocinio, el ama, que vestía el hábito del Carmen —promesa por la salud de un sobrino carnal— bajo el abrigo azulón abotonado hasta el cuello rematado con una descolorida piel de

gato, se había quitado los guantes para almorzar y volvía ahora a ponérselos sacándolos con remilgos, más de dueña que de encargada, de su bolso de charol desconchado. Una hebra de sol la dividía en dos verticalmente. Su rostro magro y ajado ensanchaba falsamente su torpe silueta desaliñada. Sobre el merendero caía la luz pálida y añil del mediodía ya pasado. Rebrillaba el albero al borde de los mustios parterres. La campiña verdeaba al fondo de las hazas cereales del límite de las tierras del Condado y la recién llegada marea se estremecía de rumores campesinos: el látigo sobre el lomo de las colleras surcadoras, el chirrido de las ruedas de los carros agrícolas y el grito trémulo de los estorninos.

A primera hora de la mañana habían llegado al cruce en el renqueante Chevrolet de alquiler propiedad del alcalde, y allí fueron recogidas por Quintín, el aperador, que las trajo a la venta, donde acababan de almorzar con don Justo, Consolación y los dos forasteros de Madrid que pasaban una temporada en La Ruiza.

—¡Qué suerte de hembra, qué belleza, qué vista y qué sentido común! —decía ahora el ama refiriéndose a Consolación—. Ya la veis y ahí tenéis un ejemplo a seguir. Tan seria, tan callada y tan jacarandosa a la vez cuando hay que serlo, no obstante haber estado haciendo comedor como ustedes hasta que un día don Justo se encaprichó con ella y la retiró de la vida para ponerle un piso como una marquesa.

—Buena hembra es y no se lo voy a negar —contestó Lola—. Y un pico de oro ha debido tener para engatusarlo. Horas de vuelo se ve que le sobran, que no hay más que verla para comprender que es de las que saben llegar y besar el santo.

Regresaban ya los tres hombres y volvía también Consolación del lavabo y se destocaba de su gorrilla Quintín antes de abrir la puerta del automóvil aparcado en el jardincillo.

—Si fuerais más despiertas os hubiera dado también tiempo a ir al tocador. Poco remedio tiene ya, de manera que iros emparejando para alegrarle la pajarilla a los cabritos, que es para lo que estáis aquí —se lamentaba Patrocinio mientras cruza-

ban la cancela para dirigirse al coche.

—Habéis tenido suerte —decía Consolación a los forasteros ya dentro del automóvil—, que no todos los días se encuentra a la vuelta de la esquina un par de niñas como éstas, y la negra es linda. Y que no os lo digo porque estén ellas delante ni mucho menos, que es la pura verdad. Y tú, Lola, *s'entraña*, no te enfades, que tienes los ojos ingleses.

La venta, con su zócalo de almagra, sus merenderos distribuidos por el jardín y su alta palmera quedó por fin atrás. Una carreta cruzaba una servidumbre de paso arrastrada por un par de bueyes albinos y una reata de burros enanos cargados de arena atravesaba la perspectiva de las lomas. En un palomar, junto a una veleta de cucaña que presagiaba por sus sures tormentas y tempestades, las torcaces orientaban sus vuelos hacia las hazas de resiembra. Tierra parda y ocre de gárrulos y retorcidos sarmientos, aranzadas de habas, de centeno y cebada, y la luz alta del cielo de invierno quebrándose sobre el parabrisas del gran Mercedes negro.

—Buenas piezas estáis hechos todos; los bocados más tiernos para vuestros dientes de lobos. Eso es. ¡Qué bonito! —dijo inesperadamente Consolación palmeando las rodillas de Cayetana, sentada frente a ella en uno de los traspuntines.

Las curvas se sucedían en la carretera. Discurrían las pequeñas casitas encaladas de las aldehuelas, y en las dehesas solitarias se apacentaban los toros de lidia, clavados sus húmedos ojos en las copas de los alcornoces y las encinas. Transcurrían también los pueblos con las torres de sus iglesias, las espadañas de sus ermitas y los arrabales de chozas de adobe llenos de niños áticos y panzudos. Sólo el zumbido del motor diesel y los monosílabos con que, desde el volante, contestaba Quintín a Patrocinio, que elogiaba la hermosura de la campiña, como si suya fuera, haciendo un falso papel de gato con botas.

—No parece sino que ha caído una estrella y la estáis viendo caer —dijo Consolación—. Mal empieza el día de jolgorio que os queréis tirar. Por mí hubiéramos dejado las peleas de ga-

llos y puesto en el ventorrillo a darle al vaso mientras llegaban los cantaos.

—Usted, Consolación, manda y ordena, que para eso somos sus invitados y bastantes molestias le estamos causando con que nos acompañe —terció uno de los forasteros.

—Ella *encantá*. Siempre alegre como unas pascuas. En cuanto lleguemos al reñidero lo primero que vamos a hacer es tomarnos una jarra de mistela. Veréis cómo desaparecen las tristezas y los malos humores —exclamó cachazudo don Justo, feliz con el trato que acabara de cerrar: la venta, de estraperlo, de treinta vagones de trigo a los dos pardillos de la villa del oso y el madroño, procuradores en Cortes y deanes del Glorioso.

Las huertas sucedieron a los collados solitarios. Los últimos olivos fueron vencidos por la llanura. El Mercedes tomó la curva de Castilleja —dejando a la izquierda el tiro de pichón del Carambolo, tan frecuentado por don Justo, pero al que, obviamente, no invitaría a aquellos pisaverdes capitalinos, peñaos y muertos de hambre, a los que las circunstancias eran propicias, pero que no sabían distinguir un fino de un oloroso, un jamón de Jabugo o Galaroza de uno gallego, unos langostinos de Bajo Guía de un gambón de Huelva, unos calcetines de seda de unos de perlón, unos zapatos hechos a medida de crujiente suela de unos mallorquines, una franela de Tamburini de un paño de Béjar, una yegua de la Cartuja de un caballo matalón; buenos sólo para vencer a los enemigos de la patria y ser utilizados como intermediarios y capataces de sus enjuagues mercantiles y sus trapisondas, pero malos para ser presentados en los cerrados círculos de su intimidad, cerrada a cal y canto, de misa de doce en las iglesias del Sagrario, de San Vicente, de El Salvador o de la Magdalena, naipes en el Aero, el club Pineda o el de Tenis, cenas en el Círculo, aperitivos en el Cristina o en el Alfonso y polvos en los burdeles de tronío: Lamadrid, Redes, Bailén. Para ellos, pues, bastaba la juerga barata —que otra cosa la chusma no precisa ni entiende de más finos brocados—, el vino de pasas, las putillas, las ventas, el pintoresquismo y la caricatura del campo, no las

fiestas camperas —de las doscientas familias— con sus claves de *do-re-mi-fa-sol*.

El Mercedes tomó, por fin, la última curva para deslizarse por la pendiente, atravesar el paso a nivel y quedar aparcado ante los soportales de la antigua bodega, con placita de toros, de La Pañoleta.

* * *

De los muros y las paredes encaladas colgaban antiguos carteles de toros que testimoniaban faenas de Mazantini, Belmonte, Joselito, El Espartero, Rafael Guerra y el Niño de la Palma. Una larga hilera de vigas de madera de Flandes, ennegrecidas por los vapores del alcohol y del azufre, sostenían sobre los pilares de fábrica la cubierta de tejas moriscas. En los lienzos maestros se apilaban los barriles de vino de la Casa: *Manzano, 1937, Il Año Triunfal; Pichardo, 1940; El clavel, 1941...*, todos ellos con sus características, los años de crianza y su designación escritos sobre las embocaduras con tiza. Un muchacho, cojo y jorobado, pregonaba décimos de lotería con voz cansada e impersonal entre los veladores, y pesadas bicicletas agrícolas se alineaban al lado del portalón color almagra, como las cornisas y los frontones. Las mangueras de comunicación entre los barriles y bocoyes serpenteaban el suelo, flácidas y deshinchadas como sierpes de agua. En un testero, decenas de jaulas de madera llenas de gallos *ingleses* cubicaban un escaparate multicolor perpendicular al muro. Era inútil hablar y hacerse entender entre la algarabía de las gallináceas. No obstante, se intentaba:

—¿Qué hay, Manué? —preguntó un anciano, pollo posturas sin duda en años mozos, tocado con un sombrero cordobés, a un muchacho de edad imprecisa que sostenía una jaula.

—Aquí traigo dos gallinas colinas, abuelo.

—¿Vendiste el *giro* tuerto?

—Esta mañana lo mató mi madre, señor José, y esta noche

nos lo comeremos en la cena, con tomate. Había perdido la casta y rechazaba la pelea. Poco provecho hubiéramos podido sacar de él, ni siquiera como gallo padre. Sentir plumas junto a él, aunque fueran de hembra, y echarse a temblar era todo una. Más que tuerto, el *giro*, estaba ya ciego por la jindama.

—¡Buen gallo fue! Y buena carne prieta vais a encontrarle. Os hacéis cuenta que os coméis un faisán.

—Bueno, abuelo, y más de cien duros dio a ganar a mi padre, que en gloria esté, en no pocas ocasiones con el pico de brillante y los espolones de acero que tenía.

Un camarero, con el mandil ajustado muy alto sobre el estómago, se abrió paso, excitado y nervioso, entre los grupos y, al llegar ante don Justo, hizo una ceremoniosa reverencia, casi genuflexión, por el honor que significaba tener a tal ilustre personaje en la casa:

—¡Dichosos los ojos! Por usted y la buena compañía, señorito.

—Dispónnos una mesa y acércanos unas sillas, Reverte...

—Como las balas. No sabe el señorito cuánto se alegrará el presidente de verle.

—... Sírvenos un par de jarras de mistela y siete vasos, los cabales. Y de picar tráete de la pata.

—¡Huy, de la pata! ¡Si ya hemos almorzado! Para nosotras una botella de cazalla y unos almendrados de «Inés Rosales»

—dijo Consolación mientras tomaba del brazo a Cayetana para sentarla a su lado una vez que sillas y mesas estuvieran dispuestas.

—Un espectáculo que merece la pena y por eso me he permitido insistir, para que lo conocierais —explicaba don Justo a los forasteros mientras les ofrecía una tabaquera de testículo de toro llena de cigarros habanos—. Es la lucha de dos animales en celo. Tiene su gracia ver combatir dos machos cuerpo a cuerpo imaginando uno en el otro un rival de hembras que jamás catan. Don Juan Prim, aunque catalán, toca madera, fue uno de los mejores aficionados de España y su gallero

era natural de Santiponce, un pueblecito distante de aquí un par de leguas. Como ven, no es una afición sólo andaluza. Dicen que un almirante inglés trajo los primeros ejemplares al campo de Gibraltar desde Sumatra. Desde allí, la afición se extendió por el sur y el levante llegando a Cataluña, con perdón, zape sarasa. Naturalmente, los gallos de hoy son producto de muchos cruces y casi todos proceden de Alemania, la nación fraterna. Los germanos los importaron para mejorar el gusto de la carne de sus capones...

Al fondo de la nave se levantaba el pequeño ruedo del reñidero, donde convocatorias y avisos, escritos en tinta violeta sobre papel de estraza, daban instrucciones sobre el reglamento: *Se hace saber a los señores aficionados que como mínimo habrá de haber tres peleas para la celebración de la copa. El gallo que se retire de ellas antes de los diez minutos de lucha no es válido para el premio.*

—... Esperemos que con los años, cuando la paz esté consolidada, se revalorice la fiesta a lo largo y a lo ancho de nuestra geografía.

El camarero distribuyó sobre las mesas jarras, botellas, copas y platos. El segundo de los avisos preveía contingencias y jerarquizaba situaciones imprevistas: *En caso de empate le será concedida la copa al gallo que tenga menos puya. Y si coinciden en la medida será sorteado entre dichos gallos por el señor presidente. Se pone en conocimiento de los señores aficionados que el gallo que metiese el ala en la batayola será descalificado. El fallo del señor presidente es inapelable. Las quimeras se ajustarán a lo previsto en el reglamento de este reñidero.*

Decía Consolación —cabellos endrinos, piel mate, ojos sarracenos, boca de corazón pintada con *pétalos de rosa*, zarcillos de cigarrera que denunciaban su origen, peineta de carey, zapatos de charol y mantón de doble fleco— a la negra Cayetana:

—Seguro que a nosotras dos, paloma, a ti y a mí por lo menos, no nos va a gustar esto ni chispa. ¡Cosas de cabritos!

—Pudiera.

—¿Cuántos años tienes, chocho?

—Veintiuno —mintió.

—Para ti y para mí. Soy una tumba.

—¡Esos!

—¡Malas puñalás te den! ¿No quieres ser mi amiga?

Un mozo —quizá de estoque en tardes de corrida—, con un mugriento guardapolvo gris, agitó una campana. El murmullo de las conversaciones se hizo más estridente. Los grupos de futuros espectadores se fueron dispersando para formar cola y entrar en el recinto, acotado con una red de alambres oxidados.

—Ninguno de ellos tiene nombre —continuaba explicando a sus invitados don Justo—. Se les distingue por la color. Los hay colinos, giros, cenizos, jabaos, coloraos y tornasoles. Y a la color se apuesta en firme, sin papel, boleta ni nada que se le parezca. La palabra es sagrada aunque se crucen miles de reales. Y que nadie se descantille ni intente hacerse el sueco a la hora de apoquinar.

—¡Pues yo quiero apostar! —exclamó Lola.

—Una cabecita loca es lo que tú eres —interrumpió el ama—. ¡Cómo vas a querer apostar sin haber visto jamás una pelea ni conocer las flaquezas de los enfrentados! ¡Anda, anda, que nunca vas a sentar esa cabeza de chorlito!

—¿Sabes lo que te digo? Que tú te lo pierdes. Siento que no quieras ser mi amiga y que te muestres tan esquiva y arisca —decía ahora Consolación a Cayetana.

—No es eso, y usted me va a perdonar. Cada una es como es.

—Háblame de tú, cielo.

—Pues ya lo tienes. Bien fácil. Desde ahora.

Bébetes un copetín, verás cómo te animas si estás alicaída y con desgana. ¿Soportaste ayer a muchos cabritos?

—Pueden contarse con los dedos de una mano. No hay un duro, como bien dice el ama.

—¿No tienes *novio*?

—¿Novio? ¡Huy, qué gracia! Ni que fuera mocita.

—Alguien que te haga tilín, quiero decir, y le alivies las penas con unos duros a cambio de su cariño.

—Tengo yo a quién querer y quién me quiera para pensar en chuleos. ¿Le parece poco cariño el de los míos?

—¿No te gustan los hombres?

—¿Qué hombres, cuáles, a quiénes se refiere?

* * *

Las manecillas de un viejo despertador de doble campana dispuesto sobre el dintel de un empolvado tragaluz señalaban las tres y media de la tarde. Precedidos por don Justo —pavo real de mascota gris marengo, abrigo de espigas beige, corbatín de punto de seda, zapatos pespunteados y calcetines a rayas para deslumbrar alondras, sentado los atardeceres en la puerta del Aero sobre el mimbre de las butacas barnizadas, con los reposacabezas de lino crudo y vainica en hilo azul con las siglas del casino a uno y otro lado de las alas para vuelos imposibles— habían tomado asiento en la primera fila de las localidades preferentes, junto a la batayola. El anillo de tablazón de pino se elevaba, forrado de percalina torera, escasamente a un metro del piso de albero batido, cercado por una barandilla de hierro pintada de verde almoneda. A un lado del ruedo, cubierto de esparto trenzado, el fiel de una báscula oxidada cuyos platillos habían sido sustituidos por dos cintas blancas de algodón que pendían de los extremos como dos gusanos arroceros de tierra marismeña rotulada con nombres de generales victoriosos. ⁽³⁾ una descascarillada tulipa gra-

³ Los nuevos poblados de la isla recibieron nombres de generales: Queipo de Llano es el pueblo mayor y Villa Franco del Guadalquivir, la capital.

duable protegía la triste luz de la bombilla que proyectaba un pobre cono que iluminaba esparto, barandilla y batayola. Media entrada en el graderío aforado para doscientos espectadores y medio limón pinchado en una aguja para restañar herida y endurecer espolones. Cuatro almohadillas de sangre reseca se mantenían equidistantes en el redondel. El presidente —mueca de gallo viejo, mimético y solemne, zorro mugriento y desdentado, palomita granate y en la solapa, salpicadas de lámparas, la llama de un clavel— maniobraba, histriónico y zalamero, con seriedad asnal, una toalla tan limpia como su ánima, un librito de papel de fumar «Bambú» y tres pequeños relojes de arena. Cuando los futuros rivales fueron colgados de las cintas de la balanza, el presidente, con voz aflautada, repitió su peso en libras y onzas. Luego, tras medir sus espolones, autorizó el comienzo del combate. Uno de los dos galleros pronunció en voz baja la cifra por la que pondría en liza su gallo. El presidente la repitió para hacérsela saber al público. Pero, como el gallero contrario pujara sólo hasta la mitad, el presidente se vio obligado a solicitar la diferencia entre los jugadores:

—Cenizo contra jabao —dijo—. Pujan seiscientos reales contra mil doscientos.

Del graderío —viseras, boinillas, gorras, sombreros *d'alancha*, blusas turroneas, chaquetillas cortas, botas corinto, pantalón de talle, abotonadas camisas sin cuello y bastones feriantes— llegaron al *digo sí* de las apuestas:

—Doscientos reales al cenizo...

—Ciento treinta reales al cenizo...

—El resto al cenizo.

—¡Va la pelea! —exclamó el presidente.

Los galleros volvieron a tomar sus animales y los acercaron a la batayola. El presidente, tras limpiar al jabao el pico, los espolones y la afeitada coronilla, le frotó con el medio limón los lugares que serían vitales en la lucha. Luego repitió la operación con su rival. El público mantenía una tensa expectación. Con las colas abiertas en abanico de furias buscando el te-

rreno más propicio para iniciar el combate, los gallos tanteaban su poder cruzando sus picos —como floretes de esgrima—, abriendo garabatos y curvas a derecha e izquierda y caracoleando falsos espolonazos con que parecían querer demostrar sus posibilidades a los espectadores, que estudiaban cada uno de sus movimientos. Sacando del bolsillo de su chaleco su reloj pavonado con leontina de níquel, el presidente comprobó su exactitud con el viejo despertador colocado en el dintel; le dio cuerda con la minúscula llavecita colgada de la cadena, alzó la mano derecha en alto y la dejó caer, como César en el anfiteatro, mientras empezaban a cruzarse las primeras apuestas en los graderíos con la ininteligible jerga del argot de garito:

—¡Veinte!

—¡Cien reales doy a doble!

—¡Diez duros al cenizo!

—¡Cincuenta doy a ocho!

—¡A la pelea doy seis! ¡Veinte duros al cenizo!

Tensos los cuellos de zanate, inclinadas las calvas cabezas para hacer palanca con los espolones tras el salto, los picos quedaban enganchados en el aire mientras las colas trenzaban un remolino multicolor y las primeras gotas de sangre comenzaban a salpicar de rubíes, topacios y espinelas las empleitas del ruedo. Las fuerzas parecían equilibradas. Al salto de uno sucedía el del otro, y cuando uno retrocedía para hacer más poderosa su embestida, el otro se encogía para resistirla, abiertas las alas cual gallina clueca aguardando la oportunidad de hacer diana en los ojos contrarios y en la contraria coronilla, suave y rosada como la piel de un niño.

Con cautela de última fila de butaca de cinematógrafo en sesión continua, con destreza de gato buscando —sin ser visto— el ovillo de lana de la dueña enganchado en el rodapiés del balcón de hierro forjado con perinolas de latón, la mano diestra de Consolación de los Reyes y Ahumada —como Santa Teresa—, que ésa era la gracia completa de la ex cigarrera, ex pupila del burdel Lamadrid y entretenida del tribuno Justo

Pérez de Guzmán y Merry, ex consejero civil del excelentísimo señor don Gonzalo Queipo de Llano, ex presidente de la Diputación, ex congregante de San Luis Gonzaga, señor de tres mil aranzadas de olivar y cincuenta mil fanegas de tierra calma, socio de honor —y deshombres— del Real Círculo, compañero de correrías del Algabeño, semental de la duquesa, garrochista de pelentrines y colonos, peones y labriegos, cayó de nuevo sobre las rodillas de la mulata Cayetana para iniciar medrosa su ascensión por los muslos camino del nido de Afrodita. Ella, que había entornado los ojos para no ver la sangre y permanecía abstraída como siempre en sus malos recuerdos, como si bueno pudiera ser alguno, no se movió más que cuando los dedos trémulos y febriles intentaron —desmayados ya— la torpeza al palpar la alambreira caracoleada del vello de su pubis.

El gallo cenizo comenzaba a resentirse. Sus saltos no eran ya ni la mitad de poderosos que los de su rival no por menos ensangrentado soberbio y arrogante todavía.

—Ha quedado tuerto —dijo un tratante de ganado y corredor de fincas sentado con un veguero entre los dientes en primera fila.

Sin embargo, la contingencia no impidió que continuaran las apuestas:

—¡Veinte duros al jabao y llevo tablas!

—¡Cuatro, diez llevo a la pelea!

—¡Al jabao cinco duros y tabla!

Cuando el gallo cenizo cayó por vez primera de costado sobre el esparto, el presidente, todo fúnebre seriedad, sin aspavientos, levantó uno de los relojes de arena para que los espectadores observaran las dos ampollas de vidrio que medirían los tres últimos minutos de lucha pese al triunfo por las trazas al parecer ya decidido; pero, inesperadamente, el gallo gris volvió a levantarse y las apuestas a cruzarse de nuevo en el graderío:

—¡Tabla!

—¡A uno llevo veinte y tabla!

—¡Diez, tabla y anulo!

—¡Cincuenta a diez al cenizo!

El gallo gris volvió a caer, ahora fulminado para siempre, y el presidente a levantar el reloj. Cuando toda la arena se escurrió hasta la ampolla inferior, alzó la mano para dar por finalizado el combate proclamando vencedor al superviviente, a punto de agonizar también, por otro lado, entre espumas y sangre.

—¡No ha jugado la suerte!

—¡No, no ha jugado!

—¡Los gallos vienen según los contrarios!

* * *

Cuando salieron de la bodega, el sol rodaba ya lentamente tras el caserío de La Pañoleta. Olía a alpechín, a vinagre, a tocino rancio, a pimentón, a acelgas sancochadas, a barquillos de vainilla y a panteón profanado. Se diluían las sombras de los olivos en el camino del tiro de pichón del Carambolo y un tranvía amarillo canario, con jardinera de calesera, rubricaba la curva del cruce. Los obreros del palustre, empolvados como coristas del Kursal, como vicetiples del Portela, regresaban de su jornada laboral en la ciudad fluvial. Sobre los traspuntines se mecían las cestas con las fiambreras vacías de sus pobres almuerzos de papas viudas y, bajo los soportales, un grupo de niños descalzos liaban tabaco de colilla con un canutillo de latón.

Corría el viento casi salobre de la cuenca del Guadalquivir, impregnando con su aroma de marea fluvial los baldíos de la corta de Tablada; la luz, plata y azul, como los mantos y las sayas de las empelucadas virgencitas de agosto no de oro y granate como los capotes de paseo, ni negro y malva como las Soledades y las Angustias. Y unas nubes altas y espectra-

les avanzaban por el cielo de Sevilla, la llana, camino de los alcores del Aljarafe, las pinedas del Aznalfarache y los viñedos del Condado. En la lejanía la ciudad —sitiada aún de miedo y hambre— se envolvía en sus plumas de avestruz para no contemplar sus miserias. De los hornos de ladrillos de la vega de Triana subía un humo rojizo que envolvía de algodones supurantes las chimeneas de la fábrica de cerámica de La Cartuja, fundada por Pickman, el inglés de patillas de pancha, chistera forrada de lienzo y título isabelino. ⁽⁴⁾ A su derecha, la silueta de la Giralda mimbreada la única noble verticalidad banalizando el fulgor de las bayonetas en las puertas de los cuarteles que fueran templos y conventos de clausura y hospital de leprosos y palacios y casas de moneda y plaza de armas; incluso allí —la estación de ferrocarril— también militarizada.

La campiña de los predios del Aljarafe —tras cruzar Castilleja, con su casa de Hernán Cortés, colegio *inglés* de monjas irlandesas— y sus obradores confiteros de sonoros nombres judíos: Cansino y Rosales, se abría de nuevo solitaria de regreso a la venta de Sanlúcar, donde los cantaores, los guitarristas, los mendigos, las busconas arrieras y los guindillas, esperaban su llegada sentados en los escalones de azulejo, bajo la buganvilla del porche añil con pérgolas, mientras contemplaban la luna colgada como un cuchillo de hielo de los ribazos de la costa atlántica, justamente a la izquierda del sol zozobrado en espumas de rutas colombinas.

* * *

El sol, siempre el sol, inevitablemente, otra vez el sol, doraba ya los floridos parterres de la plaza del Ayuntamiento. Y la campana de la iglesia llamaba a segunda misa —dicha para catequistas, señoritas de «pan pringao» y doncellas sin esperanzas de contraer, pese a sus corazones de lozanas andalu-

⁴ Marqués de Pickman.

zas, como la de alba estuviera dedicada a beatas pobres y madres de hijos muertos en la guerra— cuando el automóvil Mercedes tomó el camino de la costanilla de ánimas —a la altura del cementerio—, cruzó los arrabales y se detuvo en la puerta del burdel. Habían transcurrido casi veinticuatro horas desde que el ama y sus dos pupilas —ahora ya de regreso, muertas de sueño y de cansancio, ojerosas y sonámbulas— salieran de él la víspera, con mil pesetas menos que la sonochada y la buena fortuna les había deparado.

La tradicional visita de reconocimiento de los jueves era ahora escalonada a lo largo de los seis días laborables de la semana, sin verse obligadas por tanto las pupilas a cruzar el pueblo todas juntas (en coro de repintadas periquitas de tacones altos, culines ceñidos, visos y combinaciones de encajes rosas asomando por las faldas, cremalleras de cinturillas descorridas, cabellos teñidos y escotes de barca, como había sucedido en el transcurso de los diecisiete años —desde la dictadura del marqués de Estella, que promulgó la disposición, aconsejado sin duda por su coima, la sin par *Caoba*.⁵) en que el doctor Greene mantuviera la titular de la Beneficencia) para pasar consulta y patente de higiene en el ambulatorio situado entre el matadero municipal, los aserraderos industriales, la destilería de hojas de eucaliptos y la explanada polvorienta, junto al prado comunal donde en verano se alza la plaza de toros y la calle del infierno durante las fiestas de la patrona, tras recorrer la antigua calle Real, Libertad más tarde y ya Generalísimo, desafiantes a veces o tímidamente inseguras otras, hermanadas en sus vergüenzas, protegiéndose de las miradas de las comadres, de la curiosidad de los niños y de la indiferencia de los hombres que volvían las cabezas a su paso para evitar un saludo o una simple sonrisa o la complicidad de un gesto que pudiera cuestionar sus visitas al burdel, negada en juramentos por la salud de hijos, padres, hermanos, abuelos, deidades, ornamentos sagrados y memorias de difuntos.

La reciente muerte del doctor Greene y la llegada de un joven y nuevo titular había terminado con aquella salida de los jueves —autor bajo su responsabilidad de aquella racionalización—, a pesar de no tener el nuevo médico un apellido britá-

⁵ La *Caoba*, amante *oficial* de don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja; también mulata muy blanqueada (*sic*).

nico, ni estar asociado su nombre a la compañía minera, o, quizá, precisamente por ello o el hecho, pese a la gallardía de su presencia física, de ser inválido de una pierna que una burda y elemental prótesis no lograra disimular ni en su cojera ni en su posible amargura de inconfesables soledades. Ex combatiente, alférez provisional, mutilado de guerra, soltero, al borde de los treinta, su plaza de titular —se decía— no logró compensarle de sus ambiciones de especialización en medicina interna; rotas, por ende, sus ilusiones por un mundo mejor y una mejor patria *al paso alegre de la paz*. En sólo unas semanas había tenido que ser severamente amonestado por sus extrañas opiniones sobre los potenciales posibles ganadores de la conflagración mundial en el casino —que nunca más pisó— primero por el alcalde y luego por el teniente de Línea del Instituto Benemérito.

* * *

—¡Negra! ¿Me oyes? ¡Contesta cuando se te llama, chumino! Cayetana Rosado cruzó las piernas, sentada en una silla de enea del salón y terció un displicente gesto de indiferencia.

—¿Pero es que no me oyes, carajo? —volvió a llegar la voz del ama apoyada en el barandal del descansillo de la mesetilla para no verse obligada a bajar el resto de la escalera—. ¡No os engloriéis por la calle camino del dispensario y no os entretengáis en dimes y diretes con ningún cabrito, que a nada conduce!

¡El dispensario! Había sido necesario falsificar su partida de nacimiento para solicitar el alta profesional en el burdel, llegada tres días antes acompañada del carnet *amarillo* donde constaban sus mendaces veintiún años recién cumplidos —que imposibilitaban cualquier acción legal contra su minoría gracias a la caligráfica y experta mano de pendolista de un complaciente oficial municipal— bajo su recortada fotografía en sepia, donde el color de su piel era disimulado por el reflejo que caía sobre el óvalo de su cara cuando fuera obtenida dos

años antes en la Puerta del Buey. Incluso sus cabellos aparecían menos rizados por el viento que los desengreñaba sobre la frente. La única *foto* que llevaba consigo cuando Patrocinio se la pidió, para poner en regla los papeles.

Se encontraba ya arreglada para salir, tras su lavado de gato, y mantenía sobre sus rodillas el bolso a la moda *topolino*.⁽⁶⁾ dentro del cual —junto al lápiz de labios, un espejito, un pañuelo, una polvera con rosados polvos de arroz marca «Pompeya» y una fotografía de su padre, desnudo medio cuerpo— guardaba el carnet que tres días antes la había hecho llorar al contemplar su imagen recortada en busto y que, originariamente, estaba junto a su madre y sus hermanos; frente al grupo un fotógrafo ambulante con guardapolvo de crudillo y la muralla y el *castillo* de la inglesa y los farolillos que colgaban de la Puerta del Buey aquel atardecer de la salida de las carretas peregrinas camino de la romería almonteña, en que consiguió que su madre se retratara junto a ella y sus hermanos ante el fondo de los álamos plateados y el humo azul de las locomotoras.

—¿Y tú, Lola, me escuchas? —decía ahora Patrocinio—. Aconsejaros a ustedes es predicar en el desierto. ¡Qué niñas más bordes y más desagradecidas! ¿Pero qué os habéis creído que sois, vamos a ver? Ni caso. Como quien oye llover.

* * *

Cogida del brazo de Lola, la negra Cayetana cruzó el dintel de la cancela celada, atravesó el zaguán y salió a la calle. Emparejadas, caminaron por la acerita hasta la plaza, para seguir desde allí el curso de la antigua calle Real, bajos los ojos, cual clarisas, y desembocar en la carretera comarcal, donde, entre abedules y eucaliptos, se levantaba el pobre y casi arruinado edificio del dispensario en el que ella iba a entrar por primera vez después de cinco meses de estancia en el pueblo, en

⁶ Zapatos de cuñas de corcho, de la época del cinema italiano de los *teléfonos blancos*; «topolinos», como los Fiat 500, de dos plazas.

cuya fonda del comercio amaneciera sola una mañana y a la que fue a buscarla Patrocinio para ofrecerle hospedaje y manutención y la mitad de los ingresos que obtuviera en la mancebía por ella regentada, luego de haberle, naturalmente, descontado el precio de su pensión de pupila, que incluía cama y sábanas limpias.

* * *

Por la ventana entreabierta entraba el aroma de la lejana tierra mojada de la serranía, el silbido de la sierra mecánica de la factoría maderera y el rumor del viento en la copa de los eucaliptos. Las contadas fichas médicas, fuera de su casillerito de madera de cerezo, se irisaban sobre la carpeta de hule. Olía a yodo, a bismuto, a formol y a permanganato. Tras el silencio, ahora las preguntas, sentada frente a un hombre joven y nervioso de irritada voz que la obligaba a contestar con monosílabos para que sus palabras quedaran cortadas tras la primera frase. Más parecía interesado en formular preguntas —que ella no terminaba de comprender— que en el reconocimiento en sí, tras haber indicado a Lola que aguardara en la sala de espera, un cuadrilátero de tres metros donde apenas cabía un sofá, un par de mecedoras de rejilla y una mesita con pañito de crochet.

—Limítese a contestar sí o no, simplemente —dijo.

Cayetana Rosado afirmó con la cabeza y sobre la ficha, abierta ex profeso, comenzó a trenzarse el arabesco ininteligible de las letras menudas y apretadas sobre las cuadrículas, idénticas a las que se viera obligada a rellenar cuando solicitó su carnet *amarillo*.

—¿Edad...?

La pregunta quedó en el aire como una acusación, al haber sido formulada sabiendo que no había contestación posible.

—... Naturalmente, no soy quién para poner en duda la mayoría de la que da constancia el documento profesional...

No dijo, a sabiendas, carnet, sino documento, como si preten-

diera suavizar el desasosiego que le producía la imagen recordada de una fotografía de colegio o de grupo de donde parecía haber sido guillotinado el óvalo de la cara y medio busto.

—... Desnúdese.

La brevedad del reconocimiento calmó su pudor —¡sí, su pudor!— y su vergüenza de haberse desnudado para quedar —no exactamente impúdica sino ridícula y extraña— ante el médico sin una sola prenda, a pesar de que él la contemplara no sólo sin deseo, profesionalmente y con benevolencia, sino más bien con una desconcertante ironía en la que no había no obstante reproches, sino más bien una desalentadora tristeza que hizo que todo su sistema nervioso se contrajera hasta alcanzar la frontera del desmayo, que obligó —una vez de nuevo vestida— al doctor a ofrecerle un comprimido de barbitúrico.

No quedaba ya más qué decir ni qué contestar. El titular se limitó a sonreírle mientras abría la puerta de la pequeña estancia donde la aguardaba Lola —que había sido la primera en pasar reconocimiento— y volverla a cerrar, con el mismo sigilo con que la había abierto, tras haber fruncido las cejas con indulgencia.

* * *

—Si el doctor me lo hubiera pedido, se lo hubiera dado —dijo Lola, de nuevo en la calle de regreso al burdel—. Es lo que tú has hecho, que se lo has dado, ¿no?

—¿Qué dices? ¿Tú estás loca?

—¿Loca? ¡Ya ves lo que me importa! No me hubiera importado hacerle también el *francés*, aunque sea cojo, como estábamos obligadas a hacérselo, por turno, al *mister*, cada jueves. Dicen que la Patrocinio, de joven, estuvo liada con él; pero por entonces yo era una mocosa que vivía como una señorita en Almonaster y no había manchado siquiera las bragas.

—Si me lo hubiera pedido yo también se lo hubiera dado —
contestó Cayetana.

Junto a los albañales del aserradero, los hombres, recién dados de mano para la comida del mediodía, sesteaban en los ribazos de la carretera. Nuevas nubes llegadas del oeste se situaban en la vertical del caserío —cal, veletas, almagras y azoteas— y el lejano silbido de la locomotora del tren mensajero de Badajoz puso, con sordina, un interrogante de horas con su proverbial retraso. Cuando el grupo de obreros las vieron aparecer, salieron a su encuentro para abordarlas con marchosos requiebros, en los límites mismos de una procacidad ingenua y popular de deseos insatisfechos. Lola se hizo a un lado esquivándoles; pero Cayetana continuó impasible su caminar cimbreante.

—¡Ayyy! ¡Ayyy!

—¡Muertos de hambre, eso es lo que sois todos, unos muertos de hambre!

Cayetana continuó su camino sin replicar y sin romper el ritmo de sus pasos.

—¡Mira cómo la negra no corre!

—¡Mira cómo aguanta; como tienen que hacerlo las hembras bravías!

—Si no podéis con la *endeblé* —seguía diciéndoles Lola—. ¡Pelaos, que eso es lo que sois, y estáis todo el día arrimando el hombro por cuatro cochinos cuartos!

—Si no es a ti, tía asquerosa, si es a la negra, ¿no lo estás viendo?

—¡Maricones!, ¡eso es lo que sois todos, unos maricones!

Cuando Cayetana logró alcanzarla para tomarla de nuevo del brazo, Lola hizo un extraño para impedirlo. Terminó por decir:

—¡Quita! ¡Te pones de su lado, lo que me faltaba!

—¿Quién se pone del lado de nadie?

—Tú, morena.

Separadas, cada una por una vertiente de la carretera, siguie-

ron caminando hasta el pueblo. La voz bronca de uno de los obreros, lejana ya, llegó hasta ellas:

—¡Negra! ¡A ver si echo un día contigo un polvo, cuando me sobren dos pesetas! ¡No me corras, pastora, que te voy a comer el chumino!

—Lo primero que le voy a decir a la Patrocinio —dijo Lola— es que, en vez de ponerte seria y hacerles frente, has consentido el cachondeo.

—¿Qué dices, de qué cachondeo hablas?

—¡Una mosquita muerta es lo que tú eres!

Emparejadas de nuevo y en silencio ya, cuando cruzaban ante el Ayuntamiento, en cuya balconada se encontraban izadas las banderas victoriosas, inesperadamente, se puso a llover.

* * *

La lluvia daba al pueblo una nueva dimensión triste y melancólica: las espadañas eran más ruinosas; las casapuertas, más descoloridas; los muros y las fachadas, más desconchados sin las pinceladas —ya lavadas— de sus añiles y sus calles, y un aire de desolación y de abandono rondaba zócalos, cornisas blasonadas, arquillos, herrajes y perinolas, a los que sólo salvara de su decrepitud la luz austral y el reverberar de la calina. No se trataba, por otro lado, del agua en sí cayendo sobre la campiña, el monte bajo o la serranía, ni sobre las tiendas de campaña de los destacamentos militares que guarnecían el litoral, los nudos ferroviarios y la cuenca minera, sino de la inmovilidad a que esta lluvia —tan esperada y tan benéfica para todos— sometía la dehesa, el monte bajo y la instrucción en orden cerrado de los acantonamientos y que, en las ciudades, las villas y los pueblos llenaban las tabernas y los casinos de peones agrícolas que, sin poder laborear, bebían en silencio los vasos de vino de sus amarguras, o de terratenientes que jugaban al chamele mientras apuraban una copa de brandy o de aguardiente y seguían por *Signal*, el bo-

letín informativo de la embajada alemana o los periódicos nacionales, la marcha de la contienda internacional.

Corría un aire frío y cortante del noroeste —lusitano viento acompañado de truenos, culebrinas y relámpagos— y la lluvia se espesaba en cortinas de ventiscas sin nieves antes de caer sobre los surcos, las regolas de las huertas, las tejavanas, el acerado y los canalones despintados de sus verdes mayo; casas con goteras, barreños para remediarlas, descoloridos parasoles y paraguas, de un pasado inmediato abolido por decreto, para proteger estrados, tresillos, sillas isabelinas, cómodas con fanales de vírgenes dolorosas, corredores, pasillos; o los humildes ajuares de las miserables casitas y chabolas del arrabal donde los regatos de aguas residuales no arrastraban nada porque nada quedaba por arrastrar, donde todo era utilizado, desde unas astillas para prender la lumbre hasta un papel de estraza para envolver de nuevo un arenque, un chusco de munición, un embutido sin sustancias, un puñado de tabaco de contrabando o de tabaquera local, de arroz, alubias o garbanzos.

—Tu costumbre, negra, de dejarlos durmiendo y bajarte al comedor es preciso que la vayas olvidando —le decía Patrocinio a Cayetana—. En cuanto uno se te despierte, no repites la proeza. Hasta la presente has tenido suerte de no dar con ningún flamenco que te meta las cabras en el corral a base de mitras, pero la noche menos pensada te enteras de la hora que es.

—¿Mitras a mí? ¡No hay guapo, ama!

—Mitras, sí; que por muy cabritos que sean lo mismo les da el avenate. Pagan las dormidas, ¿no? Pues a corresponderles; que están en su derecho en exigir.

—Calle, ama —defendió Antonia—, la negri ha hecho muy requetebién, que el pablorromero estará en siete sueños con toda la priva que tiene dentro del cuerpo. Menos tiempo hubiera estado yo a su lado.

—Tú a callar, que nadie te dio velas en este entierro —contestó Patrocinio tallando la baraja española—. Tú atenta

ahora al juego, que eres mi compañera de naipes y, cuando pierdas comba, estas rufianas nos sacan la sota de bastos y nos dan julepe.

—¡Huy, la sota! El oro, ama, el oro, que es con lo que yo sueño; que aunque una cosa es florearlo, otra muy distinta es soñar con él, que trae disgustos —terció Lola.

—¿Disgusto, niña?

—Sí, disgusto. En moneda, se entiende; pero si es de plata es bienestar y si es de cobre, ganancia rápida.

—Anoche soñé yo con un saco lleno de perras gordas y perras chicas —aseguró Antonia—. De modo que entonces para mí ya todo el monte es orégano y no echo siquiera cuenta en cómo me vienen las contrarias. La suerte me llega de frente y por derecho, ¿no, cielo?

—Con la brisca, la mona y el tururú, lo único fijo es estar atenta y hacer caso del estribillo del rey Bartolo: Albur si gallo, al caballo; caballo de cabeza, dos a la mesa; sota de pata, dos a gata; juega el primer as y no perderás —sentenció Lola.

—O dejáis las paparruchas o rompo la baraja —amenazó el ama.

—Anda, ¿romper? ¿Más rotas que estamos? Deje que nos entretengamos con los refranes, ama —dijo *la Rubia*.

—Mientras más vieja más pelleja. Y más sé yo que ustedes si se ponen en ese plan. Y ya que habláis de suerte bien me sé yo que por derecho no llega más que habiendo soñado con un faisán, un pavo real o un guacamayo —pontificó el ama, siempre sacerdotisa en el altar de Venus, siempre redicha y lenguaraz.

—¡Lorito rrrreal! —se chanceó Lola.

—Déjate de cachondeo y no me pierdas el respeto, que te pongo en la puñetera calle antes que te descantilles —amenazó de nuevo el ama haciendo uso de su indiscutible autoridad, de la que cuentas habría de dar a sus superiores jerárquicos en razón del buen orden y disciplina de la mancebía.

—¡Ande, ama, que no admite usted una broma! ¡Que aquí las putas bien que la respetamos y nunca ponemos en tela de juicio su gobierno! —medió Antonia, veterana de la dictadura de Primo de Rivera y madre de un infante a punto de entrar en quintas, hijo de su padrastro, malquerida andaluza sin saberlo—. ¡Y tú, Dolorcita, cambia el tercio!

—¡Aquí no ha pasao na, no ha pasao na, no ha pasao na! —corearon a un tiempo todas las coimas, como era tradicional, para romper una vez más, como en tantas otras ocasiones y noches de esperas —y desesperas—, la tensión acumulada en el harén sin arrayanes, sin alfombras, sin mirra y sin granados.

—Crear, crear, ¡ay, Dios!, ¿y en quién creemos? ¿Guiarme yo de salutations y refranes? —decía la *Rubia*, abiertas sus piernas de chiquita piconera—. Para no creer no creo ni en los milagros de San Antonio, que en Padua naciste y en Portugal te criaste. De modo que ya me diréis cómo puedo estar de acuerdo con ninguna de nosotras, ni con usted, ama; a ti, negri, ni te miento, porque tú siempre solaina con tus vacilaciones, no te joe. Y de hechiceras, magas y adivinatoras qué os voy a decir: En mi pueblo había una echadora a la que las madres llevaban sus hijas de vuelta de haber estado sirviendo en la capital para saber si seguían siendo mozas. Y la muy guarra, sin tocarlas, decía que en oliendo doncella le entraban ganas de orinar. Si se meaba ante la madre, todos tan felices, y la vieja tan contenta y satisfecha de que su hija regresara con el virgo en su sitio. ¡No te mueres! Una tarde, después de haber estado sirviendo en Sevilla de cuerpo de casa, al volver de la fuente por agua, me dijo la mía: Anda, mochacha, ponte y échate por encima el zagalejo, que vamos a ver a la tía Romualda para que me diga si tienes los bajos en condiciones. Y yo le contesté: No tenga cuidado, madre, que ésa se meará por las patas abajo antes de que me vea entrar en su casa; pero hace más de dos años que lo perdí, de modo que puede ahorrarse la peseta que le iba a dar por adivinarlo y cómpreme con el dinero unas ligas colorás.

—¡Qué cosas! —dijo Patrocinio riendo—. Bien se ve que eres

de la parte de Extremadura; más calientes no se vieron mancebas que las de Badajoz.

—De los Santos de Maimona, ama, y a mucha honra, y en mi pueblo somos así. Antes de que cante un gallo, en viendo unos pantalones, nos corremos. Y, menos en Dios, creemos en cualquier cosa.

—¡Copón! Mucha letra menuda gastáis en tu pueblo. En el mío, con menos palabras decimos más cosas y con más sustancias que en toda la provincia de Badajoz; que putas y lagartas sí que sois, que no lo pongo en duda, pero la gracia la tenéis en el culo, como las avispas —contestó Lola.

—¡Andar, dejaros de coñas y seguir el juego! —dijo el ama haciendo tabla rasa para impedir nuevos posibles desafueros—. Y tú, negra, súbete a la alcoba, que lo mismo tenemos ya aquí al cabrito armando trifulca y solicitando que se le devuelvan los dineros, y con razón. Un buen cliente es el huertorillo del Palomar y soy yo la primera en defenderlo. Si ha llegado con la tajá, con pocas ganas de guerra y muchas de dormir ése no es motivo para dejarlo solo. Terminando esta mano vamos a irnos todas al catre, de modo que poco provecho le vas a sacar con quedarte ahí sentada de mona.

Los naipes volvieron a barajarse sobre la lanilla de la mesa camilla. Cayetana Rosado, sin dar las buenas noches, cruzó el salón y subió la escalera despacio camino de la alcoba donde el hortelano roncaba, embutido en su camiseta y en sus largos calzoncillos de felpa, los siete sueños de sus felicidades de brécoles, cebollas, espinacas y lechugas.

* * *

Pasó la noche Cayetana al lado de su cabrito en una cansina duermevela desde que, como era en ella habitual —ojo avizor de gene de leones y saurios, serpientes y aves carroñeras—, la sitiaron sus sinsabores y sus recuerdos, mientras oía, multiplicados en el silencio de la madrugada, los ruidos y murmu-

llos nocturnos: las polillas carcomiendo las vigas de madera, la gotera de la cocina, el leve chorro de agua del grifo de los lebrillos del lavadero, el silbido de las lechuzas en la torre de la arciprestal y el canto de los gallos en las bardas de los corrales.

* * *

Aquel otro febrero, dos años atrás, los tonos rosados habían huido ya de la muralla y, bajo el arco de la Puerta del Buey, pasaban las últimas colleras de mulas surcadoras de regreso de la labrantía. Parpadeaban las amarillentas luces eléctricas en las esquinas de las callejas y, de la estación, llegaba el silbido del tren pescadero. Había ella terminado de repasar zancajos de calcetines y de echar nuevos cuchillos a las remendadas camisas de sus hermanos, perdida de tarde en tarde la mirada en la lejanía cenicienta de los olivares que se difuminaban de oro viejo frente al crepúsculo, cuando su madre llegó con el pañuelo de hierba ajustado sobre la nuca, de regreso de la escarda.

—Tenemos que hablar —le dijo—. Aunque se me parta el corazón no puedo esperar más tiempo. Ya no eres una niña, aun siéndolo, y tarde o temprano tenía que ser. Todo menos seguir así. Tu padre decía que todos estamos obligados a ganar el pan con el sudor, con las fatiguitas querría decir, con las fatigas de negro o de trigueño, que poco da, imagino, pensaría el inocente. ¡En fin! Lo que me preocupa de echarte a servir es no verte, que aquí no podrás quedarte, ni que no veas a tus hermanos. Pero dentro de cuatro o cinco años ellos también serán hombres y tendrán que trabajar en lo que haya, si lo hay alguna vez, que me temo que todo siga igual siempre.

—Sabes que no me importa ponerme a servir. ¿Acaso tú hiciste otra cosa?

—La semana que viene te llevaré a Sevilla, a las monjas del *Servicio Doméstico*.

No fue, sin embargo, la siguiente semana; tuvieron que pasar meses y, concluido el invierno, transcurrir la primavera y el verano con las amapolas desangrándose en los trigales y brillando en las eras los afilados dientes de los trillos y las chicharras aserrando el soto de la otra orilla del río en los interminables mediodías, con el sol cayendo sobre las cabezas de las mujeres que trenzaban las gavillas, y llegar la vendimia con el tiempo de setiembre, los pámpanos maduros en las cepas de las viñas y de nuevo la tierra abierta por los surcos de la siembra para que su madre volviera a repetirle que la semana siguiente saldría —como salió en efecto— hacia la Ciudad Fluvial.

Amanecía, pues, octubre cuando, acompañada de su madre y sus hermanos, bajó a la estación con la caja de zapatos donde guardaba unas enaguas y un par de medias y un corpiño rezurcido, para decir adiós desde la ventanilla sin cristales del tren mixto camino de la urbe de trescientos mil muertos en pie, donde llegó, tras cuatro largas horas de viaje, para no ser recibida por nadie en la estación de la plaza de Armas, llena de soldados y de madres que decían también adiós, y bajar al andén lleno de niños harapientos, más desarraigados que ella, y atravesar la ciudad para buscar la calle de Jesús, número siete, dirección que llevaba, escrita sobre un cartoncillo que la madre le había cosido por dentro de su blusa de algodón.

La lluvia volvía a tamborilear en los cristales de la ventana de su alcoba y su blando sonido llegaba hasta la cama compartida. Le pareció regresar a aquel día; como si de nuevo cruzara las calles de Sevilla y contemplara asombrada los tranvías amarillos y los coches de punto de famélicos caballos y los automóviles, de los que colgaban como chimeneas los humeantes depósitos de gasógeno, y el desfile de los niños uniformados como soldaditos de plomo, con los fusiles de madera sobre los hombros y las bayonetas pintadas de purpurina, y la hermana portera de las monjas del *Servicio Doméstico* —honorable institución vinculada al Arzobispado y bajo la protección del cardenal Segura, que facilitaba a las familias cristianas desheredadas doncellas, fieles y sumisas, según sus

estatutos, agradecidas a la Santa Iglesia y leales como lebreles—, que la recibiera, tras abrir el forjado cancel afiligado, para conducirla primero a la capilla para dar gracias y, más tarde, al dormitorio comunal —todo muselina morena, todo barrotes de cama de hospital, todo olor a flores marchitas, a sahumero y a cera— y señalarle su lecho —escamondado, ésta es la verdad—, donde dormiría, tras doce horas diarias de trabajo planchando almohadas de hilo, rizadas camisas de dormir con los cuellecitos a medio almidón, enaguas de trajes de novia, plisadas faldas de crespón de los ajuares —de las católicas y distinguidas damas protectoras del patronato— y ropa interior de párrocos, beneficiados y canónigos.

Y, junto a sus días vividos al lado de las monjas antes de su colocación, qué extraña constante también la suya por el mundo tan ajeno de doña Emilia, con la que jamás, naturalmente, había hablado y a la que sólo había entrevisto fantasmagóricamente con su sombrilla blanca estampada de pájaros y flores; porque, aunque su madre había servido con ella, apenas nunca decía nada de ella o porque no la recordaba o no la quería recordar. Tuvo que imaginarla de nuevo paseando con su libro por el puente romano o visitando las excavaciones que mandara realizar en las oscuras y lóbregas cuevas —donde antaño se asentara precisamente la colonia de hombres y mujeres de color— donde anidaban los pájaros nocturnos, las alimañas y los murciélagos, frecuentada ya sólo, tras finalizar los trabajos arqueológicos, por los niños del arrabal que iban a cazar las panarras a las que hacían fumar cigarrillos de matalahúva después de haberles sacado los ojos.

En alta cama de doradas perinolas debió morir la *lady*, o eso al menos decían las comadres, que juraban haberla visto expirar después de tres días de una agonía que comenzara una tarde de regreso de aquellas cuevas en las que, con una linterna en una mano y un bastón alpino en la otra, removía cuidadosamente la tierra calcárea —no era bastón, claro, sino alcotana o zapapico con empuñadura de palo de rosa incrustada con un octógono de plata con sus iniciales entrelazadas—; pero es la cara del ama la que sustituye a la de doña

Elena en su ensoñación, quedando Patrocinio como santificada, orlada de una extraña dulzura, la misma que imaginaba debía tener la *lady*, cuya imagen asociaba a la de los grabados ingleses que había visto en el patio de mármol de la casa del notario: un jardín lleno de frescor y verdura con una decena de sombrillas sujetas por blancas manos, cabellos rubios y ojos azules, con un fondo de rojas casacas..., el día que con su madre fuera a hacer limpieza general, pasado el tornaduelo, cumplidos los siete días del entierro del prócer, inhabilitado en el desempeño de sus funciones desde la conquista de la ciudad por culpa de su fervor tricolor, muerto de repente al recibir por la cruz roja británica la noticia de la de su hijo primogénito, opositor en Madrid y *teniente en campaña* en los arrabales de Gandesa.

Y, tras su pupilaje en el servicio doméstico —casa que frecuentaba los domingos, que dónde iba a ir, para ver representada en el teatrillo adaptaciones de estampas devotas del padre Coloma, tras la corona del rosario, la plática, siempre recomendando fidelidades y obediencias, y la exposición del Santísimo—, tres meses más, hasta decidirse a entregar —a vender— el virgo. Pudo haber sucedido a la semana de su llegada a la casa de la calle de San Vicente —tan próxima a la de Jesús— zona noble, no *Vicente* ni *Vicentillo*, como era denominada a partir de los números veinte y cuarenta respectivamente, cuando el señorito abrió la puerta de su alcoba en el altillo y ella ahogó un grito de vodevil ante la presencia de aquel hombre plantado en mitad del dormitorio de doméstica, padre de los niños que cuidaba y sacaba al sol del jardín y paseaba por el parque de la infanta María Luisa con su cofia blanca y su vestido de satín y su delantal almidonado; pero nada hubiera obtenido entonces a cambio. Así que volvía una y otra noche, quedándose inmóvil en el dintel esperando que alguna de ellas no se asombrara como una yegua sino que le admitiera en su camita con colchón de borra y lo abrazara con sus brazos morenos y lo acariciara con sus oscuras manos de suaves palmas blanquecinas. Hasta la noche en que pareció terminar por comprender y ofreció unos dineros por gozarla, y

ella aceptó condicionando su entrega no en la casa —a la que jamás regresaría— sino lejos de ella y siempre que él prometiera no volverla a buscar después de haberle ofrendado sus primicias.

El resto de la noche, hasta el alba, se desencadenaron las tormentas en la campiña —y, en su habitación en el sobrado, el ama encendió las candelas de Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita— y el temporal en el litoral. La borrasca atlántica siguió su curso hasta el Estrecho para penetrar en el Mediterráneo, hacer fracasar las incursiones aéreas nocturnas italianas a Malta, zozobrar los pesqueros de la bajura en Levante y descargar luego sus furias mil kilómetros a oriente sobre los acantilados griegos tras haber desflecado las banderas de los carros de combate en Libia.

La actividad profesional de la mulata Cayetana Rosado en el burdel proseguiría con el mismo ritmo cansino y monótono durante los tres meses que le quedaran de vida. Llegado marzo, se reanudaron las faenas agrícolas y los trigales comenzaron a esponjarse al sol de los idus. En la marisma del Guadalquivir, a los erales en celo se les encendió la sangre y en el Coto de Doñana a arder los boliches de los carbonerillos de Almonte y de Moguer. Abril trajo luego más lluvias y más soles y toda la vida contenida durante el invierno volvió a su esplendor en la costa, en los predios cereales, rumoreados de insectos, de la tierra calma y los pinares y las viñas —verdes nuevos y pámpanos en las colinas del Conde-Duque. Y, con mayo, la pascua de Pentecostés y la venida del Espíritu Santo y la romería del Rocío.

SEGUNDA PARTE

DIEGO

—1962—

*La vida, fuerza del sino,
juego en tragedia,
tragedia en juego, Lagartijo;
en las ermitas
sostean capeadores del Señor.*

Miguel de Unamuno

El camino hacia ella es para mí lo más entrañable de la Romería; lo mismo ahora —cuando tenemos que recorrer para llegar al puente del Rey, sobre el arroyo del Ajonjolí, veinticinco leguas de posta, campo a través, desde Sevilla— que durante mi infancia en el condado de Niebla, cuando en dos días y una noche llegábamos a la ermita. Incluso de niño muy chico era para mí más fascinante el viaje en sí que la permanencia en el Real durmiendo en la choza encalada, con el techo de heno y el sombrero de la casa-puerta cubierto de ramas de pino y de romero. Prefería hacerlo al relente, junto a mi padre, la cabeza sobre la silla vaquera, envuelto en la manta de Grazalema de cuadros azules y rojos, oyendo inmóvil en el silencio de las madrugadas el relincho de los caballos, el grito de las cornejas y el mugido de los bueyes sesteando en la grama de las Rocinas, a dormir con las mujeres.

Como cada año, desde una semana antes de nuestra partida, Sagrario, mi mujer, empieza a intranquilizarse. Es una auténtica amazona rociera que lleva la Romería en la sangre, a pesar de su ascendencia ciudadana (de una gran familia que prefirió invertir, en el transcurso de su ascensión, en préstamos hipotecarios antes que en las veleidades del campo), y que se impacienta de no verse ya sobre la yegua colina vestida de faralaes, las botas de media caña ajustándole las piernas, la cinta verde con la imagen de la Virgen cayéndole sobre el escote, el sombrero *d'alanca* a la cabeza y la barroca vara de plata en la mano, cruzando el puente de Isabel II, Triana, los olivares del Aljarafe y los viñedos y dehesas del Condado.

—Diego, has de prometerme... —me dice.

—Prometido —le contesto.

—... que, si muero antes que tú, seguirás llevando al Rocío a los niños.

—Por Dios, Sagrario —le digo—. ¡Tú y yo somos inmortales!

La llegada de la Romería nos une. Hace más de un mes —y esto es cada año— que empezamos a aparentar ser un matrimonio feliz (como si haberlos pudiera) y hasta el regreso del Rocío nadie diría que hace casi diez años que, en la práctica, quiero decir en el catre, con perdón, hemos dejado de ser marido y mujer. Creo que éste es el milagro que, por Pentecostés, nos hace la Virgen a los dos. Nuestro milagro, como bien dice ella.

Llevo casi un mes sin hacer apenas nada —ni un tiro en el Carambolo, ni una partida de cartas, ni un viaje a Marbella, ni una montería, ni una chusma por lo bajine en El Puerto o en Jerez—, todo lo soluciono con un par de conferencias diarias a Madrid, al subsecretario de Agricultura, y un par de ellas a la semana a Nueva York, por lo de la aceituna de verdeo. Afortunadamente, no cae el mercado de la manzanilla, antes al contrario, se estabiliza. Otra gracia que tengo que agradecer a la Reina de la Marisma.

Frecuento el Círculo, el Pineda o el Aero sólo los ratos que me deja libre Carlos Núñez, el alcalde de camino que me persigue de la mañana a la noche diciéndome que si cien cajas de fino «La Ina» son pocas, que aún no han llegado los jamones que nos cura especialmente Sánchez-Romero Carvajal, en Jabugo, y preguntándome si es correcto llevar tanto güisqui sin faltar a la tradición. No sé a qué carta quedarme. Pienso que S. A. R. la Infanta lo tomaría a mal y, particularmente, nuestros amigos de Jerez —por otras razones. Sería preferible sustituir parte del escocés por otras cien cajas de «San Patricio» y «Tío Pepe» y añadirle unos brandies gran reserva. Y me quedo corto, porque para tres carretas —las de nuestro clan— que hacen un total de quince personas, sin incluir la servidumbre, los boyeros y los invitados no tendremos ni para empezar. ¡Viva España y vivan las mujeres guapas! Mañana volveremos a discutir este asunto. Total, diez mil duros más o menos no van a ninguna parte, que dónde habían de ir. Y éste es el tercer milagro que nos hace la Virgen; porque hace treinta años, con las tierras desvalorizadas, la reforma agraria en

puerta y los pelentrines robándonos las aceitunas, había que conformarse con el vino de la Palma, el aguardiente a granel y los jamones caseros. Lo de las irregularidades laborales que suceden estos días no tienen importancia, en cuanto pronto meterán de nuevo a los pelaos en vereda. Prometo olvidarlas.

Por otro lado, el *camino* tiene la virtud de tranquilizar mis nervios, siempre a flor de piel. La ausencia de preocupaciones, el aire puro, el cansancio de las cabalgadas, las canciones al atardecer, entre dos luces, cuando la brisa comienza a mecer los encajes de las carretas y a tremolar las insignias y los simpecados; las palmas quebradas a punta de hiel de los estribillos picantes de los carboneros en los boliches, que contemplan pasar a nuestras mujeres con ojos asustados y brillantes (*Si te quieres venir / me lo tienes que dar, / lo que cogen los perros / cuando van a cazar*), el olor de la tierra mojada, el perfume del lentisco, la jara, el amorahuz, el romero, el tomillo y el poleo, me sumergen en un mundo de ensoñaciones que rompe la habitual monotonía de mis días ciudadanos, pendiente de la buena administración y defensa de mi hacienda.

Hasta ahora, gracias a Dios y a la Blanca Paloma, los extranjeros no han descubierto la Romería. Me refiero, claro es, al turismo de medio pelo que prefiere el sol de la costa y no, por descontado —lo que sería injusto—, a la *élite* que ama nuestras tradiciones como propias y llega al Real como un andaluz con clase más, a caballo, tras haber hecho el camino sobre una carreta, y que sabe colocarse con gracia y con garbo el sombrero *d'alancha* de medio lado y arquear las piernas bajo la presión del cuero de los zahones respunteados. ¡Tantas figuras ilustres y aristocráticas han pasado por el Real que sería imposible enumerarlas! Pero cada año, como una constante que me hace regresar a los días de mi niñez y de mi pubertad, vuelvo a contemplar el fantasma de la yegua lucera de Elena Howard galopando en la Rocina, y su vestido beige estampado y su sombrilla flotando como un espectro por el lindero de los álamos plateados de la ciudad fortificada en cuanto la brisa de mayo llevaba a sus aldeas colindantes los ecos del tamboril ritual y de la gaita, y las mocitas quinceañe-

ras (¡oh, Dios, mi amor por ellas y por el mimbre de sus cinturas!) adornaban sus cabellos —azules de tan negros— con clavellinas, pañuelos de seda, espigas y cintas de colores.

Ayer tarde, en el *Círculo* (a esa imprecisa hora en que salen las dependientas de los comercios y nos sentamos tras las lunas biseladas a verlas pasar con sus vestiditos fruncidos y sus zapatitos de tres al cuarto y sus braguitas —de algodón, hechas a mano, hemos de suponer— y sus alhajas de bisutería y sus bolsos de napa y sus medias arrugaditas) ya empezamos a tener nuestros primeros síes y noes sobre los últimos pequeños detalles de la peregrinación. No acabaré de entender jamás a los aristócratas; o es que los dineros comienzan a adquirir otro tipo de valor o es que están boquerones —lo que no creo, claro es. Les cuesta despegar, digo yo; aunque tanto los admire y tanto los ame. Total, que partimos la diferencia en lo que se refiere a los gastos extras, y terminé siendo el pagano. La misma Sagrario se echa a temblar en cuanto hago la menor referencia a su patrimonio (obtenido a cambio de tanto desahucio, tantas usuras y tantos ribetes; pero ése es otro cantar, que ni me va ni me viene). Menos mal —o bien— que mi hija Rocío no ha salido a ella y no regatea una buena seda en la calle de los Francos. ¡Qué gracia y qué desparpajo el suyo siempre! Ayer mismo, sin ir más lejos, le soltó a su hermano Diego, que sacó una naranja de la fresquera y, por no entretenerse, comenzó a pelarla con las manos: ¡Hueles a naranja, hueles a pobre! ¡Y no deja de tener razón, coño! Porque es verdad que en el almacén de aceituna —las contadas veces que voy por allí a dar una vuelta—, después del almuerzo, a todas las obreritas (qué monas algunas, qué chochitos más lindos que deben de tener), a pesar del fuerte aroma de aliño que impregna la nave, les huelen las manos a naranja. Estuve riéndome media hora y por la noche en el Aero lo conté. El único que pareció sentirse ofendido fue el inválido viejo e iracundo Justo Pérez de Guzmán y Merry, que hace seis años, en la Ruiza, taló de un bajo de la finca treinta hectáreas de olivos para plantar un naranjal. Las exportaciones, con la competencia italiana e israelita, no parecen que

vayan todo lo bien que él desearía. De modo que a los pobres les van a seguir oliendo las manos a naranja gracias a los judíos y a los italianos, que son todos comunistas. Verdaderamente lamentable.

Otro desagradable incidente ha sido el de los boyeros de Manolo Solís y Raimundo Cuesta. Como los dos —dados sus cargos políticos— viven en Madrid y defienden la tradición sólo cuando les conviene, en la finca no les queda ya ni una carreta de bueyes porque hace ya muchos años que la mecanizaron por completo y los administradores tienen que componérselas alquilando las carretas a los contados boyeros que trabajan por cuenta propia en el Aljarafe. Ayer mañana fui a verles (a los administradores) y se encontraban desolados. Este año se ha puesto el gremio de acuerdo y no están dispuestos a ceder las carretas y los servicios durante la semana de la Romería por menos de tres mil pesetas la collera. El mal de esta situación, pienso, no estriba tanto en el precio en sí sino en que se hayan puesto de acuerdo. Además, con ínfulas y bravatas, porque dijeron: Ése es el dinero que pedimos por hacer el camino. Si lo quieren lo toman y si no se van a alquilar las carretas a la Extremadura; por menos no estamos dispuestos a uncir las gamellas. Exigieron también libertad de pernocta y que ellos mismos marcarían las paradas para no cansar a los animales, como si los bueyes se cansaran arrastrando tanto noble y tantas hembras de tronío. Al final fue preciso ceder. Raimundo (*el Ojeras*) se llevará un disgusto cuando llegue a Sevilla —que este año viene con Sevilla, no con Jerez. Siempre consideró a los pelentrines como cosa propia y a los hijos de más de uno ha recomendado para que pudieran entrar de becario en la universidad (laboral).

Todos estos problemas me ahorro yo, que tengo mis propias carretas, mis propios bueyes, mis propios boyeros y mis propios lacayos; que, aunque no me sirvan apenas en las faenas agrícolas (los pongo, no obstante, a hacer pleitas para alfombrar todos los años mi casa de arriba a abajo) y tenga que pagarles medio jornal seis meses al año, no tengo más que decirles; ¡Aquí, mi gente! Y ellos vienen a mí, y me obedecen

y son felices cuando les invito a un vaso de vino (de La Palma) o Sagrario, con ese sentido de caridad cristiana que Dios le ha dado, les bautiza a los hijos y les da ropa vieja de nuestros niños.

Acabo de cumplir cuarenta y siete años y hace exactamente cuarenta y dos que —exceptuando los de la Cruzada de Liberación en que estuve, si no exactamente en el frente, limpiando los pueblos y ciudades de rojos, lo que era más importante si cabe— voy a la romería del Rocío, sin perdérmela ni una sola vez. Verdaderamente milagroso, porque ni uno solo de ellos me he encontrado enfermo por estas fechas.

Ahora que me acuerdo, también hemos tropezado este año con otro tipo de obstáculos, no menos molestos, que, por supuesto, tampoco contaron para mí; me refiero a los cuidadores de los caballos y a los mozos de los charrés. Querían sesenta pesetas diarias y la comida. Con ellos hemos —han— quedado mucho mejor parados: se ha roto antes inteligentemente la plataforma reivindicativa que les unía —enfrentándolos con dimes y diretes que afectaban sus orgullos y vanidades— y se han conformado con cuarenta. Unos ahorrillos de tener en cuenta. Es cierto que estas pequeñas anécdotas no son sino la sal y la pimienta de la Romería. Por otro lado, la Blanca Paloma nos agradecerá en el cielo cuando nos llegue la hora (¡si nos llega!) estos sacrificios y sinsabores.

A última hora he decidido que venga Luisa. ¡Claro que no llegará exactamente con nosotros, los cabales! La tolerancia de Sagrario termina allí donde comienza la Romería. Nada hemos hablado. Ella, sin embargo, imagina que Luisa viene; pero que no aparecerá —y eso es cierto— por nuestra casa en el Real, lar sacrosanto de los amores legítimos. Lola, la amiga de Carlos Núñez, se ha brindado generosamente a hospedarla en su casa. Carlos ha alquilado, expresamente para ella, una choza grande, su casa chica, con todas las comodidades, incluida una heladora automática —que fabrica cien cubitos en medio minuto— que se trajo el año pasado de los Estados Unidos, aprovechando un permiso de importación que le concedió nuestro ministro por valor de quince mil dólares. Nos

veremos naturalmente todos los días y espero que tanto Sagrario como ella se comporten como dos seres civilizados. Me tranquiliza pensar que a Sagrario se le haya olvidado ya aquel insensato y ridículo capricho del pasado año por Mariano Andrades desde que estas navidades se enteró en Jerez que trabaja el pelo y la pluma —y yo pienso que, también, la lana. Es algo de lo que yo estaba convencido desde el día que los de la Hermandad de Villamanrique, que tiene más fama de maricones si cabe que la de Ginés, empezaron a cantarle aquello de: Si yo lo cojo lo mato / al ladrón que esta mañana / ha robado de mi ventana / unos calzoncillos blancos / y unas bragas de mi hermana.

El jueves recogí a Luisa y nos fuimos a almorzar a una venta a modo. Hasta entonces nada me había hecho pensar que sintiera tanto interés en venir a la Romería. La encontré demacrada y triste y, mientras subíamos la cuesta de Castilleja, no dejó de hacer alusiones muy directas al tema. De momento no supe qué responderle. Ella sabe bien lo mucho que para mí representa el Rocío y que, durante esos días, mis relaciones matrimoniales —en honor de la Blanca Paloma— adquieren un cierto tono de armonía conyugal completamente diferente al resto del año. Nos sentamos a almorzar bajo la pérgola de siempre, delante del macizo de arrayanes de la venta de Sanlúcar y, mientras comíamos, apenas cruzamos media docena de frases hechas y sin ningún sentido; pero, con el café, se atrevió a abordar el tema abierta y agresivamente y terminó diciéndome: También tengo derecho a divertirme alguna vez, ¿no? ¿Qué te has creído? Mucho te quiero, perrito, pero pan poquito. Es hora de que me pasees, ¿me oyes? Y si lo nuestro es serio, como me prometiste, no veo obstáculo para que me presentes a tus amistades y frecuentar tu mundo. Se ha terminado eso de ponerle a una mujer un piso y entretenerla con cuatro cuartos, un mantón de Manila, un brillante y si te vi no me acuerdo, como dice mi madre con razón. ¿Me perdiste o no? ¿Era o no mocita cuando me llevaste al catre? Quiero decir al hotel «Madrid», divino, no te digo que no. Contesta.

—Sí —le respondí—, o, al menos, esas eran las apariencias.

—¡Cómo las apariencias! ¿Te di o no te di el virgo?

—¡Sí, sí, sí! Y bien zurcido —debí haber añadido, pero no le dije nada. Le expliqué, en cambio, que para mí el Rocío no era una diversión sino una devoción; algo sagrado y tradicional cuya continuidad manteníamos en mi casa desde hace más de sesenta años.

—Pues yo fui una vez y sé lo que me digo —contestó—. Hace cinco años, aún no había cumplido los dieciséis.

Me vi obligado a hacerla reflexionar en sus quimeras:

—Tú has ido, perdona, una mañana y has vuelto al día siguiente. Has visto sólo la procesión del día de Pentecostés y el Rocío no sólo es eso. Llegaste en un camión de carga y volviste en él. Bailaste *sevillanas* con tus amigas y te dejarías sobar en el eucaliptal por un niño. Habrás bebido unos vasitos de vino con gaseosa y te habrás comido un grasiento tortillón. Ni siquiera llegarías a buena hora para oír la santa misa en la ermita. Has pasado, en definitiva, un día de gira matalona. Y, por si no lo sabías, te diré que ese público arrabalero y popular del que formabas parte es el que le resta al Rocío toda su elegancia, todo su garbo, todo su donaire, toda su altanería y todo su fervor. Para pueblo nos bastan y nos sobran los almonteños y para de contar. Este año, después del camión que se despeñó el pasado, se acabarán afortunadamente todas esas excursiones chabacanas que convierten el Real el domingo de Pentecostés en una velada de barrio obrero. El accidente habla bien claro de que esa clase de público no es grato a los ojos de la Virgen.

—Con más motivo entonces. Si no me llevas tú, alguien lo hará por ti; que no me faltan. De manera que tú sabrás —me contestó.

Me contuve para no cruzarle la cara de un cinturetazo; que a punto de sacarme la correa me encontrara; que nunca tal osadía se diera en plebeya. Hace sólo dieciocho meses Luisa no era más que una simple mecanógrafa a mi servicio con un sueldo de hambre que vivía en una habitacioncilla de corral del barrio de Santa Marina; una sala sin ventilación que olía a

aceite rancio y a garbanzos agrios. Ahora, en cambio, tiene todo lo que puede apetecer una niñata de veintiún años de su estofa social —hija de una antigua cigarrera y un chuloputas— que vive con su madre en un piso de renta limitada de las viviendas protegidas (que me consiguió el gobernador) y ha aprendido a vestirse sin afectación gracias a la cuenta en blanco que le tengo abierta en *Peiré*.

—Puedes hacer lo que quieras —le respondí con una media sonrisa que ella supo perfectamente interpretar.

Sin embargo, dos horas más tarde, tendidos uno junto al otro, estallándome el deseo en las manos y en el corazón, en un arrebatado de ternura le prometí que este año iría a la Romería y que, naturalmente, nada le faltaría aunque no fuese con nosotros de camino. La verdad es que me hubiera resultado muy doloroso estar sin ella toda una semana. Continué luego explicándole lo que era verdaderamente el Rocío —desde la única óptica válida. Le hablé de la preparación de las carretas; de la significación del Simpecado de plata tirado por los bueyes; del enfoque teológico del nombre y de la aparición de la Virgen; de la que la imagen es una talla gótica del siglo XIII encontrada milagrosamente en el impenetrable bosque de las Rocinas; del cambio de título hecho que tiene lugar en el año 1653, adoptándose el de Rocío por su significación bíblica, *¡oh, Señor, que la infusión del Espíritu Santo limpie nuestros corazones y los fecunde penetrándoles con su divino Rocío!*; de sus vestidos, trajes a la moda de las grandes damas españolas de los siglos XVI y XVII: corpiño de ajustado escote, gorguera y velillo de encajes, basquiña de alcuza y mangas de pasamanería, toca de papos, mantolín y *rostrillo* de oro, o de *pastora*: traje de viaje o de camino, con un ancho sombrero para defenderla del sol, adornado de plumas de colores; de las caravanas de blancas carretas romeras tiradas también por bueyes; de los caballistas; de las paradas nocturnas para dormir al aire libre, cara al sol o a los luceros; del olor de la tierra mojada; de los boliches carboneros de los aledaños del Coto; de las perdices, las tórtolas, las codornices, los jabalíes, las jinetas y los lince y los camellos —que trajeron los Peralta— que

cruzan el horizonte en un claroscuro de sombras en las noches de plenilunio; de la lluvia mansa y tibia; del sabor de las comidas campestres, condimentadas bajo el fuego de las retamas y de las olorosas piñas; del cruce de los arroyos; de los bailes en mitad de los calveros al son de las dulzainas y los tamboriles... Y Luisa, emocionada, me estrechó con fuerza contra sus pechos —de pezoncitos rosados como una muñeca— y juntos recorrimos otro largo camino, el del amor, prometiéndonos hacerlo la próxima vez bajo el cielo de la Marisma, azotados por la brisa que llega de la costa, de Matalascañas, de Mazagón y de toda la salada ribera atlántica.

Cuando regresé a casa era ya madrugada y Sagrario se encontraba dormida. No entré en su alcoba, pero me acerqué al vestidor y la contemplé unos instantes feliz en sus sueños rocieros llenos seguramente de augurios de buena ruta. Tiempo espléndido, sol y algunas nubes con brevísima lluvia, pienso que tendremos este año. ¡Así Dios lo quiera y la Blanca Paloma!

* * *

Esta mañana he tenido otro contratiempo con la inesperada llegada de mi cuñada Margarita. Pretende acompañarnos este año en la Romería y hacer con nosotros el camino. No sé qué bicho le ha picado, pues nunca ha sido aficionada a nuestras tradiciones. Hubiera resultado muy difícil convencerla con razonamientos lógicos; para su frivolidad de divorciada y su manera tan especial de entender la vida, después de haber vivido con el pelao de su marido —antropólogo y jacobino— diez años en Francia, el Rocío no significa para ella —según sus propias palabras, hace un par de primaveras— más que una especie de carnaval católico español donde, en el fondo, se continúa rindiendo culto a Artemisa y a Salambó. Tendremos que soportar seguramente sus críticas durante diez o doce días y, lo que es peor, sus extravagancias. Esperaba poderla convencer para que desistiera al menos de hacer con noso-

tros el camino, y pensé que no estaría mal invitarla a casa de Lola, la amiga de Carlos Núñez, y que fuera con ella y con Luisa en el Land Rover. Luego, reflexionando, llegué a la conclusión de que es preferible tenerla al lado de su hermana Sagrario. Las dos tendrán tiempo para intercambiar sus mutuas frustraciones, ahorrándome la posibilidad de que pueda influenciar a Luisa con las ideas propias del otro lado de los Pirineos, que bien sé lo que es Francia y cómo andan de moral por esas latitudes. Por otro lado, su hermana Sagrario me asegura que antes de casarse, por lo civil, con ese cornudo de francés que tuvo por marido, vivió en París con escritores y artistas comunistas y, especialmente con un loquita milanés que había hecho durante un año cerámica al lado de Picasso, ese sucio judío malagueño. No sé cómo Margarita, la benjamina de su casa, encantadora por otro lado, a la que hace un lustro deseé ardientemente —y a la cual sigo secretamente deseando pese a sus ya cumplidos treinta años—, consintiera contraer matrimonio civil y terminar, como una furcia, divorciándose.

En fin. Es cosa que no tiene remedio que cabra que tira al monte no hay cabrero que la guarde. Nos veremos obligados a soportarla, durante el camino y en el Real, con su inseparable cámara cinematográfica al hombro, sus briches y sus botas altas dándoselas de nórdica. Y lo peor de todo es que se empeñará en ser presentada a la princesa, y capaz es de provocar un escándalo, con tal de singularizarse, que desprestigie mi buen nombre. Desgraciadamente, el caso Margarita no tiene solución. Un día me dijo: Vosotros, los fachas, habéis convertido España en un país de mangantes —y prosiguió—: ¡Pobre España, con eñe de coño y de coña! Increíble.

* * *

Sevilla ha quedado atrás con sus cohetes, sus gritos jubilosos de despedida y sus vivas a la Blanca Paloma. La banda de cornetas de la Policía Armada nos ha acompañado hasta el

límite de la vega. Luego, ese público abigarrado y fervoroso, la alegre picaresca de Triana, siguió a pie la caravana desde el callejón de la Inquisición hasta la Pañoleta. Como todos los años, me conmovieron los galleros del reñidero plantados en los soportales de la bodega, con sus gallos bajo el brazo, sus mugrientas gorrillas de visera o sus antiguos sombreros cordobeses *d'alancha* —como los de Rafael *el Bomba o el Guerra*— dando vivas a la Reina de la Marisma. Recordé, inmóvil, sobre su sillón de ruedas, en el Aero —y al que ya no le es permitido desde su invalidez (de un bubón sifilítico, dicen) ni este ingenuo y colorista espectáculo de la lucha de los pollos ingleses— a Justo Pérez de Guzmán y Merry. Sin toros, sin caballos, sin combates y sin putillas a las que mantener, morirá cualquier día de añoranza y tristeza, viendo pasar, tras la cristalera biselada de la avenida, frente a la *Punta del Diamante*, conejitos en flor que ya no podrá catar, con un habano en la boca, a pesar de que por lo del in —Fidel Castro ha jurado una y mil veces —sin cumplirlo, por supuesto— dejar de fumar «Montecristos» y pasarse a la manufactura canaria.

Hemos oído misa y comulgado en la iglesia del Salvador antes de saltar sobre las sillas vaqueras; oblicuas las piernas bajo los zahones en los estribos de los caballos, limpios y brillantes los fierros de los filetes, de los bocados y de las bridas, relucientes los botos camperos; níveas y almidonadas las chaquetillas sobre los pantalones de corte y las fajas de cachemir, tensos los barbuquejos bajo las barbillas; en las manos izquierdas las riendas y en las derechas las afiligranadas varas de plata con la imagen cincelada de la Virgen, Nuestra Señora.

Una pareja de jinetes de la Guardia Civil, en traje de campo, enlonados los tricornios, los máusers en banderola caballera y los antiguos sables de reglamento colgados de las sillas con sudaderos de media gala, dan escolta al Simpecado, símbolo litúrgico de nuestra singladura, airoso e intemporal —crema, grana y oro como un capote de paseo— en mitad de la carreta (con su palio de plata, sus borlas, sus cordones, los candelabros con sus esbeltos defiendebrisas de cristal grabado, sus

escudos arzobispales, sus velas rizadas de pura cera, sus lirios y sus claveles) de ruedas blancas como la nieve, tirada por los bueyes parsimoniosos, con los frontiles de esparto del yugo recamado de oros y espejos.

Al llegar a la altura de Castilleja —la cuna por derecho propio de los maricones y antiguo *ghetto* hebreo, con sus obradores de confites plebeyos— un pelentrín, alpargatas, blusilla de rayas y pantalón de patén, se ha puesto a cantarle al Simpecado:

A las claritas del día,
yo le dije a los civiles,
que aflojaran los cordeles,
que las manos me dolían.

Cada día me gustan menos estas alusiones y esta familiaridad popular —que no implica, por otro lado, desacato, sino lamentos del alma andaluza— con la Benemérita. Es evidente que no había en su copla ninguna mala intención no obstante; porque en seguida volvió a templar la guitarra y, coreado por centenares de palmas, algunas salidas de nuestras propias carretas, y quizá sabiéndose la turba bajo el foco del tomavistas de Margarita, que llamaba vergonzosamente la atención vestida a la inglesa, continuó con buena voz y mejor tono unas *sevillanas* corraleras:

Qué triste será en la mar
pasá una noche sin luna,
pero más triste es vivir
sin esperanza ninguna
acordándome de ti.
y
Caracoles descarzos
van p'al Rocío,
con un cuarenta y siete
que carza el tío.
Cuando lo vieron,

tos los bichos del campo
se le escondieron.

También en Castilleja los cohetes estallaron en el cielo azul del Aljarafe en honor de nuestro Simpecado. He sentido ganas de llorar de alegría y he sacado de mi alforja bandolera —con la color a juego de mis guarniciones— media botella de «La Ina» que me he bebido a pecho y por lo bajine casi entera. Me encuentro con buen talante; mucho mejor que mi yegua, que poco alegre parece estar: me ha hecho dos extraños, se encuentra nerviosa y, cada vez que estalla un nuevo cohete, se me asombra. Gracias a Dios traigo dos caballos en previsión; no quiero que me suceda como otros años que ha sido necesario mandar el Land Rover con toda urgencia para avisar que uno de los camiones de mi fábrica de aceitunas me trajera otra jaca de la hacienda.

Desde la partida no he podido cruzar una sola frase con Sagrario. Va de un lado a otro y hace inútilmente trotar a su isabelina —la yegua color perla que le regalé por Reyes. Sabe bien, pero parece ignorarlo, que hasta que no salgamos a campo abierto y alcancemos las viejas alquerías musulmanas con nombres transparentes y diáfanos, como diamantes —Gelo, Calera, Benajiar, Gato, Aljobar, Quema—, no son posibles estas demostraciones de buena amazona y peor mala leche. Hoy es un día de disciplina y resulta imprescindible mantener la regularidad de la marcha.

Castilleja nos despide con fervorosos vivas y, a la salida del pueblo, los maricas reunidos en el malecón encalado (antiguo lienzo mural), colgado de cadenetas de papel Manila de colores, sombreros de palma, guirnaldas de flores y mantoncillos de flamenca, se han puesto a cantar los agridulces y evocadores estribillos de las *sevillanas* de Villamanrique de la Condesa (de París), *sevillanas* mariconas y fandangos de Valverde y del Alosno. No me canso de oírles:

La Virgen del Rocío tiene
en medio de su corona

tres aguilitas reales,
el Padre Santo de Roma,
obispos y cardenales
y
La Virgen del Rocío,
como es tan alta,
se le ve por debajo
la enagua blanca.
Y, por arriba,
se le ven los collares
de perlas finas.

Mi hija, María del Rocío, cabalga muy entusiasmada al lado de José María Molina. Tengo entendido que es un buen muchacho, pero, también, el atípico universitario que, a pesar de sus apellidos y su prestigio familiar —maquinaria agrícola, import-export, central lechera, almacenes frigoríficos, conexiones con el capital vasco y la banca catalana—, se encuentra metido —lo meten, hemos de suponer— en todos los alborotos estudiantiles. Dicen que el pasado curso lo tuvieron setenta y dos horas en la brigada político-social y que Martín, el jefe, le dio ostias, con perdón, aunque la escriba sin hache, hasta en el cielo de la boca. La verdad es que Martín —con su bigotito, su paragüín, sus trajes llenos de lámparas, su gabardinilla de probo funcionario y su aliento de pucherada agria— debiera ser más considerado con un miembro de las doscientas familias; que no digo que no se castigue, no, que no es tampoco eso, pero que no se puede tratar con el mismo rasero a un Molina y Molina que a los fulanos que cobran de Moscú, de París, de Roma o incluso del Vaticano, que lo sé, ¡coño!, y, a la larga, nos vamos a tener que nombrar nuestro Papa. Decía que lo detuvieron setenta y dos horas por no sé qué película que se había empeñado en proyectar en la facultad de Derecho, de Buñuel, creo, ese apátrida. No entiendo qué necesidad pueda sentir en hacer el tonto útil, a no ser que lo muevan otras miras; las de que, al cambiar la tortilla —que no lo sueñe—, su *oposición* sirviera para proteger los intereses familiares. Sea como fuere no me gusta esta amistad. Diré a Sagra-

rio que se valga de sus artes femeninas para romperla; máxime teniendo en cuenta que ella, María del Rocío, tiene su pareja de Jerez, un Osborne de pelo rojizo como un coronel escocés, con lo cual, de matrimoniar, *adelantamos*, porque la verdad es que mi familia es morena de verde aceituna y la de Sagrario retinta —aunque lo disimule con las mechas rubias—, y tanta morenez hay que lavarla al precio que sea, y el apellido Osborne es muy *chic*.

Margarita parece una iluminada. Entre arreboles y sudor —qué perra salida la creo, galga espatarrada y en celo de machos y de liebres, sin lugar a dudas—, al acercarme a la carreta desde donde ella, imperturbable, sigue con el tomavistas filmando el paisaje y, lo más inexplicable, hasta los mendigos que piden limosna a nuestro paso, he sentido de nuevo un latigazo de deseo; como si no hubieran transcurrido quince años y continuara siendo aquella niña ingenua y dulce —aunque un tanto resabida— que se sentaba sobre mis rodillas inocentemente dejándome armado y a la que tantas veces espíe mientras se desnudaba —maravilla de cuerpo, venus mía, sueños de mi niñez nunca logrados, ninfa de mis tristezas colegiales, fantasma de mis placeres solitarios aun sin haber nacido— para ponerse el traje de baño en el cobertizo de las duchas, a la izquierda de la piscina de mi antigua casa de la Palmera que comprara mi padre al conde arruinado —por su mala cabeza—, levantada en los años de la Exposición. (7) con planos de Aníbal González.

Más de una noche, por entonces, estuve sin lograr poderme quedar dormido pensando en ella; en la curva virginal de sus muslos ni siquiera aún adolescente, en sus tetitas de novicia, en sus hombros, sobre los que se derramaba la cascada de sus cabellos. Fue muy amargo para todos que un mal día, de la mañana a la noche, nos abandonara y se marchara a Francia sin tener en cuenta el más elemental respeto al honor familiar. Todavía hoy siento una gran tristeza recordando aquellos días de su inexplicable escapada precisamente en el mo-

⁷ El autor se refiere a la Exposición Iberoamericana de Sevilla del año 1929.

mento mismo en que empezaba a ganarme su confianza — deslumbrada seguramente por mi virilidad—, prólogo de un posible entendimiento entre ambos. Estoy seguro que de no haberse marchado hubiera llegado a amarme, ¡sí, a amarme!, y, juntos, sin escándalos ni estridencias, pasado instantes muy felices.

Con las piernas abiertas, los briches ciñéndole los muslos, esta insensata de Margarita sigue obstinada en gastar inútilmente decenas de metros de película. ¿Qué número pretende montar con ellos a su regreso a Francia? Es fácil imaginarlo. Pero, a toda costa, lo impediré. Me resultará bien fácil velarle los negativos. ¡Qué chasco se va a llevar! Aún la deseo, a pesar de todo. Y, si es posible —que lo será—, una de estas inigualables noches marismeñas me la pasaré por la piedra como está mandado y saciaré con ella, cabalgándola, todo el fracaso contenido durante años en mi corazón de congregante de la Inmaculada, de Estanislao y Luis, de niño chico al que se le enseñara, a la vez, las ventajas de la pureza (*¡eso nunca lo haré, Madre querida...!*), de la humildad y de la caridad, compatibles —al parecer— con el poder, los dineros y la altanería; en la misma medida que resultaba posible acomodar nuestra santa muerte (*he de morir y no sé cómo, seré juzgado de Dios y no sé cuándo. ¿Si fuera esta noche...?*) a la impía muerte de los demás.

* * *

La caravana está formada exactamente por treinta y seis carretas y cuarenta colleras de bueyes: cuatro parejas en prevención de posibles accidentes; doscientos treinta y seis romeros; cincuenta y cinco servidores a pie, quince a caballo; cuatro carrozas tiradas por mulas; los bueyes —cuidadosamente elegidos— de la carreta del Simpecado, y un total de seiscientos cascos de caballería —como diría un portugués. Nos dan escolta cuatro parejas del Instituto Benemérito, y el acompañamiento musical se halla a cargo de siete tambori-

leros con sus tamboriles y sus caramillos. Yo, personalmente, tengo a mi cargo, que delego en Carlos Núñez, tres carretas, una carroza arriera como despensa ambulante, una cocinera, dos pinches de cocina, dos mozas de cuerpo de casa, una doncella, tres cayos de vara, cinco boyeros, un carretero y un mozo de caballos. Nuestro grupo familiar está formado por el matrimonio con los niños, Margarita y mi secretario, aunque, a decir verdad, no debía incluirlo en nuestra intimidad siendo como es, al fin y al cabo (aunque de buena crianza, eso sí, y leal —mientras no demuestre lo contrario—), un servidor, lo que significa, en definitiva, otro lacayo a mi servicio. La reserva de nuestra bodega ha sido incrementada a última hora por algunos vinos franceses —que no probaré, por supuesto— obsequio de Margarita. Aparte del suministro normal, en la carroza viene alguna volatería y cinco corderos lechales, amén de algunas *delikatesen* foráneas que no cambio por los jamones de Sánchez-Romero.

No es exactamente lo mismo ser *alcalde de camino* que *de carreta*. Mientras la misión de los primeros es organizar la caravana, con sus paradas, sus pernoctas, sus descansos y la responsabilidad de elegir los lugares más indicados y propicios para pasar las noches, los de carreta se limitan al buen orden interno de las unidades que les son encomendadas.

Resulta siempre conmovedor y edificante el rezo del rosario, al atardecer —entre dos luces—, en mitad de los calveros dorados, con la brisa despeinando las ramas más altas de los pinos, mientras el poniente rosa y malva escapa entre el celaje. Tras el rosario, en círculo, ya de noche, bajo el resplandor del fuego de las fogatas comienza el baile ayudado por las palmas, las broncas canciones de los criados, las dulzainas y los tamboriles. En el contraluz bermejo, la comba de los techos de las carretas y sus cortinas de encajes se perfilan sobre los yugos y las gamellas. Es la hora de la meditación, de la calma y del amor. Tendido boca arriba, cara a las estrellas, bien arropado con la manta de Grazalema, la pelliza campera con el cuello subido, fumando, he dejado transcurrir horas inolvidables en todos mis años de camino; pero el sol cae aún

de plano sobre el asfalto de la carretera, que todavía no hemos abandonado. Para el almuerzo faltan casi tres horas, una legua de andadura. Pasaremos nuestra primera noche en los predios de Gelo. Siento ligeras las piernas y el corazón se me sale por la boca. Echo de menos —ya tan pronto— a Luisa. La desearía aquí, a mi lado, como un miembro más de la familia. ¿Es que acaso esa *niña* para mí, en el fondo, no lo es todavía? Tendría con ello la posibilidad de dar achares a Margarita, que ha dejado por fin el tomavistas, se ha desabotonado la blusa blanca, se ha recogido los cabellos con un pañuelo de seda y ha pedido el caballo. Su silueta, cabalgando sobre una montura a la inglesa, resulta llena de exotismo en este violento paisaje de tierras calmas y garrotales. De nuevo me ha llegado su olor, que me ha dejado otra vez enervado. De buenas ganas tomaría sus riendas, tan sutiles, y la arrastraría en una caña hasta el fondo del pinar que se presiente tras las lomas. Imagino gozarla así, vestida de amazona, y acariciar la tela de canutillo de sus briches beige tendidos a la sombra de un acebuchal. Bien sé que es imposible.

* * *

Si el camino no es aún la Romería propiamente dicha, es, eso sí, su prólogo y su pregón. No hay nada más hermoso que oír por las mañanas a nuestros tamborileros, cuando empieza a clarear el alba, tocar diana, carreta por carreta, para despertar a los durmientes e incitarles a oír —aunque se hayan acostado a las tantas— la misa del romero dicha sobre la carreta de nuestro Simpecado por nuestro capellán. Ni nada tampoco como por la tarde el rosario, pie a tierra los caballeros y las amazonas, encadenando las avemarías y los padrenuestros. Y luego, tras él, los fandangos de *desafío* y las *sevillanas* rociaras, bíblicas, alosneras, mariconas, corraleras y de la caña, que rompen el silencio intacto de los campos. Todos los servidores inician un duelo de letrillas populares a cuál más atrevida y picante y se forman dos bandos a aplaudir, según a quié-

nes pertenezcan y a qué casa. ¡Cómo no recordar!

Tu madre a mí no me quiere
porque no tengo carrera.
En mi casa tengo un galgo,
que la corre cuando quiera.
¡Que yo *pa* *corré* no valgo!
y
No hay *arbo* como el nogal,
ni fruta como el madroño,
ni cuña que ajuste más
que la que yo sé en el coño.
¡Viva Pérez de Guzmán!

* * *

La blanca media luna de las carretas y carrozas que forman la caravana se comba como la piel pelechada de una serpiente de agua en los predios de Gelo. Huele a piña, a aceitunas gordales picoteadas por los estorninos, a guano, a estiércol, a humo de sarmientos y a sudores en celos.

Silencio ya tras la *retreta*. Ha llegado la hora del descanso aunque, molidos como estamos tras un día tan largo y agitado, no todos en la Hermandad puedan conciliar el sueño. Del otro extremo del campamento llega el eco de unas palmas sordas y las suaves notas de una guitarra trenzando unas soleares por las que se arranca por lo bajine la voz de una mujer joven, posiblemente una criadita de cofia y mandil, por la especial modulación de las vocales, del barrio de San Bernardo o del Pumarejo, casi seguro.

Las hembras de mi casa charlan, adormiladas, sobre el corbujón de su carreta. La soleá sigue quebrando su ritmo de angustia y las palmas se adelgazan hasta el punto de ser apenas un murmullo. Sagrario, Margarita y mi hija Rocío lorean un cuchicheo de guacamayos o palomas zuritas. A contraluz de lonas y cortinas de encaje, gracias a la llama del reverbero, descubro —imaginando más que viendo— la silueta del cuer-

po de Margarita que se desnuda para cambiar los briches y las botas por un pijama de seda japonés, rojo de crisantemos y dragones. Los minutos se me deslizan a golpe de corazón, encadenados en el chisporrotear de los troncos que acaba de atizar Manolillo, mi boyero. Inesperadamente, Margarita baja de la carreta por la escalera de mano, cruza la grama y se sienta sobre la montura que me sirve de almohada y cabezal, las corvas rozándome la cara, la seda del pijama abarquillada bajo sus rodillas. Huele a Chanel. Prefiero el aroma de la alhucema y el sudor, mas qué remedio. Tras unos segundos, enciende un cigarrillo, se suelta la cinta del pelo, que le cae en cascada por los hombros, y me pregunta en qué pienso.

—En ti, Marga, chiquilla —le contesto.

—¿Cuándo madurarás? Seguramente, nunca.

—¿Más maduro me quieres, vida?

—¡Eres increíble!

—Increíble, increíble. Ya estamos con tus americanismos. Cómo se conoce que eres una experta en esa pañería. Lo bueno mío, Marga, es que, en efecto, sigo siendo un niño. Y por muchos años, gracias a la Blanca Paloma.

—Gracias a la gilipuerta de tu mujer, querrás decir. Y de niño nada, monada. Un pendón es lo que tú eres. Con más cara que espaldas.

—¿Sambernerdeas, cuñada?

—Sambernerdeo, sambernerdeo.

—¡Zorra!

—Que bien me metías mano cuando era una cría.

—¿Qué dices?

—¡Eso!

—Hablarás en broma.

—Claro, hombre, que hablo en broma. ¿Acaso contigo podía hablar en serio?

No me saques de mis casillas, Marga, que soy muy duro.

—¿Un duro tú? Ya te quisiera yo ver en Marsella enfrentándote a un corso.

—Me he enfrentado a tus compañeros de viaje con un nueve largo.

—Lo sé —me contestó Margarita cambiando el tono de su voz—. Y, también que le diste gusto al dedo repartiendo *café*.

—No tuvimos opción. O ellos o nosotros.

—Esta desdichada tierra vuestra está maldita. La sangre derramada...

—¿Pretendes conmovirme con tu lirismo? Todo eso es agua pasada. La tierra, hembra, necesita el macho que la fecunde. Como a ti. Si hubieras tenido hijos...

—Si los hubiera tenido, al menos estaría segura que eran míos: *Los hijos de mis hijas, mis nietos, son, pero los de mis hijos sábelo Dios*.

—¿Qué insinúas?

—Nada. Me limito a poner en solfa tu propia filosofía.

—¿Tu hermana? ¡Esa santa! Ella hubiera sido incapaz de deshonrar ni mi nombre ni el suyo, que es el tuyo también.

—¡Echegaray!

—¿Cómo dices? ¿Qué apellido has pronunciado? Nunca hubo un vasco entre nuestros íntimos amigos (que son los que suelen engañarnos, pensé).

—No te inquietes —me tranquilizó—. Mi hermana Sagrario es tan cretina que sería incapaz de haberte engañado, al menos por aquellas calendas. Hoy ya no sé. Os encuentro a todos más evolucionados en eso de joder, desde que habéis descubierto la ducha y la costa.

—Siempre fuimos al mar.

—A los balnearios. En este país para joder, hasta hace muy poco, se necesitaba ser por lo menos marquesa, como decía la Peñaranda. Y vosotros de título aún... A no ser que entréis en el círculo íntimo de la Carmen Collares y de Francisco primero el impotente.

—Has colmado el vaso de mi paciencia.

—No aún.

—¡Marga!

—¡Cuñado!

—Te salva que estamos solos. Sé bien que este tipo de bromas no lo gastarías delante de nadie que no perteneciera ni a la familia ni a nuestro círculo. En los refectorios de los conventos y en los cenáculos de la clerecía suele juzgarse duramente al Vaticano, e incluso al Papa, lo que no impide su defensa a ultranza en los púlpitos. Se desahogan los malos humores, pero no se pone nunca en duda el dogma.

—No sólo eres increíble —me dijo Margarita— sino insólito, y yo diría que incluso enternecedor, a pesar de ser un asesino. Vuestra ralea, que es también la mía, ha creado a su alrededor una especie de concha de galápagos impenetrable a cualquier arma arrojadiza, ya que la función crea el órgano y desde hace siglo y medio, no más, yo pienso que menos, no te ufanes que sois unos *parvenu*, habéis logrado enquistaros en el pulmón de la sociedad española para no dejarla respirar. ¡Infame turba! No tenéis ni el estilo de la vieja aristocracia ni el *chance* de los antiguos mercaderes que han forjado Europa. No habéis nacido ni para guerreros ni para banqueros. Sois algo muy especial al que unís esa pereza de esta tierra ¡tan hermosa!, pese a que donde piséis con vuestras pezuñas no vuelve a crecer más la hierba. Con ustedes. ⁽⁸⁾ no cabe más que una solución; dinamitaros. Y conste que no creo en las revoluciones cruentas en las *colonias*, porque la técnica está en manos del amo, como la estructura de la organización. ¿Pero acaso sabéis vosotros lo que es la técnica y la organización, manada de analfabetos?

—Nos bastan y nos sobran las espuelas —le contesté—, la reja del arado y nuestra confianza en Dios.

—¿Armas tú, cuñado, armas aún? —me preguntó cambiando

⁸ El autor suele utilizar en el lenguaje coloquial el ustedes por el vosotros, como en toda Andalucía y en la América hispana.

de pronto de tema.

—Como un garañón, Marga. Y cuando quieras guerra no tienes más que pedírmela.

—Lo tendré en cuenta y lo anotaré en mi agenda-diario. Dame tu número de teléfono. Y no me vayas a decir que el seis nueve.

—No, vida, el setenta y siete, que es impar y macho.

Felina y chinesca, Margarita regresó a la carreta, desde cuyo arco de lona forrado de encajes una lechuza clavó en mí sus ojos de iris amarillo.

* * *

Las del alba llegó con el ritmo de los tamboriles y de las dulzainas. A continuación, las palmas y las letras de las canciones que parecen salidas del fondo remoto de los tiempos, cuando pueblos bárbaros e infieles se asentaban en estos predios del vino, el trigo y el aceite. Algunas letras me hacen recordar los fugaces años de mi rebelde juventud:

Por la mañana,
qué bonito el Rocío,
por la mañana.
Cuando los tamboriles,
ole morena,
tocan diana.
Y por la tarde,
cuando los tamboriles,
ole morena,
tocan al baile.

El despertar es lento, sin prisa, con nuestra proverbial pereza, la de los señores, que poca se pueden permitir los demás, ni la consentiríamos. Hasta que los alcaldes de camino no den las instrucciones previas, se sesteaa la vida campamental. Me

avisan de que tengo ya lista el agua caliente para darme una ducha. Margarita sale de la carreta con el pijama y una toalla de esponjosa felpa dejada caer sobre los hombros. Parece haber olvidado el incidente de anoche. ¿Pero no soy yo acaso el ofendido? Imagino, no obstante, que su desaire no fue más que una forma, tan antigua como el mundo, de llamar mi atención y dársela de original e interesante. Era innecesario. Sagrario abandona también la carreta, viene hacia mí y se apoya en mi pecho. Se queda mirándome con esos ojos tiernos y grandes de cordero degollado que tanto me apasionaron un día. Siento la punta de sus senos sobre mi bata y la tomo del talle cariñosamente para apartarla a un lado con el pretexto de que el agua de la ducha suena ya, tibia y tentadora, en la pequeña tienda de lona que ha levantado Josefito, mi ayuda de cámara de camino.

—¿Más caliente, señorito? —me pregunta.

—No, Josefo, así, muy bien —le contesto.

El agua, puesta a calentar a fuego lento en un barreño desde la madrugada, me resbala sobre la cabeza, los hombros, el tórax —tan atlético—, el sexo —tan potente— y las piernas —tan elásticas. Tengo dispuesta una nueva chaquetilla de hilo blanco, almidonada, un nuevo pantalón y unos nuevos botos relampagueantes, pero antes de vestirme me dejo afeitar por las diestras manos de José, que, con la pericia de sus casi cuarenta años de oficio, me enjabona cuidadosamente la cara.

—¿Qué tal? ¿Cómo lo estás pasando este año?

—Muy bien, señorito.

—¿Contento?

—¿Y quién no lo está con usted?

—¡Gracias, hombre!

—A usted, siempre.

—No me has dicho todavía cómo le va a tu hijo en Alemania.

—Regular, señorito; que no es oro todo lo que reluce. Pero, ¿aquí qué iba a hacer? Más vale estar lejos de nuestra tierra y

ganar un jornal que haraganear en ella y no tener que llevarse a la boca.

—Cierto. Es un sacrificio que tendremos algún día en cuenta. Gracias a cientos de miles como él mantenemos el equilibrio de nuestra balanza de pagos. España es lo único importante. Todo se andará. Cuando la estabilicemos, los nuevos polígonos industriales que vamos a montar en el Sur necesitaremos mucha mano de obra y regresará orgulloso de haber cumplido con su deber. Mientras tanto, él no debe olvidar nunca que es español y andaluz, por añadidura. Ser español, Josefo, es un privilegio.

—Sí, señorito.

—¿Te percatas?

—Me percato.

—Recuérdame que te dé una tarjeta para que vaya a visitar al padre Ayala de mi parte. Es un *misionero* perteneciente a los servicios de emigración (y a los de información pude haber añadido) que está haciendo una maravillosa labor de apostolado en Alemania. Estudió conmigo bachillerato y hace un par de semanas que recibí carta suya. Si el niño va a visitarle con unas letras más le atenderá debidamente y lo confortará con sus consejos. Todo menos que se vea mezclado en turbios contubernios y cuando regrese a la patria traiga una misión financiada por los socialistas germanos.

—Descuide, señorito. Pero, ya sabe usted cómo es, más corto que un chaleco sin mangas.

—Comprendo, Josefo, comprendo. Así son nuestra gente, siempre tan discreta. No, no me apures más. La sombra azulenca de la barba me da cierto carácter rural, muy a tono con las circunstancias. Comienza ya el masaje.

El desayuno es siempre un verdadero rito. Este año, además, Pepe Carbonell y los suyos han traído una gitana para que todas las mañanas les haga los buñuelos para el chocolate. Un auténtico acierto. Ensartados en varillas de juncos, un criado viene con una cesta llena de crujientes buñuelos de

velá, de los que a mí tanto me gustan, recién sacados de la sartén, calientes y deliciosos. El chocolate humea ya en un enorme caldero. Pepe quiere invitarnos el primer día de camino a desayunar. Extendemos un mantel en la grama y formamos coro. Luego, empiezo con el *Machaco* para, a la tercera copa, atreverme a abrir la primera botella de güisqui, a pesar de la rotunda oposición de Sagrario, que argumenta, y creo que con razón, que no debemos romper la tradición; querrá decir, de pegarle sólo al *Machaco* por las mañanas, supongo.

Con el vaso de güisqui en la mano y el aroma del primer cigarrillo en el paladar me imagino encontrarme en el pisito de Luisa. Cómo podría vivir sin ella. José María Molina llega hasta nuestro vivaque a caballo para invitar a Rocío a dar una galopada. Me encuentro obligado a ofrecerle medio *scotch* que apura sin rechistar. Se conoce que estos revolucionarios de pacotilla de nuestros días no le hacen feos ni melindres a los alambiques escoceses. De buenas ganas le hubiera servido un vodka, de tenerlo. Lo tengo prohibido en mi bodega, claro está. Margarita bebe el güisqui sin agua, como los ingleses:

—¡Coño, Marga! —le espeto—. ¿Tan temprano le pegas tú también a la frasca?

—Oye, qué vaina es esa de meterte en mi vida. ¿Acaso eres mi amante? Claro que ni a ellos se lo consiento.

—¡Ah! ¿Pero tienes amantes, zorra?

—Quería decir los tíos que me gustan y me tiro, cuñado. Me gustan jovencitos y que trabajen a pelo y pluma. Son más considerados.

—¿Tú también trabajas la pluma, Marga? Que esas afinidades, si no, no se explican.

—Las estilográficas, cuñado, las estilográficas.

* * *

Reanudamos el camino con el sol enfrente. El asfalto lleno de baches de la carretera —a la que volvemos para hacer sobre ella algunos kilómetros antes de internarnos en las veredas de carne, en las trochas y en las cañadas— rebrilla como un azulajo de Triana. La blanca serpiente de la caravana casi se desarticula alcores arriba en tierras de olivos. Los tamboriles y las zampoñas abren la marcha en la mañana recién inaugurada. A derecha e izquierda, grupos de taladores que acuchillan olivos inician su trabajo. Algunos, muy pocos por desgracia, se persignan al paso del Simpecado. Se conoce que llevan aún en el pecho el veneno de la revolución y del odio, culpando a los símbolos sagrados de sus infortunios. Será necesario mano dura y firme para contenerlos el día que se decidan a volver a las andadas. No quiero jornaleros en mis besanas ni más pelentrines en mis lindes. Cada año estoy más satisfecho de haber mecanizado hasta lo exhaustivo todas mis tierras. Mantengo sólo un puñado de fieles peones fijos. No quiero extraños en mis haciendas que traigan en la boca la blasfemia y en las pupilas el brillo turbio de la revancha. El arado romano, secular y prodigioso, no es más que un símbolo —bello símbolo, pues lleva yugo— del pasado. También yo soy progresista, cuando me conviene, porque el progreso es esto, sustituir doscientos pelaos por ocho máquinas, pero no abriendo las manos con libertades ni ofreciéndole una instrucción que serían incapaces de asimilar. El güisqui me ha entonado. Nos aprovecharemos —todos— de beberlo ahora a hurtadillas, cuando nuestros amigos de Jerez no nos ven. Luego, en el Real sé que lo criticarían. No quiero pensar que Pedro me viera brindar con él. Cualquier solera añeja —dice, y con razón— surte el mismo efecto.

María del Rocío, mi hija idolatrada, prosigue muy entusiasmada al lado de José María. Será necesario vigilarla de cerca al llegar a la Marisma, en las largas galopadas solitarias cuando las parejas de enamorados se pierden en las manchas cenicientas de los eucaliptos. No es que me parezca mal que la juventud se expansione, antes al contrario; pero es necesario llegar al matrimonio con cierta pureza. Mi hija, quiera la Blanca

Paloma que me equivoque, tiene una querencia peligrosa — *mercantilista*, diría yo, y *negociadora* por parte de la sangre materna, y una rebeldía mía, que de ésta sí que quisiera yo un poco para su hermano Diego, demasiado reposado para su edad. Su madre dice —y esto me resulta un catalanismo imperdonable— que está herido de verso. No acabo de entenderlo. Con dos mil hectáreas de tierra calma, mil de monte bajo y cerca de quinientas de olivar, de verdeo, es inexplicable que esta criatura tenga ganas de cantar a la luna o, lo que es aún peor, como está de moda, a los pelaos. Veremos en qué queda todo. En nada. Que en qué había de quedar con su *pedigree*. A los dieciocho años es necesario un ideal; pero a esa edad estaba yo con la pistola en la sobaquera esperando asaltar un teatro de variedades donde se exhibieran guarre-rías y protegiendo a las monjas de clausura cuando salían de los conventos a votar. Y luego, cuando de veras fue necesario dar la cara como un hombre, supe darla también, lo mismo en el frente que en la retaguardia. ¡Noble ideal la defensa de nuestro patrimonio!

Margarita ha cambiado de pantalones. Lleva unos briches enterizos con botas cortas —¡Ay, botitas, botitas, quién pudiera acariciar tu elástica!— que le ciñen los muslos y le modelan las piernas. Está verdaderamente impresionante. A Sagrario, por el contrario, parece haberle sentado mal el camino; tiene malísima cara. A no ser que, a la chita callando, le esté dando al vaso más de la cuenta. Le gusta el marrasquino, como a la Isabelona, quiero decir, el *Marie-Brizard*, detestable bebida con su lacito azul y, por ende, francesa. Sabe muy bien que el alcohol —en la medida en que lo trasvasa— le sienta como un tiro; pero, por lo visto, nada. Cada día la encuentro más avejentada. A pesar de tener casi diez años más que ella, parece un chiquillo a su lado. Debería cuidarse. Después de puta, ciega. Es un decir.

* * *

Por todos los pueblos que pasamos o circunvalamos se nos sigue recibiendo con entusiasmo. En los balcones y ventanas se encuentran colgadas sábanas bordadas —punto de cruz, *caprichos*, lombardo, colonial de Manila, lagarterano. Cruzan las calles farolillos verbeneros, de tres al cuarto, pero lindos, y el aire tiene un impreciso olor a domingo.

Advierto asombrado que Carlos Núñez está borracho como una uva y que, de la manera más absurda y ridícula, le hace la corte a la marquesa —tipití, tipitesa. Ella, que a todo lo que sean unos pantalones —ver bragueta y temblar— les dice que sí, que se lo da, está entusiasmada con este demencial arrebatado. Sagrario, que ha cogido el cante, otorga y calla. Hace años que la carne no le tienta ni para bien ni para mal, creo. Lo malo de esta situación es que el calzonazo de José Julio Menco se sienta ofendido. Cree que la marquesa, desde la muerte de Joaquín Amores —su último alivio de viuda desolada y desconsoladísima, la verdad no sé por qué, ya que su excelencia le echaría acaso un par de polvos en quince años y ella se desquitaba con los chóferes, *mecánicos* que dicen en Madrid, siempre jóvenes y apuestos—, ¡inocente!, no se acuesta más que con él. No seré yo el que le desilusione. En cada coto cada tirador ha de levantar su propia pieza y saber dónde le aprieta el zapatito —de charol y con trabillas— a cada gacela. Es conmovedor que aún haya por el mundo sueltos seres como José Julio. Arruinado como un panteón, gasta mis corbatas de seda de desecho, las camisas de Rodrigo Villa, los trajes de Alarcón-Benjumea y los zapatos, ¡qué suerte calzar el mismo número!, del vizconde. No es que lo vea mal, ni mucho menos. Él no tiene la culpa que la crisis del cincuenta y nueve y la estabilización económica afectara a su familia. Es la persona más fina y más correcta que he tratado y nadie como él saber animar una fiesta con su humor y sus ocurrencias, pero no se da cuenta que cuando uno de nosotros cae, mala suerte; que nadie le echará una mano. ¡Patético! Y de trabajo, naranjas; que quién se lo daría. No yo, desde luego, ni ninguno. De todas formas sigue alternando y es posible que la marquesa, que lo ha traído formando parte de su *troupe*, le

pase un sobre —¡miseria y compañía!— los sábados, para tabaco. Para hacer el chulo, hacerlo al menos con clase. Hace unos días, poco antes de partir de camino, me han llegado noticias de que Javier de Celi, vive espléndidamente en Palma de Mallorca a costa de unos amigos de los Willson. Por lo que cuentan se ha hecho amante, por partida doble, del marido y de la esposa. Y todos tan felices. Detestable costumbre — cómo no, francesa— que no comparto desde mi moral, tan exigente.

La devoción hacia la Virgen y el cariño mañano de estas viejas mujercitas de los pueblos del Aljarafe y del Condado es verdaderamente impresionante. Una de ellas, harapos carmelitanos, de tanto sol y pañuelo negro desteñido a la cabeza, se ha colgado de la carreta de nuestro Simpecado y ha atravesado el pueblo tras él con los ojos arrasados en lágrimas. Tiene un hijo en la cárcel, según cuentan, acusado de pertenecer a una célula comunista. ¡Mujer española, madre española!, a pesar de todo, yo también rezo unos instantes emocionado para que el consejo de guerra sea benévolo —en la medida de la prudencia— y le salgan treinta años en vez de que lo manden al paredón, como sin duda merece.

Sintonizo Radio Nacional. La *Bolsa* me preocupa. *Sevillana* (de electricidad) ha bajado algunos enteros, pero no es, ni mucho menos, para inquietarse. Yo tengo *preferentes, las de Queipo*. ⁽⁹⁾ como solemos llamarlas, y éstas están a cubierto de cualquier fluctuación. Vuelvo a pensar en Luisa. No la creo capaz de una infidelidad durante estos días de separación. Entre otras razones porque yo le doy como hombre todo lo que pueda apetecer. La feliz conjunción de las hormonas y las vitaminas en mi tratamiento de garañón me han convertido en un muchacho. Luisa sería incapaz de engañarme no sólo por eso, claro es, sino por que se juega demasiado: *vivienda protegida* —que se la quitaría rápido el gobernador—, problemas

⁹ Durante la guerra civil, en el bando rebelde, Sevillana de Electricidad emitió un paquete de acciones, cuyas singulares características no han sido aún estudiadas por los especialistas de la economía de guerra. Su promotor fue el general Queipo de Llano.

de plena ciudadanía —de los que se encargaría el jefe superior de policía— y que le impedirían rehacer su vida, a nivel de todo el territorio español. Y extranjero, porque el pasaporte le sería denegado por razones *políticas*, un pretexto que nos sirve para todo, desde defenestrar a nuestros enemigos a aplicar a cualquier pelao la ley de vagos y maleantes, sin contar con la de fugas, de ser preciso. Celos, pues, olvidados. Me tranquilizo.

Se me acerca Juan de Jesús y me habla muy preocupado de la mar y de los peces; quiero decir, de las archisabidas y ya pasadas, gracias a Dios, irregularidades laborales. Mientras cabalgamos juntos nos bebemos media botella de «San Patricio» y pronto cambia de talante y se pone de buen humor. Me habla entonces de uno de sus problemas sentimentales. Este hombre es de los que no tienen arreglo con respecto a las faldas —yo diría mejor que con respecto a los volantes y a las batas de cola, porque la gente del bronce le fascina. Ahora le ha dado el avenate por una nueva gitanita de Utrera, de las de rompe y rasga, a pesar de sus catorce años, cuya madre, que no le dobla la edad, le ha pedido al payo reparación por el estropicio, a pesar de que el virguito fue vendido a buen precio por la misma progenitora, lotera de Los Corales —el café de la tertulia de El Gallo y Belmonte—, una prenda. Un lance lamentable. Me pide un consejo que mal puedo darle. Yo, con la gitanería, toco madera. Creo que cada cual debe resolver sus propios problemas.

—Cuéntaselo a tu confesor.

—¿A mi confesor?

—¡Leche, a tu confesor!, sí. Y mándale por su mediación quince o veinte talegos. No sabes cómo los gitanos respetan la Orden.

Al salir del pueblo, alguien sujeta el estribo derecho de mi yegua —la ruana que ahora monto. A punto estaba de clavarle la espuela en la espalda cuando reconozco a Currito Ortega. Fue un banderillero valiente en sus años mozos y protegido de mi padre, al que la lidia le chiflaba; a mí no tanto, que los ma-

tadores han perdido el estilo y son todos unos golfos. No obstante, Curro es de la vieja escuela.

—Señorito Diego —me dice.

—¡Curro, mi alma! ¿Qué haces tú por aquí?

—Tirando, como siempre: en el trato.

Saco el portamonedas para darle unos duros de socorro, pero me los rechaza. Pocos eran, desde luego; que no está el horno para limosnas.

—No es eso, señorito. Quería hablarle.

—Voy de camino, Curro. Ya lo ves. No es el momento.

—Como quiera, señorito. ¿Cuándo puede recibirme?

—Llámame por teléfono a la oficina y te darán día y hora. ¡Estoy siempre tan ocupado!

—Comprendo. Buen camino, señorito, le deseo.

—¡Suerte, Curro!

—¡Suerte, señorito! ¡Que la Blanca Paloma lo proteja!

Me he arrepentido —tarde— de no haberle escuchado. Hace ya muchos años cuando yo, por una de esas locuras de la juventud, quemé una caseta de la feria de abril, se prestó como testigo falso para culpar a un pelao y me ahorró una noche de calabozo y unos meses de cárcel. La bandera tricolor ondeaba por entonces en el Real —que ya no lo era, claro. La última vez que lo encontré, hace un par de años, iba sujetando el bocado de los caballos de la carroza dorada de respeto de Su Divina Majestad, que salía de la parroquia del Salvador. Vestido a la federica, de librea y peluca empolvada, no le reconocí; pero él me saludó con una inclinación de cabeza y la humildad que siempre le ha caracterizado. Aquel día, con un farol de plata —rojo el cirio encendido en su fanal—, acompañaba yo al Señor en la procesión de los inválidos e impedidos, y recuerdo que aquella madrugada había comprado un virgo por cuatro cuartos. Me dieron las primicias en los aledaños del Pumarejo, en un sotanillo húmedo sobre un jergón, y la prójima, de doce añitos, se llamaba Custodia.

Nuestra servidumbre, acompañada de palmas, canta unas *sevillanas* caracoleras llenas de intención y picardía. Pienso en Luisa:

Si no me vas a queré,
pa qué me consientes tanto.
Que tú me vas a dejá
como un pliego de papé
cuando sale del estanco.

El sol es ahora de castigo, de flagelo: cresta roja de gallo franciscano cantando enloquecido sobre las tapias encaladas de un corral. Me veo obligado a inclinar levemente el ala de mi sombrero color tabaco. Margarita, como es en ella habitual, se ha descotado la blusa y sus senos se transparentan, sin sujetador, temblorosos y tentadores bajo la línea de su garganta de cisne hembra.

* * *

Al caer la tarde —del segundo día— entramos en la Marisma. A partir de este momento nuestra ruta abrirá su singladura en *monte* bajo, entre chaparros y eucaliptos, zonas forestales —del Patrimonio— y baldíos. Los predios cereales y olivareros han quedado al fondo de las amarillas vaguadas del Aljarafe y las viñas de las tierras garridas de El Condado La Llanura de aluvión de la depresión del delta se extiende ante nuestros ojos. Un horizonte sin límites que se pierde en los pinares de las dunas atlánticas y en el que son tan frecuentes los espejismos. Huele a tomillo, a saltaneja y a jara. A la derecha, en línea recta, ha quedado atrás la antigua ciudad frontera, con sus murallas y sus álamos que orillan el río rojo. Y, también, el cercano pueblo que me viera nacer y desde donde durante casi quince años salí de camino en la peregrinación del Rocío, feliz y pueblerina como la vendimia en Bonares (la *buena cosa* romana). Hace muchos años que no he vuelto a visitarlo. Los

trámites administrativos de las tierras que tengo en ese partido judicial los diligencia mi administrador o mi capataz, pero añoro el perfume de su soto y las rojas burbujas discurriendo bajo el puente romano y los años de mi niñez saltando a piola en la plaza de Santa María o en la explanada de la Puerta del Buey —donde los negros.

Descabalgo y acaricio la grama que ya, en mayo florido, ha empezado a achicharrar el sol. A partir de ahora, el camino tiene tantos recuerdos para mí que puede decirse que ni un solo palmo de esta tierra me es ajeno. Soy capaz de distinguir la posición justa de los árboles centenarios, el color que ha de ponerse el cielo a una hora determinada, cualquier variante en los reflejos de la luz austral. Todo lo que en ella pueda significar un cambio con años anteriores. En las madres de turba, soy capaz de calcular el número de toneladas métricas que han *cortado* para abono, o que los desarrapados hijos de los carboneros han acarreado en sus espuestas de palma para secar al sol y alimentar el fuego de la cocina familiar. A partir de estos límites imprecisos que separan las tierras labrantías de la Marisma soy un experto topógrafo. Conozco cada recodo, cada riachuelo, cada duna de arena, cada filtración de agua salada, y distingo el canto de cada uno de los pájaros en inmigración y de cada ave marina. La Marisma me pertenece por derecho. En ella he cazado el jabalí, el venado, el conejo y el ave fría. He cabalgado en sillas camperas sobre decenas de potros a media doma. He corrido la liebre, realizado derribos de añojos y he conocido la delicia afroasiática del trote cochinerero de los camellos —de los Peralta. Nada ni nadie podrá quitarme nunca el amor por esta tierra donde el rey Alfonso XI de Castilla, mi señor, cazaba puercos con sus venablos toledanos.

La luz —última— borda encaje de bolillos de puntilla azules bajo las nubes de primavera. La tarde muere ya, entre fulgores anaranjados, pero el sol no acaba de caer —aún— en el horizonte marino. Huele a sal, a estereros, a gaviotas, y la brisa despeina mis cabellos —ralos, ésta es la verdad, pero tan sedosos y cuidados— cuando me destoco el sombrero

d'alancha —con ese gesto tan característico nuestro, tan castizo, de estampa iluminada de garrochistas y antiguos y hermosos toreros valientes litografiados en grana y oro, celeste y plata, sobre el papelón que el tiempo tiñera de sepia en el modernismo de la letra de la cabecera del *Blanco y Negro*— para secarme el sudor que me corre a raudales por el cuello y la nuca.

Los bueyes toman su pienso de algarrobas o sestean en la grama cuando empiezan a resplandecer las primeras hogueras que permanecerán toda la noche encendidas chisporroteantes para acunar nuestro sueño. Sentados en el tronco talado de un eucalipto, mi hija María del Rocío y José María Molina parecen iniciar los prolegómenos de una noche de amor —¡qué más quisieran los inocentes! Se sueltan de las manos en viéndome llegar y él enciende un cigarrillo con ademán trémulo. María del Rocío salta como un resorte para darme un beso; gesto inoperante. Si cree que con arrumacos y bobadas le voy a dejar hacer lo que le venga en gana se ha columpiado. Es joven y comprendo que su corazón está impaciente por derramar su ternura, pero no estoy dispuesto a que las reciba un rojo de pacotilla, pero rojo al fin, que el hábito sí hace al monje; quiero decir, que se encontrará inevitablemente condicionado mentalmente en ciertas lealtades, como yo lo estoy con los míos.

Margarita ha improvisado una especie de observatorio — como si se encontrara rodando un safari— y con su cámara cinematográfica enfoca el contraluz del poniente. Su silueta de galga (¡oh, Marga mía, rosita de pitiminí!) me produce una erección o, como ella dice, me pone armado caballero.

* * *

Camino de la Romería marchan ya también los buhoneros y los pelentrines de Pilas y de Aznalcázar, de Bonares, de Hinojos y de Carrión de los Céspedes. Con sus borriquitos, sus mantas, sus hatillos y sus maletas llenas de anillos, de peine-

tas, de collares, de conchas marinas miniadas de púrpura y añil y sus rosarios y collares de cuentas de algarrobas, montarán sus tenderetes a la entrada del Real para vender sus abalorios en el *serrín*, tras hinchar los globos de colores para la chiquillería y hacer sonar sus *matasuegras* y sus *carrañacas* de palo. Pondrán, en fin, una alegre pincelada colorista sobre la arena ardiente de las Rocinas, y en honor de ellos —qué compenetración la de las élites con su pueblo, ¡y después dicen!— nuestra caravana les canta a su paso, más rápido el suyo aunque llevemos la misma ruta. Margarita —cómo no— enfoca hacia ellos su tomavistas. Pronto, con sus mujeres, sus niños famélicos, sus mulas, sus borricos —las lonas blancas de sus tenderetes enrolladas sobre los lomos de sus animales— son sólo una mancha de color que se pierde en la llanura.

La Virgen del Rocío
no sé qué tiene
que cautiva las almas
que a verla vienen.
Es maravilla:
los caballos y bueyes
se le arrodillan.

Piel de gallina. Me emociono una vez más. Repelucos que me suben y me bajan, dulzona la saliva —como cuando de muchacho me estrujaba una espinilla—, temblores de flan y tocino de cielo. ¡María, esposa del Espíritu Santo, Madre de Dios, Madre de los hombres, Mater del Cuerpo Místico, Mater Ecclesiae! ¡Plétora de la Santísima Trinidad! La actitud y disposición de su rostro; su mirada recogida, como en contemplación interior; la posición de las manos; la frontalidad, y el hieratismo; esas formas rígidas, inmutables. Todo el cuerpo cubierto por los ricos y áureos vestidos corruscantes de joyas; el *rostrillo* que enmarca el óvalo perfecto de su cara; la ráfaga, que a modo de mandorla, envuelve su figura de Reina Coronada, y hasta el nacarado y vítreo policromado de su rostro y

manos, sensibles al menor reflejo. Toda ella me deja, además, inmerso en una intensa sensación de grandeza, de lejanía celeste y majestad. Es el tipo triunfal de Theotocos, esencialmente teológico, que traduce y representa maravillosamente el dogma de la Maternidad Divina, con todas sus implicaciones y consecuencias —como aseguran los folletos y libros que sobre ella se han escrito, los únicos que leo; que otra lectura cualquiera sería perniciosa— y es necesario —como dice con mucha gracia un aristócrata de Jerez, cuyo nombre no viene a cuento— no romper la tradición de que los señores andaluces, sin haber abierto jamás un libro, somos los más distinguidos, los más elegantes y los más finos de las Españas, que tenemos por viso de buena crianza no tener en nuestras mansiones ningún tipo de anaquel o biblioteca que pueda sospecharse esconde un infolio, compendio, noción manual, ni tratado —a no ser de láminas de caballos o perros—, ni con *nihil obstat* ni sin él, que nos bastan y nos sobra nuestros dietarios.

* * *

Cenamos a la luz de las fogatas. Curro *el Telera* llega a alegrarnos la sobremesa con un poquito de cante jondo. Le acompaña a la guitarra el *Niño del Pardo* que tuvo el honor de interpretar para Su Excelencia y ha adoptado el apodo que le da lustre, aunque de pobre no saldrá. Al Rocío los ha traído —y de camino— Luis Buiza, un título pontificio parguela separado de su mujer y de sus hijos, que se ha vestido de claro, se ha tirado al monte, y ha sustituido a los suyos por cantaores, gente del bronce y tres maricones belgas recién llegados del Congo —Elisabethville. Hemos de agradecerle, no obstante los trenes de baño y la gala con la que no obsequian los divos. A Margarita le brillan los ojos viéndole cantar. De ella puede esperarse todo. Si la pone cachonda, que la pondrá, capaz es la muy zorra de tirárselo aquí mismo. Pero, Marga, divina —le diría—, ¿no ves que el niño es de la piompa y no está por la

labor aunque la letra te confunda?

Caballo que a los tres años
ve una yegua y no relincha,
o es que no come cebá,
o es que le aprieta la cincha,
o no es caballo ni es na.

Dando con disimulo la vuelta al corro, me sitúo junto a ella en la penumbra. Me enerva el olor de su sudor fuerte y acre de hembra salida, y ese aroma impreciso de mujer en celo que sólo contados hombres somos capaces de ventear como un buen montero percibe, por el olfato, el rastro de una cierva entre las jaras del monte. Recuerdo, a propósito, una anécdota que me refirió mi padre y que oyó en Jerez a un coronel de la remonta de la Cartuja: Visitaba —a finales del pasado siglo— una infanta de España la *Recría y Doma* y, gran aficionada, quiso presenciar en el picadero cómo un semental cubría a una yegua. Se soltaron a la vez cuatro hermosas potrancas y una quinta cuya estampa, comparativamente con sus *rivales*, dejaba un tanto que desear. Sin embargo, fue esta última la elegida por el garañón, lo que, naturalmente, extrañó a su alteza, que inquirió del coronel los posibles motivos. Es la única que se encuentra justamente a punto para realizar el acto —contestó el jefe de la Remonta. Y, con su instinto —continuó—, el semental inmediatamente lo ha captado, ha venteado el celo. ¡Ya sabía yo que algo le faltaba al hombre! respondió la infanta.

Tomo, pues, a mi cuñada por la cintura y siento en la yema de mis dedos su carne húmeda bajo la fina blusa de seda. Me deja hacer. La acaricio suave y concienzudamente, pero ni siquiera se inmuta. Se encuentra pendiente de Curro Telera y de los arpegios de la guitarra del *Niño del Pardo*. Ha salido la luna. Adelanto la mano hacia su vientre para meterle los dedos por el cinturón y alcanzar las delicias del chocho mientras musito su nombre en voz queda.

—Puedes seguir sobándome el tiempo que quieras, que una caridad se le hace a cualquiera, pero no se te ocurra rozarme el coño que me haces cosquillas —me suelta a boca de jarro, sin dejar de seguir pendiente de los artistas. Me deja de piedra. Retiro la mano y me pongo a silbar, para disimular.

Curro Telera enlaza el último fandango con una soleá:

En un cuartito los dos.
Veneno que tú me dieras,
veneno tomaba yo.

Abandono el corro y me pierdo en la oscuridad. Descubro el tronco calcinado de una encina a la que abatió el rayo. No se puede luchar contra los elementos, lo reconozco; pero Margarita sufrirá la venganza de la humillación que me ha hecho pasar, aunque no se haya enterado nadie más que mi orgullo y mi propia estimación. Enciendo una brevita habana. Una pareja de la Guardia Civil, que hace su ronda, detiene sus caballos para oír mejor al *Telera*, que canta una serrana:

Sacan a un pez del agua
y al punto es muerto,
por verlo separado
de su elemento.

Llamo a la Benemérita para ofrecerle unos cigarros (Farias, labor peninsular, que habanos no les iba a dar, que, al fin y al cabo, son también servidores). Todo es poco lo que se haga por estos hombres, intrépidos defensores de nuestras propiedades. Me agradecen la atención con esa fría cordialidad — que suelen utilizar frente a los señores de la tierra cuya personalidad ellos tan bien conocen— que es una mezcla de timidez, de respeto y de conciencia de la falta de un vocabulario lo suficientemente expresivo para dialogar con quienes tienen —y lo saben— la sartén por el mango. Oigo ya lejana su galopada, Marisma adentro, para proseguir su vigilancia.

No puedo, ahora, borrar de mi pensamiento a Luisa, mi amor. ¿Qué estará haciendo? ¿Dormir? Eso sería lo normal a casi las dos de la madrugada. Sin embargo, con ella nunca se sabe. Es en el fondo tan niña y acostumbra —desde que no trabaja— a levantarse tan tarde como sabe que corresponde hacerlo, por derecho propio y tradición, a todas las entretenidas. O sea que, lo más probable es que se encuentre leyendo —acostada, eso sí— una revista del corazón, mientras oye bajito en el tocadiscos que le he instalado sobre la peinadora de burdel de postín, que son las que a mí me gustan, con su tapa de mármol y sus botes de crema y sus polveras y el salto de cama de satín rosa dejado caer oblicuo sobre la calzadora forrada de terciopelo barato un disco de cha-cha-cha, o una nostálgica melodía del Caribe:

¡Siboney!
Yo te quiero,
yo me muero
por tu amor...

* * *

Tercera noche. Carlos Núñez se encuentra desvelado, en vigilia de tercia, como él dice. Se sienta junto a mí, escalofriado, a la lumbre de la fogata. Llamo a Constanza, una de las muchachas de cuerpo de casa de mi servidumbre, para que nos sirva —desde un tallado cristal de Murano— unas copas de cognac. Me encanta beberlo despacio, aquí precisamente, tras haber templado la copa en el fuego que desprende un aroma de piñones y viejas resinas. Paladeamos en silencio el primer sorbo. Pese a la opinión de Carlos, que es de esos sevillanos de *¡esa puerta!* (por las del infierno que Lucifer dejó abiertas estando él dentro, ¡que allí acabará!), la temperatura es i-de-al. Compruebo la hora en mi *Cartier* de platino: las doce menos tres minutos, la de los fantasmas —los míos y los

de él. Silencio, largos silencios, tan suyos; pero como le sucede siempre, al cabo de casi un cuarto de hora y dos copas de más inicia un largo monólogo con su característica voz gangosa y aflautada de seise. ⁽¹⁰⁾ ¡Llegaron, en efecto, sus fantasmas, coño, y me los hace compartir! Durante media hora larga habla y habla y me veo obligado a sonreír por culpa de mi condenada buena crianza. Lo de siempre, claro. Me gustaría contestarle que sus historias son del Padre Coloma —junto a las de Fernán Caballero, las únicas novelas que he leído en mi vida y para muestra sobran. Terminó por cortarle en seco. En vez de empezar yo también con mis batallitas, le digo que me preocupa el viaje en el *Land Rover* de nuestras dos prójimas, la Lola —su apaño— y la Luisa —el mío. Mañana, al alba, saldrán de Sevilla y cuando nosotros entremos, triunfantes en el Real al compás de nuestros tamboriles y nuestras dulzainas, ellas se encontrarán ya plácidamente sentadas bajo el sombrero de la *casa chica* de Carlos. Tras su perorata, ha dejado de coordinar; oye sin escuchar; escucha sin oírme. Dormita arrulladito con el calor. Carlos ha tenido mucha suerte con Lola. Es una chiquita muy joven, dócil, ordenada y con un cuerpo espléndido —esos milagros de belleza que suelen nacer, para nuestro regocijo, de las clases sociales más ínfimas. Veré la manera de valerme de mis mañas para hacer cama redonda con ella y con Luisa a la vez (peligrosa experiencia pues, a lo peor, le cogen el gusto a los chuminos, que todo se puede esperar de quienes desconocen los más elementales principios morales). Con sólo pensarlo se me eriza la pelambrea, tan florida, una manta merina. Lola tiene la piel morena y los ojos verdes. Su pelo es de un negro azulado y su piel tersa y brillante. Como en la noche de la procesión de las antorchas y el rosario todo está prácticamente permitido —de saber hacer un cambio de tercio y estar en Roma y repicando— no me extrañaría que pudiera conseguirlo, entonces...

Carlos se despabila unos instantes, apura la copa de un trago

¹⁰ Niño eunuco del coro de la catedral de Sevilla. Naturalmente, ya no lo son. Véase Blanco White.

y se queda definitivamente dormido. Llamo a uno de sus criados para que le eche una manta de viaje por encima. Está más que comprobado que él —pese a alardear siempre de eso— no es un campero en el mejor sentido de la palabra. Un par de noches durmiendo al relente le harían coger una pulmonía y se lo llevaría el demonio para que se quejara, como queda dicho, hasta en el infierno de frío. Estos hombres de empresa subsidiarias del campo, que qué otras iban a ser: aceite, verbigracia —no saben valorar la campiña en su justa dimensión. Porque no se trata sólo de montar mejor o peor a caballo y venir todos los años a la romería. El campo es algo más. Ha de tomársele el pulso como yo lo hago cada día. Por ejemplo, él ni una sola vez ha aceptado mi invitación —en colaboración con el Ministerio de Agricultura— de asistir a las cacerías de patos salvajes que se organizan en las riberas de los salados lucios de Príncipe Alberto y de Reina Victoria —a tres leguas de Villa Franco del Guadalquivir y de Queipo de Llano— a pesar de encontrarse interesado financieramente en la ordenación agrícola de los nuevos regadíos y los molinos arroceros de la Isla, con los que nos quedaremos los de siempre.

* * *

La marquesa y José Julio regresan al vivaque después de haber dado un paseo nocturno a caballo. Habrán hecho el amor, sin duda. La cara de ella —la observo a la luz de la fogata— no es, sin embargo, la de una mujer plenamente satisfecha. José Julio, a pesar de no haber cumplido aún cuarenta años, es hombre de poca andadura. Llega arrebolada y con la fiesta aguada, hemos de imaginar. No quedarán así las cosas, que nunca suelen quedar. Seguro que de madrugada le tira los tejos a uno de nuestros criados para que le tranquilice las entrepiernas. La marquesa ha cumplido ya los cincuenta, pese a lo cual y si estuviera más esbelta y con las carnes más apretadas, que pitracó es ya, no me importaría aliviarle las ansias.

Experta sí que debe ser y gallina vieja hace buen caldo, pero no hay cosa que más me reviente que estas matronas en celo. Es algo que se queda para los adolescentes, los albañiles, los cargadores del muelle y los peones agrícolas. A mi hijo Diego le convenía, sin embargo, una hembra de este talante — madre y amante a la vez— que lo sacara de sus ensoñaciones.

También ella —la marquesa— necesita una copa. Lo imaginaba. Llamo a un criado para que se la sirva; pero toma con un zalamero además el noble frasco de Murano y se lo empina chulapona y procaz. Luego me da un beso en la mejilla, vuelve a montar y se pierde sola en la Marisma a pesar de ser la una de la madrugada. La luna ha incendiado su aureola. Carlos duerme ya en el corbujón. Huele a boñiga, a romero, a miel silvestre; de las charcas llega el croar de las ranas y el revoloteo de las alas negras y gelatinosas de los murciélagos, para mí siempre las inefables panarras cuyos ojos satánicos saltaba de chico y a las que luego obligaba a fumar cigarrillos —es un decir, porque así lo creíamos— cuando junto con los niños de Niebla —yo siempre el pequeño rey— nos escondíamos —a hacer la cochinería— en las simas de las fallas, al otro lado del río. Huía escapándome de la vigilancia de Ignacio, el viejo ayo, al que lograba burlar. Aún lo recuerdo con cierta emoción. Al volver de la cruzada me enteré de que había muerto en el asilo de San Benito, donde la caridad de mi familia lo recluyó. De no ser por los míos, estoy seguro de que se hubiera caído en cualquier esquina, medio ciego como estaba, o hubiera amanecido muerto una mañana en el arroyo. A pesar de su fidelidad de tantos años —lo que significa obediencia—, no pudimos quitarle su afición a la priva. Raro era el día que no se bebía un par de botellas de vino peleón, a pesar de su edad. ¡Pobre! ¡Que Dios misericordioso haya tenido piedad de él!

Paso la noche en una destemplada duermevela muy cercana al sueño, pero no logro conciliarlo seriamente. Sin saber por qué —hay años que me sucede y otros que no, yo lo achaco a la posición de las estrellas—, el Rocío me produce a la vez

que una gran alegría y un gran consuelo interior, cierta comezón y melancolía. De nada tengo que arrepentirme ni nada debo —me lo he propuesto— recordar con tristeza. *Aquello* fue quizá un pecado grave, pero confesado lo tengo y perdonado por tanto. Sabía cuáles eran los mandamientos —el quinto— y conocía la ley de Dios. Pero, en ocasiones, hay actos en la vida de un hombre que pueden justificarse porque están motivados por una ciega pasión. Después de veinte años, ningún daño me creo obligado a reparar —¡que ya lo hice en misas! La vida nos demuestra que son imprecisos los límites entre el mal y bien. Y, en ocasiones, el camino que nos lleva a Dios es el de Pablo.

Oigo entre sueños —pesadillas— lejanos galopes de caballos, frenéticos tamboriles electrizantes que convocan sombras chinescas de fantasmas que rondan mi cabeza y me roban la paz. Los ojos de un gato montés brillan fosforescentes cuando abro los párpados para decirme que sigo vivo. Asustado por el chisporroteo del fuego —o quizá por mi mirada de tigre—, da la vuelta y se pierde tras las dunas que enrojecen la luna, a la izquierda de Venus.

* * *

Esta última legua es la más hermosa del camino. El sol vuelve a caer de plano sobre el techo de nuestras carretas y sus encajes; sobre nuestros sombreros, nuestras chaquetillas cortas, los pañuelos de cabeza de nuestras mujeres y el salacot, sí, el salacot, aunque parezca imposible, de Margarita. ¡Esta zorra se cree que se encuentra en la India y es un lancero bengalí, no te *joe!* Absolutamente grotesco. Cuánto mejor no estaría con el pelo recogido en un moño alto sujeto por una cinta de terciopelo colorao y un sombrero *d'alancho* o un catite de terciopelo granate. A pesar de sus desaires continúa siendo el centro de mi atención. Su cara y su silueta —no, naturalmente, ni sus gestos ni sus ademanes— me recuerdan, y ahora caigo, que antes debí haberlo hecho, a una costurera —en

blanco— de la *Maison de blanc*, el establecimiento francés de Raphael Lavat, situado en Entrecárceles (donde estuvo preso Cervantes), en cuyos escaparates me he quedado tantas veces embelesado contemplando fajas femeninas de ballenas, ligueros, medias noches de *satín*, corsés y enaguas con sus puntillas, sus canesús y sus vainicas. La levanté por la cara — aunque, por supuesto, no olvidé decirle entre requiebros que tenía *auto*, y entre éste, mi traje de franela gris, mis crujientes zapatos a medida, mi camisa de seda cruda y mi corbata de cachemire, ¡una pintura!— una tarde de otoño en que ella iba a *entregar* (con su caja charolada, con las asas cruzadas por una cinta francesa forrada de celuloide flexible) y me la llevé a la venta Eritaña. Aún me estremezco al pensar en los pliegues y en las arrugas de su braguitas de niña, de muselina áspera, en sus labios despintados por la fuerza de mis besos, en su pudor y en las frases que pronunciaba cada vez que — chorreante— la hacía correrse como una jibia: ¡Es pecado, es pecado, es pecado! —decía torciendo los labios y poniendo los ojos en blanco bajo la caricia de mi dedo diestro mientras apretaba sus pechines a mi churra muerta—. ¡Carajo! ¿Pecado? —la consolé—. ¡Pecan sólo las señoritas! ¡No me vayas a decir que tú eres de las que haces caso de las catequistas! Era, en efecto. ¡Qué maravilla!

De regreso, pisé el acelerador de mi descapotable a fondo y en el Paseo de las Delicias, en los aledaños, estuve a punto de enviar a los infiernos a un inválido, vendedor de cupones de ciego y lotería que marchaba dándole vara a su cochecito manual. Se colgó de mi cuello y reía a la vez asustada y temblorosa de emoción. Me dijo que tenía un novio, auxiliar administrativo del Banco de Vizcaya. Hace ocho o diez meses que se han casado. Tuvo la gentileza de enviarme su participación de boda, ¡uy, la pobre!, un tarjetón satinado con su orlita y todo. Aquella misma tarde le mandé como regalo una lavadora automática (comprada a bajo precio de un desahucio que hizo mi suegro). Naturalmente, me guardé muy mucho de incluirle tarjeta. Pasé una noche deliciosa imaginando la cara de ambos haciendo conjeturas sobre la procedencia de aquel anó-

nimo obsequio —que sólo ella podría acaso sospechar. Estando sentado una tarde en un sillón de mimbre del Aero la vi pasar por la Avenida del brazo de su marido, un chisviriví. Cuando me tropiece con ella sola algún día, que se conoce que le gusta frecuentar el centro, menuda pajarilla, me acerco a saludarla y a decirle quién le envió el regalo de boda. Ello me dará seguro la oportunidad de proseguir el idilio si no es madre aún, que, de serlo, las cosas cambian. Las mujeres con niños chicos huelen a establo.

Hace un par de horas que nos hemos puesto en marcha. De nuevo el orden y la disciplina vuelven a reinar en nuestra caravana. Los alcaldes de camino se preparan a vigilar el paso de la carreta del Simpecado por el famoso vado de Quema —aguas del Guadiamar. La mar está ya próxima y a mi lengua se pega el yodo y la sal de la brisa atlántica. ¡Viva la Blanca Paloma! ¡Viva la Reina de la Marisma!

* * *

La, para mí hasta ahora desconocida, mala uva de Antonio Pérez, administrador de algunas de mis haciendas, y mi secretario de camino, al que he traído —y me arrepiento— para que me cumplimente algunas posibles diligencias, me asombra y me desconcierta. Se ha puesto a cabalgar en su caballo matalón (que rucio y no rocín debía haberle proporcionado) al lado de los civiles y, sin venir a cuento, les ha estado gastando bromas sobre *La Mano Negra* —*Sociedad de los Pobres contra los ladrones y verdugos*, se denominaban—, organización revolucionaria en la que militaran campesinos hambrientos y criadas del servicio doméstico con la que acabó el capitán Oliver de la G. C. en Jerez de la Frontera en 1882. Menos mal que los civiles, como de costumbre no entendieron ni papa y se limitaron a sonreírle sin hacer el menor caso de sus extravagancias. Sólo su eficacia profesional, su clara inteligencia para aconsejarme en las exportaciones, amén de hablar franchise e inglés, me obligan a soportar a ese sinapismo. No soy

capaz de escatimar elogios cuando alguien se los merece; sobre todo si me ayuda a hinchar la bolsa, que esa sí que es sagrada y no entiende de memeces ni ideologías. ¡Qué le vamos a vender manzanilla a los bolcheviques! —me dice—. Ponte a la labor —le contesto— que las aceitunas no distinguen la color.

Pronto olvido el incidente con la Benemérita que, por otro lado, no fue tal, porque, con la humildad y sencillez que le caracteriza, Antonio Pérez me pregunta con toda discreción si al llegar a Las Rocinas necesito dar algún recado urgente a Luisa, prestándose a llevárselo personalmente. Le doy las gracias y él me hace una reverencia con la cabeza en señal de sumisión y acatamiento. No obstante, a la primera ocasión he de amonestarlo cariñosamente. Hay clases de bromas que bien sabe él que no me gustan y no estoy dispuesto a tolerar.

Hemos dejado atrás la Cañaliega. ¿Fue esta *fontana*, como aseguran los eruditos, un canal griego que llegó a unir uno de los brazos del delta del Guadalquivir con el Odiel o simplemente, una regola de filtración marina o de aguas viejas que fuera aprovechado en la pleamar por algunos barcos de pequeño calado? Algunos científicos ingleses y alemanes —siempre queriéndoles buscar tres pies al gato, como si eso importara— que han estudiado el paso de las aves migratorias en el Coto de Doñana han realizado excavaciones arqueológicas —como la *lady* en Niebla— en el centro de la Marisma, pero no han llegado a conclusiones definitivas. Doña Elena sí que no se equivocaba jamás. Siempre tan devota, dulce y ponderada. El día de mi primera comunión me regaló un rosario de plata —*Menese*, dicha sea la verdad— y, cada vez que iba por su mansión, me obsequiaba con bombones y pastillas de goma —color violeta— inglesas, cuyo sabor aún no he olvidado. ¡Mujer extraordinaria la *lady*!

Con tantos días al sol, a las estrellas y al aire puro, Sagrario, mi bienamada esposa, parece haber recuperado su buen aspecto y su natural alegría. Si no fuera porque es mi legítima casi la desearía. Hoy se ha puesto un vestido de faralaes de talle bajo color salmón, con un mantoncillo blanco que es una

preciosidad. Se me acerca para preguntarme si me gustan sus zapatos, en los que por primera vez me fijo. Cosa fina, en efecto, de tafilete rosa. Se los ha hecho a medida —me informa— un zapatero de Isla Mayor que se ha puesto de moda y que recibe y toma medida todos los jueves en el hotel Inglaterra. Felicítalo en mi nombre —le sugiero, mientras se me ocurre la idea de darme ese día un garbeo por allí a ver si me paso por la piedra alguna niña salida que tenga el capricho de los zapatitos.

A todo el mundo le ha dado hoy por beber el doble de la cuenta. Vuelan las botellas de «La Ina». Margarita, la muy puta, chicolea con todo dios. No tiene miramiento para la familia. La encuentro enloquecida. Se ha puesto un pantalón vaquero ajustadísimo, una camisa de cuadros —divina, no lo voy a negar— y pingonea como un macho —¿lo será?— de un lado a otro, cual abeja que quisiera libar todas las flores. Hay que disculparla sin embargo. Le ha entrado a ella —también— la fiebre de los últimos metros del camino. Comienzan a cruzarse los desafíos de las *sevillanas* mariconas. También yo creo enloquecer escuchándolas:

La novia que yo tuve
era de Olvera.
Y se casó con otro
la puñetera.
Mi novio es cartujano ⁽¹¹⁾
pintor de loza,
que pinta palanganas
color de rosa.
Así lo quiero,
que pinte palanganas
color de cielo.

* * *

¹¹ Cartujano: de la fábrica de cerámica inglesa ubicada en la antigua cartuja dedicada a Nuestra Señora de las Cuevas y vendida a mister Pickman, que instaló allí su conocida fábrica de loza.

Los caramillos y los tamboriles abren ya la marcha para la llegada triunfal. Desplegadas las banderas y los estandartes, alzadas las varas en alto, relinchantes los caballos, mugientes los bueyes, en vanguardia la carreta con el Simpecado centelleante de reflejos, la Hermandad de Sevilla se encamina al Real. Las Rocinas se abren a nuestro paso con su ermita encalada, sus eucaliptos, sus blancas casas techadas de ramas de pino y de romero y las broncas voces de bienvenida de los almonteños. Tras el vasallaje a la Reina de los Cielos, nuestra Hermandad se dirigirá a su *capilla* en la plaza del Cardenal Segura —paralela a la calle Infante Isabel Alfonso y a la plaza del Comercio. ¡Viva esa Blanca Paloma, coño!

* * *

El camino ha tocado, pues, a su fin. Entre cohetes, vítores, palmas, aplausos y canciones, nuestra Hermandad ha circundado la última curva de las Rocinas y ha hecho su entrada en el Real, encendido de fervor mariano. Siento latir aprisa mi corazón cuando los bueyes de nuestro Simpecado, al pasar ante el santuario de la Virgen, se vuelven hacia las puertas abiertas de par en par —como las nobles almas— para arrodillarse como lebreles ante la Reina de la Marisma. Huele a heliotropo, a miel silvestre, a primavera, a ramas de pinos recién cortadas y a sudor de doncellas sin mancillar.

Jinete de *Maestre*, mi caballo gateado y el mejor de mi cuadra, contemplo las gradas del altar mayor ante las que se recortan las andas de plata de la Blanca Paloma. Los cirios forman una verdadera montaña de cera en el presbiterio y los exvotos y las inscripciones de gratitud se alinean a lo largo del modesto crucero de la vieja ermita que pronto vamos a convertir en basílica de altos vuelos. Los espejitos y los bordados de plata y oro que embellecen los cuernos de nuestros bueyes refractan el sol —ya casi terrible— de las dos de la tarde. El aire se puebla de pregones, de sonos de guitarras, de pañuelos tremolados, de fandangos, soleares y serranas mientras las

campanas de todas las capillas tocan a rebato.

Los vendedores de castañas y nueces —que han conservado los frutos desde el invierno bajo tierra— levantan sus tendetes de lona a la izquierda del Real y los fotógrafos ambulantes, con sus guardapolvos y sus viejas máquinas de trípode hacen su agosto. Los gitanitos del Puerto de Santa María y de Jerez, que han atravesado el Guadalquivir por la barra de Sanlúcar, siguiendo las carretas, han montado ya sus aduares. Suenan las notas de los organillos tirados por borriquillos morunos a las que se unen los pregones de los vendedores de lotería. Las Hermandades más modestas cantan *sevillanas* rodeando a sus párrocos, con los cuellos de las sotanas abiertos y un veguero entre los dientes careados: con ellos vienen sus *sobrinos* y sus *barraganas*. Las viejas de Almonte, con sus pañuelos negros a la cabeza, pregonan arropes y bolitas de anisados. Y a todos ellos se unen los alicantinos de los puestos de turrón con sus blusas levantinas, los chiringuitos de bebidas, los rayados toldos que cubren los techos de las carrozas tiradas por mulillas campanilleantes, los animales que sestean en la rala hierba que crece al borde de los tapiales, los boyeros que conducen a los pastizales sus cansados bueyes de ojos inmóviles y pacientes, y la silueta de los yugos de las carretas clavados en la tierra como arados. ¡Señor, Señor, Señor! Este milagro único de la devoción popular hace que las lágrimas me rueden por las mejillas tostadas por el sol. En voz baja, para que sólo Ella y yo lo sepamos, rezo una salve en acción de gracias a la Reina de la Marisma por haber querido que este año, una vez más, me postre ante sus pies.

Nuestra Hermandad queda ubicada en los *corrales* de su propiedad. Los criados realizan el traslado de los enseres a nuestras casas. Cada miembro de mi clan —tribu de Judá prefiero yo llamarla— toma su caballo y, cada uno por su lado, como si una corneta hubiera tocado a desbandada, se pierde al galope buscando a los amigos de Jerez, de Sanlúcar y a los hermanos de la Hermandad matriz de Almonte.

Quedo un tanto rezagado mientras los lacayos se afanan en ordenar nuestro menaje y se agitan bulliciosos para preparar

el almuerzo. Margarita ha quedado sola también, desconcertada quizá, sin acabar, al parecer, de tomarle aún el pulso a esta geografía nuestra —que fuera un día también suya, y de la que renegara— tan distinta a los afeminados campos de Francia. La contemplo de lejos sin dirigirme a ella. Prefiero no cambiarme aún de traje. Quiero antes galopar y saludar más tarde a los amigos y beber las primeras copas de vino bajo los sombrajos, los botos manchados de polvo, la camisa chorreante de sudor, arrugada la chaquetilla, los ijares de mi cabalgadura espumeantes y el barbuquejo de mi sombrero tenso sobre mi barbilla, como un garrochista de estampa antigua. Así es como me gusta llegar y quedarme un par de horas: como los legendarios romeros de Santiago y de las rutas de las advocaciones marianas de España.

Las *sevillanas*, cantadas por los maricones, surgen de todas partes y se multiplican por sí mismas a lo largo de las calles, puro arenal. Mi caballo gateado, alegre y orgulloso de llevarme sobre la silla, alza las manos postineras. Me siento joven y como recién nacido, feliz y dichoso. Saludo —como un conde lo hiciera antaño a sus vasallos— a los guardias civiles, ojo avizor, en constante vigilancia; a los almonteños que adornan sus sombreros con las plumas multicolores de sus *matagallos* y cantan alabanzas a la Blanca Paloma haciendo repicar el festivo aire de sus *cañas*, primitivo y maravilloso instrumento musical que tiene la gracia repajolera de las palmas, el ritmo de las castañuelas y la melodía de la copla; a los turroneiros; a los vendedores de lotería —que me conocen de la calle Sierpes y me contestan, adiós, señorito—; a los ciegos que pregonan sus cupones iguales mientras solicitan en silencio su curación a la Virgen, Nuestra Señora; a las adolescentes — ¡ay!— vestiditas de faraloes —todo volante y capa hasta las ingles, redonditos y respingones los culines, garzos los ojos quedones para decir que no se quedan, la canal del pecho sugerida bajo las percalinas—, e incluso a los recios mozos —tan *griegos* ellos todos, tan sumisos, de a uno gustarle el chero y estar *loca*.

He de dirigirme a la Hermandad Matriz para presentar mis

respetos a la Princesa. Allí se encontrarán ya mi mujer, mis hijos y mi *tribu* toda. Juntos realizaremos el besalamano de su alteza y, a continuación, nos encaminaremos al Santuario para encenderle a la Virgen, Nuestra Señora, las tres docenas de velas que todos los años le ofrecemos: la primera, por las intenciones particulares de la familia; la segunda, por las intenciones del Papa felizmente reinante —pero menos—; la tercera, por las de nuestro Caudillo.

La entrada oficial de mi Hermandad en las Rocinas, como la de todas, no se hará hasta esta tarde, ya caído el sol, con las campanas al vuelo y los cohetes abriendo palmeras luminosas en el cielo que de añil habrá pasado a rosa. El soportal de la Hermandad Matriz está ya abarrotado de caballistas. Se encuentra allí agrupada toda la élite de nuestra hermosa tierra; pero, incluso ante ellos, he de singularizarme. Hago levantar de manos mi caballo *Maestre* en una corbeta inverosímil y le obligo luego a hincar las rodillas en tierra en el momento en que me quito el sombrero para saludar como un mosquetero. Mi proeza, no por su exclusividad sino por su finura, arranca decenas de aplausos de blancas manos enjoyadas y tintineantes, los ojos más pendientes de mi bragueta que de mis riendas.

Las cintas rojas, naranjas, azules, moradas y verdes de las medallas votivas rodean las gargantas —de cisne— de las mujeres y, junto a los cordones de las de los hombres, morenos y sinuosos como árabes, forman un arco iris alrededor de la Infanta española. En un charré verde negro y oro —como una montera torera— se acercan los cantaores de la fama —los cuatro Niños de Coria, ¡jele!— y con los brazos abiertos como tenores, las manos extendidas, cantan a coro, acompañados por nuestras palmas y la guitarra del *Niño del Pardo*, la más bella —para mí— de todas las *sevillanas* rocieras:

... de Sevilla la alegría
y de Triana el orgullo,
que hasta los grandes de España
son ya los hermanos tuyos.

Son las seis de la tarde, pero el sol continúa victorioso cayendo sobre el Real. La Hermandad Matriz, con sus varas, sus insignias, sus sacerdotes y las autoridades de las tres provincias —Sevilla, Cádiz y Huelva— contemplan, desde la puerta abierta del Santuario, el desfile o cabalgata de la entrada oficial de las Hermandades. Ahora ya es todo distinto. No valen el sudor ni la fatiga, ni el polvo ni el cansancio. Es preciso pasar ante la ermita limpios, inmaculados, tal como salimos de Sevilla. Las ruedas de las carretas de los Simpecados han sido de nuevo enjalbegadas. Los vestidos de volantes, reservados exprofeso para la ocasión, conservan intactos sus puntillas rizadas y sus pliegues almidonados. Huele a incienso, a agua de colonia alemana, a cigarrillos ingleses, a solera jerezana, a alhucema y a caramelo de menta —para matar los malos alientos alcohólicos. Cada vez que un nuevo Simpecado llega delante de la puerta del Santuario, una banda de cornetas y tambores interpreta la Marcha Real. Al llegar el turno al nuestro, los bueyes vuelven a hincar sus rodillas, azuzados por la aguijada de nuestro boyero mayor. Los vivas a Sevilla se suceden trémulos, desbordantes de entusiasmo. ¡El acabóse!

Margarita no ha querido pasar a caballo delante de la Virgen. La verdad es que tampoco tenía ropa a propósito para ello; aunque Sagrario o María del Rocío le podían haber dejado uno de sus muchos vestidos. Oculta por la cortina de encaje de una carreta para lograr buenos contraluces, continúa con la cámara cinematográfica sobre el hombro rodando metros y metros de película sin perderse ni un solo detalle. ¡Lástima que me vea obligado a velarle todos los carretes! ¡Qué le vamos a hacer! Esta censura mía a hurtadillas y sin llamar la atención ni enfrentarme a ella es el único camino viable para impedir que en el extranjero sean mal interpretadas nuestras tradiciones populares, sirviendo de propaganda subversiva. Con todos mis respetos para el pontífice reinante —pero menos, ni lo nombro—, la encíclica *Mater et Magister* es inadmisibles. No sé si a la muerte de este Papa —seguro que no— la voz popular querrá dedicarle unas *sevillanas* como a Pío XII:

El Papa dijo al morí,
qué suerte tengo, Dios mío,
porque me llevan al cielo,
con la Virgen del Rocío.
¡Lo digo con muchas ganas
porque he visto el Simpecado
de la Hermandad de Triana!

Sevillanas que, precisamente en estos momentos, cantan fervorosos los hermanos de Triana —nuestra rival— más anti-gua, pero con menos clase que la nuestra. Que cómo se van a comparar los menestrales y los ceramistas, los quincalleros y los ferreteros con nosotros, los señores.

* * *

Parece imposible que durante tantas horas mi atención haya estado exclusivamente dedicada a la Blanca Paloma y no me haya acordado ni por pienso de Luisa, de *mi s entrañas*. Pero así fue y así son las cosas del *queré*. Hay más días que ollas. Vuelvo a salir al Real, acompañado de Carlos, que tampoco ha reparado en que trajo a su prójima. Han encendido ya las candilejas de aceite y los petromax y carburos de los chiringuitos y de los tenderetes. Carlos ha cambiado su sombrero de color gris perla —de hace un momento, ¡qué exageración!— por uno negro, de copa mucho más alta y alas más estrechas que parece arrancado de un grabado de *La Lidia* y que se ha mandado hacer expresamente por habérselo visto el pasado año al príncipe don Pedro de Orleans. No cabe duda de que es un sombrero de gran efecto por la novedad que representa su exhumación. Con estos sombreros, que sólo se veían ya en las viejas portadas de *La Esfera*, enmarcadas en peñas taurinas y en barberías de barrio, pasará como con los pantalones de talle alto. Basta que hace unos años unos aristócratas ingleses lo trajeran al Rocío por snobismo para que todos hayamos vuelto a utilizarlo. Encargué media docena de ellos a

mi sastre: dos grises con rayas de tipo clásico, dos sin rayas, uno beige oscuro y otro negro con rayas muy poco marcadas. Hoy ninguno de nosotros lo cambiaría ya por el de talle corto: aprietan la cintura, disimulan el estómago y dibujan mucho mejor la silueta pinturera. Pronostico a los viejos sombreros de uveros la misma buena suerte. Lo ideal sería darle al Rocío todo el evocador aire romántico del siglo pasado y, siguiendo por este camino de renovación progresiva de nuestra indumentaria, lo lograremos.

Con esta facilidad que caracterizan mis cambios de ánimo y de humor, vuelvo a sentirme en mi papel marchoso de amante —pagano, es cierto, pero amante al fin— de Luisa. Tanto ella como Lola deben estar cabreadísimas —que no es precisamente orgullo lo que les falta en esta tierra a los pobres— creyéndose las legítimas, no te *joe*; pero así son y así hay que aceptarlas. No hay más devotas beatas —en la vejez— que las putas *arrepentías* —dice el refrán con razón—, que conocido he viejas meretrices de casa *La Madrid* que matrimonia-ron con nobles —una debilidad de la aristocracia ésa de llevar al altar (de la Virgen de los Reyes, de ser posible) a las fulanas de postín —que en eso sí que nos parecemos a los franceses—. Decía —al revés que las galas— que estas putas nuestras, tras las bendiciones, se visten de negro, se ponen la blonda de encaje sobre los ojos, tan negrísimos, se buscan un confesor —joven y ambicioso padre espiritual, de la *Orden* de ser posible— que les asesore y aconseje en cosas de iglesia que ignoran —triduos, manifiestos y novenarios—, hacen una manda y pagan sus diezmos, regulan sus fornicaciones para no tener hijos, y el patrimonio —e incluso los títulos—, acaban en manos de sus sobrinos, convirtiendo su plebeyez en una sola generación en Grandes de España de ser posible. Mueren como santas —y a más de una canonizó Roma—, su recuerdo perdura en una bóveda de panteón de capilla rural, donde gustan de ser enterradas, y su suerte sirve de ejemplo al pueblo que ve en ellas la única posibilidad no sólo de convertirse en ricos sino —y esto es lo importante— en honorables. ¡Entre putas finas y toreros de renombre anda el juego

en estas tierras! Rejuvenecen la decadencia de la sangre y las anima a insospechados proyectos que no hubieran sido jamás capaces de llevar a cabo la rama legítima de condes y marqueses y en veinticinco años adquieren una distinción natural y unos refinamientos que asombran a los mismos ingleses. Pero no, no es este mi caso. A la Luisa le doy vara y no la dejo trepar, por la leche que mamé.

Cabreadísimas, sí, y con razón, por nuestro despego; pero la noche abre ya de par en par sus puertas de posibilidades sin cuento; de manera que como Carlos Núñez me dice que se encuentra sin ánimos de ver a Lola —por el escándalo que es capaz de organizarle por haberle dado plantón y no haber ido siquiera a saludarla— seré yo el que les haga una visita a ambas y quién sabe si, con un poco de suerte, soy capaz de meterlas en la cama a las dos.

Este Carlos de mis culpas y de mis pecados se ha vuelto un tronado. De nuevo —mientras cabalgamos solos— intenta proseguir contándome sus batallas. Para el carro, compañero, le digo, que ya está bien, coño. ¿Es que no tienes otra cosa de qué hablar? Se calla como un muerto. Qué perecedera es nuestra raza —pienso contemplando su perfil de lechuzo—; qué vejez más prematura la nuestra —la suya, que yo me siento aún con fuerzas para desflorar en una noche seis virginitos. Lo encuentro acabado, pese a su delgadez. Su cara mantiene un rictus de mascarilla mortuoria, inequívoca señal de nuestras estirpes cuando tiran la esponja.

—Hazte hermano de la Santa Caridad —le digo.

—Lo soy —me contesta.

—Si Mañara (¹²) resucitara, te haría su sucesor en la administración del Hospital.

—¡Pues no me importaría!

—Lo sé, Carlos, lo sé. Sucede que tu puesto no está entre los vivos sino entre los muertos. Y Valdés Leal te hubiera elegido

¹² Miguel de Mañara, fundador del Hospital de la Caridad de Sevilla, del que quizá Tirso y Zorilla se inspiraran para la creación de su Don Juan.

de modelo para su cuadro de *Las postrimerías*.

Volvemos a poner los caballos al galope. Bajo el reflejo lunar, nuestras herraduras levantan una estela de polvo de plata. En los sombrajos, tendidos bajo las lonas o apoyados en los eucaliptos, cientos de jóvenes parejas hacen el amor. Llega hasta nosotros la cadencia —furtiva— de la letra de unas soleares.

¡Me faltaron los testigo!
¡Señó [juez] yo no la he robao,
ella se vino conmigo!

* * *

«... Una larga calzada orillada de esfinges lleva a los romeros hasta el sagrado recinto de Karnach, y, al llegar a él, se diseminan por las distintas capillas destinadas al culto. Entre estatuas y obelisco, los peregrinos realizan las ceremonias de los servicios religiosos a Amón Ra. Sólo el faraón y sus sacerdotes pueden contemplar a la divinidad en el mismo tabernáculo. Los iniciados ocupan los pórticos y las terrazas. Al pueblo llano le está absolutamente prohibida la entrada en el templo.

Sacrificios de animales, brillantes cabalgatas por el curso del Nilo y coloristas ceremonias de la lucha del sol con las tinieblas constituyen los principales motivos de la romería. Ante el altar, donde se sacrifican las reses, se danza y canta al compás de flautas y tamboriles. Los remeros de las embarcaciones, armados de largos bastones, se defienden de los guardianes, decididos a cualquier precio a impedirles la entrada en el templo. La divinidad es llevada a hombros, en triunfales y recamadas andas de plata, para dar la vuelta a la explanada, rodeada del fervor popular ...»

Ésta es, poco más o menos, la anticipada visión que de la procesión de las antorchas tiene escrita mi cuñada Margarita en su diario —*carnet* dice en las pastas de tafiote ¡rojo! He

aquí cómo ella, que hace tres años era una devota hija de María educada en las Esclavas Concepcionistas, ha llegado a perder la fe de sus mayores hasta el punto de pretender —según adivino— sonorizar la película sobre nuestra Romería basada —voz en *off*— en una transposición cronológica del antiguo Egipto. Por lo visto piensa que con esta luminosa idea va a deslumbrar, por su originalidad, al público, siempre predispuesto a hacernos la puñeta, de los cine-clubs de medio mundo. Continúa, la muy bellaca, escribiendo:

«... En Grecia no son sólo los sacerdotes los facultados para transmitir al pueblo la voluntad de los dioses. En Atenas comienza la vía sagrada que termina en la gran acrópolis con el culto de Ática. El paisaje es singularmente pintoresco: unas dunas arenosas cercanas al mar y un fondo verde y plata de antiguos bosques. Ya están los romeros en los propileos de columnas sobre gradas y, por una inmensa puerta, entran en el recinto sagrado. Admiran en primer lugar el templo de la Victoria sin alas y la linterna de Lisícrates. Luego el Erecteion —monumento del mayor interés para los devotos griegos— encierra la estatua de Minerva, traída de Troya; la roca herida por el tridente de Poseidón, el pórtico de las Cariátides con el olivo que Minerva hizo brotar, y las inscripciones que son inventario de ofrendas de los peregrinos y detallada relación de los vencedores de los Juegos Olímpicos.»

El resto se halla escrito en francés y, por supuesto, no entiendo nada; que si hay alguien que aborrezca los idiomas foráneos somos nosotros, chocho, que si no leemos ni los periódicos íbamos a aprender francés, por los cojones; ni *inglis* tampoco, claro, ni siquiera alemán; ya veis a Carlos Núñez, que estuvo en la División Azul —mes y medio, que antes de llegar al frente se dio de baja por estrecho de pecho— y permaneció en los campamentos germanos aprendiendo el orden abierto, que él del cerrado no pasara en la Cruzada, para qué, enchufado como estaba en los servicios de información.

Solo ahora, en la alcoba —que comparte con mi hija María del Rocío— vacía de mi casa de la calle Virgen de Fátima, esquinita casi a Plaza Menor, curioseando en sus secretos e intimi-

dades, no ya en su diario sino en todo lo suyo, por el mero hecho de pertenecerle me tienta y me fascina. El cuarto, enjalbegado, modesto como el portal de Belén: dos camitas, una mesilla de noche, una peinadora, todo de almoneda, comprado a bajo precio, que la humildad lleva aparejada la economía y para qué lujos; somos tan tradicionalistas en esto —cuando podemos— de gastar lo menos posible en nuestro ajuar de campo como lo eran nuestros tatarabuelos los árabes. Su cuarto, digo, pese a su ausencia, tiene un perfume especial, su aroma entreverado de sudores ardientes que me enervan. Antes de encontrar su diario he acariciado toda su ropa interior y sus pantalones de montar sucios y manchados de polvo del camino que no ha consentido —me dice Sagrario— que ninguna de nuestras sirvientas le lave; sus pañuelos de seda, sus blusas, sus sujetadores, los calcetines blancos de lana con cenefa azul que utiliza bajo las botas y, ¡oh, Marga!, el pasadorcito de carey con que sostienes, junto a la raya, la mata —de yerbabuena— de tus cabellos castaños.

Vuelvo a guardar el diario en su *necesaire* porque aunque lo hiciera desaparecer o lo partiera en mil pedazos y, luego, lo quemara —como se debe hacer con todo libro, menos los de misa y los de contabilidad— no conseguiría nada, sino su sospecha de haberlo descubierto. Son los carretes de película los que me interesan, para abrir las cajas y velarlos: pero no aparecen por ningún lado. ¿Cómo es posible esta diabólica interpretación de la Romería a la que ella ha llegado?

* * *

Son las nueve y media de la mañana. Acabo de regresar al hogar después de haber pasado la noche junto a Luisa —a la que he hecho horrores para desquitarme de mis días de abstinencia, que todo hay que decirlo. A primera hora, Carlos, Lola, Luisa y yo hemos bebido con moderación. Contrariamente a lo que imaginaba, Lola y Carlos se enlazaron del talle, como dos tórtolos (como una tórtola y un lechuzo, quiero decir) y salieron

al aire libre para buscar entre los eucaliptos un sitio apropiado donde hacer el amor —a la francesa, como a él le gusta— a la luz de las estrellas. También Luisa y yo hemos gozado fuera de las cuatro paredes, pero en el corral, que es un sitio tranquilo, y, por primera vez, sin duda por el hecho de encontrarme en estos predios, sus labios me han hecho recordar otros labios adolescentes —carnosos y pimpantes como los de una esclava etíope— que hace ya muchos años se comieran la tierra y a los que logré domeñar tras una hora de lucha. Pero aquella efeméride —no por dolorosa menos inevitable— está ya olvidada para siempre, y perdonada.

Mi familia duerme aún, exceptuando a mi hija Rocío, que ha salido a caballo con José María Molina, a Diego, con los cachorros de la mejor gente de Jerez, y a Margarita, a cuestras con su inseparable cámara tomavistas. Subo al sobrado y me arrojo vestido sobre la cama —aún deshecha— de la alcoba de Marga, que aún guarda el perfume de su cuerpo entre las sábanas de tiras bordadas, eso sí, que para la ropa blanca de cama nuestra clase suele ser muy puntillosa, al contrario que para el mobiliario de campo y el menaje.

Sí, anoche los labios de Luisa me han producido la misma sensación agridulce de hace veinte años —¡Veinte años ya, Dios, veinte años! Yo a aquella niña negra la había visto ya en el camino. Adelantó a nuestra caravana sentada en una sillita de enea al lado de otras furcias, sobre la batea del viejo y chirriante camioncito, movido por gas pobre, adornado de guirnaldas y de flores de papel manila de colores y colgado de farolillos verbeneros. Hinqué las espuelas en los ijares de mi caballo —Ciano se llamaba, como el conde italiano porque tenía mala boca— y subí el repecho de la carretera de Hinojos antes que el camión. Allí esperé para verla de nuevo y quedarme de ella prendado. Tocaba las palmas con desgana. Aunque en muchas ocasiones quise haber probado esos exóticos bocados de las negritas de Palos, de Niebla o de Gibraltón —todas ellas, al parecer, de la misma tribu o familia—, nunca se me había presentado la ocasión. Negra, negrita —como la del ron—, y, por añadidura, puta. Me sentí feliz sa-

biendo que una madrugada, en las Rocinas, la gozaría. ¡Y cómo!

De nuevo me llega a la boca el sabor de sus labios cerrados a cal y canto, como una almeja acosada por un pulpo para evitar mis besos, y el brillo feroz y antiguo de sus ojos de hiena acorralada. Inesperadamente, se abre la puerta y aparece Margarita que, encontrándome armado, me mira desdeñosamente como si —yo— fuera un lobo o una alimaña de la montanera y no un hombre que sería capaz de cometer la mayor locura —y la mayor estupidez, como la que hago— por tal de sentirla estremecida entre mis brazos. Vete —me ordena. Y salgo de su alcoba sin decir nada, un tanto abochornado por haber sido cogido in fraganti en el pecado solitario.

Bajo el cañizo, encuentro reunido a un grupo de buenos amigos a los que Sagrario, la marquesa y la mujer de Carlos comienzan a hacer los honores de la casa. Los criados sacan al soportal grandes cañeras de latón bruñido llenas de cañas de manzanilla. El tamboril y el silbo suenan cercanos, en la esquinita de la calle. Sin saber cómo ni por qué —como de costumbre— me siento deprimido. Saludo, entro en el zaguán, bajo a la pequeña bodega y me bebo de un golpe media botella de güisqui. Reconfortado, aparezco de nuevo bajo el sombrero ante el que se ha formado ya un corro en medio del cual comienzan a bailarse *sevillanas*. Sagrario se cuelga de mi brazo y me mira feliz y enternecida. ¡Qué haría sin ella! Tengo ganas de llorar. No lo hago porque, por suerte, la letra que ahora cantan me devuelve mi archisabida mala leche:

Cómo quieres que vaya, Ave María,
de noche a verte.
Si le temo a tu padre
más que a la muerte.
Yo qué quisiera, Ave María,
yo qué quisiera,
que se fuera a Alemania, Ave María,
y no volviera.

Tras la siesta —que faltar no nos puede ni debe, que la dormimos hasta en los más duros inviernos, con escarcha en los parterres del parque de María Luisa y carámbanos en los baños de los suburbios de chabolas que circundan nuestras ciudades, como debe ser; largas siestas de un par de horas, por lo menos, para reparar fuerzas y sentirnos, ya el sol puesto, con nuestro característico talante de tardecita provinciana, una maravilla, para salir a la calle y recomenzar nuestro duro trajinar de chalanes: que si compro, que si vendo, que si cambio, que si permuta; que los naipes, que la querida, que si el sastre, que si el cabildo de la Hermandad de penitencia, que si la ruina que se está buscando tal o cual por mor de invertir fuera del campo y las inmobiliarias y arriesgarse con los polígonos industriales, que no se han dado cuenta los muy primos de que el gobierno los ha creado para que especulemos con ellos tras habernos embolsado los consiguientes créditos y no para convertir nuestra amada ciudad en un Manchester cualquiera. ¡No te joe!

Tras la siesta, repito —que ya se me iba lo que pensaba decir—, aprovechando las dos horas que aún faltan para la cena de fraternidad de la Hermandad, salimos a comprar medallas, cintas, estampas y recuerdos. Entramos en la tienda abarrotada de velas rizadas; de flores de talco; de estampas iluminadas de la Virgen vestida de pastora; de grandes escarapelas de seda verdes, rojas, azules, moradas; de rosarios; de botellas de agua del pozo milagroso; de imágenes de cerámica pintadas a mano o de plástico fosforescente. Nos cuesta alcanzar el largo mostrador donde los fieles se apiñan y gritan y enarbolan en el aire sus dineros. Los dependientes de la Hermandad Matriz —que tiene la exclusiva— se esfuerzan en atender raudos a la primera fila de clientes para continuar luego por la segunda y proseguir con la tercera y evitar el desorden —como si evitar se pudiera. Luchamos con más ímpetu que nadie abriéndonos paso con los codos entre los pelentriños —a los que no debía permitirseles la entrada; que no soporto a los pelaos— y logramos situarnos ante el mostrador. Como todos los años, compro algunas botellas de agua mila-

grosa —tan buena para limpiar el riñón como para alejar a los demonios—, unas flores de talco y algunas docenas de cintas —con la imagen de la Virgen estampada y una leyenda mariana— para enviar como felicitaciones de Navidad a mis clientes —de las aceitunas de verdeo— ingleses y norteamericanos. La marquesa se convertirá en una pila viviente de agua bendita, de las muchas botellas que se lleva. Dicen que las utiliza para purificar sus partes tras sus devaneos. No me extraña; que es tan ignorante como cierta duquesa y no sabe que está cometiendo un sacrilegio. Sagrario y la mujer de Carlos hacen en cambio un buen acopio de rosarios, no sé con qué fines: son, desde luego, regalos baratos que siempre imponen una deuda de gratitud al que los recibe. Sólo Antonio Pérez, mi secretario, rehúsa adquirir recuerdos de tipo religioso y se limita a comprar un par de sombreros de palma bien lindos que imitan los antiguos cubrecabezas de las pastoras de la Marisma y se encuentran adornados con las vistosas plumas de colores de los matapollos —que de pollos muertos efectivamente son— y algunas cintas verde esperanza sin ninguna leyenda. Antonio Pérez, a pesar de sus indiscutibles cualidades que tan útiles me son, sigue para mí resultando un enigma que cada día me cuesta más trabajo descifrar, porque se me escurre como una lapa. Siguiendo su ejemplo, Margarita adquiere también hasta media docena de sombreros pastores. Se toca con uno la cabeza, guiña un ojo a Pérez en un gesto de no sé qué tipo de complicidad puede encerrar y le dice que son magníficos trofeos guerreros que decorarán la habitación española de su piso de París. ¿Trofeos guerreros? ¿Qué querrá decir? ¿Cómo interpreta esta niña las tradiciones populares? No acabo de entenderla porque cada vez me sale con una nueva que me desconcierta hasta límites de complejo, yo que no tengo ninguno. Estoy por decirle que he leído su diario; pero, la verdad, no me atrevo a coger ese toro por los cuernos. Yo creo que le interesa todo sólo en tanto que desacredite la realidad española. Cuando salimos de la tienda, me quedo rezagado con Sagrario y, los dos juntos, del brazo —lo cual me jode, pero qué le voy a hacer—, despacito y sin prisas —como cuando nos casamos, ella pura doncella de

ojos garzos, tan dulce, y yo, aunque corrido, jesuítico y galante como un San Luis Gonzaga— nos encaminamos a casa para tomar las copas vespertinas, como si hubiéramos dejado de tomarlas a lo largo de la noche y el día.

Las medallas votivas y las cintas de seda me traen inevitablemente el recuerdo de aquellas otras de la bandera roja y gualda que en los años de la funesta II República Española vendía clandestinamente —a las auténticas familias carcas— la Hermandad Matriz. Evoco, como si lo estuviera viviendo en estos instantes, aquella ancha escarapela de seda natural que sostenía una barroca medalla de plata que me llevó como regalo mi padre el año treinta y dos, el mismo de la frustrada sublevación del general Sanjurjo en Sevilla, (¹³) año que no asistí a la Romería por estar operado de amígdalas y que colgó de la cabecera de mi cama como acto de desagravio, dijo. Al día siguiente, el médico de cabecera de casa, recién casado con la marquesa de equis (¹⁴) que fue a hacerme una visita —ya que aún guardaba cama—, me gastó la broma de que si quisiera podría denunciarme y meterme en la cárcel. Supe más tarde —después del 10 de agosto— que los planes secretos de la insurrección armada se realizaron precisamente aquí, en estas arenas de la Marisma, durante la Romería, y que mi familia y el médico estaban comprometidos en la sublevación. Verdaderamente el lugar es el más adecuado y menos sospechoso para llevar a cabo una reunión política clandestina, y en cuenta debíamos tenerlo. Tomó nota para decírselo al gobernador, por si las moscas.

* * *

Margarita sale de casa con una cámara fotográfica y un flash que sustituirán, por las trazas, al tomavistas. Bajo la luz del petromax del sombrero, se sienta en el suelo, con las piernas

¹³ En efecto, en el Rocío se gestó la sublevación.

¹⁴ El autor oculta, evidentemente, el nombre de un personaje real.

cruzadas como un Buda, y toma notas en su diario tras colocarse unas gafas de carey con un ribete violeta, como una puntilla de liguero, que le dan un gracioso aire de colegiala norteamericana y que hasta ahora no había, al menos en mi presencia, utilizado. Tocada con el sombrero de palma flameado de matapollos con sus plumas y sus laminillas de talco celestes y rosas, se halla tan ensimismada en sus apuntes que no advierte —ni parece importarle— que nuestro grupo, a mis órdenes, se encuentre ya preparado y listo para salir. Cuando Sagrario le da una voz —que la asombra— y comienza a reñirle cariñosamente por su distracción, se quita las gafas, tensa las piernas que modelan la curva divina de sus muslos enfundados en los tejanos, se incorpora en un salto felino tras cerrar y guardar con siete llaves en la leonera de su enorme bolso de piel de gamuza el maldito diario, ajustar un carrete a su cámara y colocar el flash para dejarnos sorprendidos una vez más con otra de las suyas: que no asistirá a la cena y que se marcha a cazar imágenes. Fantasmas es lo que vas tú a cazar, zorra. O, quién sabe, si a conspirar, que todo puede esperarse de ella, como de nosotros entonces. Sucede que —hay antecedentes— las conspiraciones marismeñas no suelen prosperar.

* * *

Comemos al aire libre, los manteles sobre la grama, mientras las dulzainas y los tamboriles amenizan la cena, una hermosa estampa verdaderamente medieval. Corren las botas serranas llenas de vino de Bollullos Par (del condado de Niebla, para ser más preciso). Es agradable, de tarde en tarde claro es, degustar un gazpacho campero, un potaje gitano y comer con las manos una tajada de cabrito, y cortar una rebanada de pan prieto y fumar un cigarrillo hecho a mano de cuarterón gibraltareño y limpiarse los dedos en la hierba y sentirnos un poco fuera de nuestra esfera —tan cerrada como nuestras mansiones en verano, con las persianas de esterones en los balco-

nes y la vela —el toldo— cubriendo las cuadrículas de nuestros patios enlosados de mármol— y alternar (es un decir) con los empleadillos de la administración que alquilan un caballo matalón para lucirse en la Romería, y los menestrales que ahora, junto a nosotros, recibiendo nuestro halo de elegancia y de distinción, se les ensancha el corazón viéndonos comer a la pata la llana, fumar su tabaco y beber de su vino. No cabe la menor duda que esta comida de fraternidad es socialmente muy interesante para limar asperezas y aplacar resentimientos. Se crean vínculos —mercantiles—, se airean nostalgias que nos son comunes y, en definitiva, esta gran familia que formamos —cuando nos conviene— sabemos unos apearnos (con una sola pierna) de nuestro pedestal y a otros permitirlos encumbrarse un poquito para hacerles creer ¡a los pobres! que se encuentran a nuestra misma altura. A los postres y hasta los huevos ya de confraternizar, me levanto y grito, abiertos los brazos como un misionero dominico en un púlpito: ¡Viva esa Blanca Paloma! Y cien voces a un tiempo repiten mil veces: ¡Vi...vá!

* * *

Esta noche, Señor, la misma luna, la epacta de veinte años atrás, áurea y ciclo cumplidos. La misma claridad y las mismas estrellas, más que vistas presentidas, adivinadas tras los cúmulos altos y los delgados filamentos de estratos que manchan este cielo la madrugada de Pentecostés. ¡Esta noche, Señor, una amarga historia para mí solo, para Ti y para Ella, tu divina Madre, la Virgen Nuestra Señora! Solos los tres y, también aquel viejecito, el párroco del pueblo perdido de la sierra con el que fui a confesarme. Si durante el camino, y ni ayer ni hoy, nada me ha intranquilizado la conciencia, ahora es distinto, no puedo dominar ya mis nervios.

Cuando los cohetes abrieron sus palmeras multicolores, nuestra Hermandad, tras su Simpecado, se puso en marcha hacia la ermita. El altar mayor refulgía como un ascua encendida,

como una custodia. Dio comienzo el rosario de las antorchas. Empezamos a caminar desde el Santuario hacia el sotillo con nuestros varaes de plata, nuestras insignias, nuestros estandartes, nuestras teas chisporroteantes, nuestros cirios, velas y bengalas. ¡Cómo vibraban los corazones!

Aquella noche, como ésta, también portaba un varal y, como ésta era también, casualmente, el último de la fila. Me parece ver de nuevo a la negrita del ron, como aquella noche, contemplar en silencio fascinada nuestro desfile con un mantoncillo rojo cubriéndose los hombros al lado de sus compañeras, bordes y pintarrajeadas, y a la vieja ama, un escarque, vestida con un hábito del Carmen, pastoreándolas. ¡Señor, Señor!

Bajo el crespón del mantoncito flecudo se ajustaba a su cuerpo un vestido de lunares, alquilado sin duda para la ocasión, como sus zarcillos, sus pulseras y sus collares. Le clavé los ojos al pasar —dardo emponzoñado— más que con deseo propiamente dicho con furia y con temor a la vez, como presintiendo algo nebuloso y fatal de inevitable tragedia que me uniría a ella para siempre. Porque tras aquellos ojos —los suyos— se encontraron la muralla dorada, los álamos plateados, el puente romano, el río rojo, las gavillas de la campilla, los olivares mecidos por la brisa; toda la dicha perdida de los años de mi infancia frustrada. Proseguí el orden de la procesión, tal como hago ahora, contestando cada padrenuestro, cada avemaría, cada ora pro nobis; pero llegó un momento en que no pude contenerme. Abandonando la fila, subrepticamente como lo hacía en mi colegio mientras cruzábamos la esquinita del patio de columnas de mármol blanco y cabezas de apóstoles y de santos coronando los ángulos de los arcos, bajo el cenador, escapé hacia los desiertos corrales caballares para, sin la ayuda de nadie, ensillar mi yegua colina y volver caballero al Real. Aún seguía ella allí, en el mismo sitio, contemplando embelesada el desfile, la mirada perdida, como ausente. Descabalgué y me acerqué por detrás a ella. Y el momento resultó propicio porque, como si le hubieran dicho que la esperaba, se despegó del grupo tras unas palabras al oído del ama y se perdió en la oscuridad, a hacer aguas, he

de suponer, que estaría reventando.

Epacta de veinte años justamente, el mismo ciclo lunar, pero no había entonces ninguna luz, fuera de la de las antorchas. ¡Quién podía haber pensado entonces que el *Comando Aéreo Estratégico* norteamericano —humillados aquel año los Estados Unidos en todos los frentes y victoriosos nuestros naturales aliados germanos— podrían, al cabo de cuatro lustros, poner sus centrales portátiles a nuestra disposición para iluminar con sus potentes reflectores el Real! ¡Cuántas vueltas da la vida! Por eso a nuestra clase le es imprescindible nadar y guardar la ropa, como ha sido siempre tradicional en esta tierra en general y en nosotros en particular para terminar ganándonos invariablemente la voluntad de los invasores, comprada a cambio de nuestra requetepajolera gracia.

Sólo el destello de las bengalas y de las lamparillas de aceite de los velones y las lenguas amarillas de los cirios. Volví a montar mi yegua. Su silueta, en cuclillas, se precisaba en el contraluz tras el tronco de un eucalipto, de este mismo árbol bajo cuyas ramas ahora paso y que veinte años han convertido en un gigante. Corté riendas, templé el paso, acaricié a mi colina las crines para que no la cogiera desprevenida el brusco cambio al que la obligaría a someterse. Piqué a continuación espuelas y pasé a su lado como una exhalación. Todo fue tan rápido e imprevisto que no le dio siquiera tiempo a gritar que, aunque lo hubiera hecho, ahogado resultaría antes de nacer su grito por mi pericia y la salmodia de la letanía de Nuestra Señora. Sujeta por mis brazos, fuertes como el acero, la sostuve con fuerza y, al ver que intentaba arrojarse en marcha le golpeé la nuca hasta dejarla inerte. No sé exactamente el tiempo que galopamos. Dejé atrás los eucaliptos, los abedules y los pinares de la mancha forestal. Cuando me detuve, volvía en sí lentamente, pero yo la ahogaba ya con mis besos buscando la fuente de su vida. Vi de nuevo brillar sus pupilas de animal herido, pero no pronunció una sola palabra. Aún hoy daría la mitad de mi hacienda —pero menos— por conocer el timbre de su voz. Luchó conmigo revolcándose en la arenisca salpicada de agujas de pino, como no lo hubiera he-

cho un hombre, con el vestido desgarrado, casi desnuda ya. Logré domeñarla finalmente con un golpe seco sobre la sien. No recuerdo cuántas veces llegué a gozarla una y otra vez, incansable, como si jamás antes en mi vida hubiera tenido en los brazos a una mujer. Agotado, me tendí luego junto a ella jadeante, trémulo. Y fue entonces cuando descubrí que acababa de despertar de un largo sueño en el que había quedado atrapado no sabía cuándo. Al intentar acariciarla una vez más —ya sólo con ternura— advertí ¿horrorizado? que se encontraba yerta y que sus piernas y sus brazos habían iniciado ya la inconfundible rigidez de la muerte.

Tercer Misterio: la venida del Espíritu Santo sobre el Sagrado Colegio Apostólico. En mis manos de azogue tiembla el varal de plata, el mismo que dejara apoyado sobre el pesebre de los corrales cuando ensillé mi yegua aquella noche en la que no latía ya ni su pulso ni su corazón. Una inexplicable furia se adueñó de todo mi ser. Durante unos instantes pensé abandonarla allí, sobre la arenisca del calvero para que fuera pasto de los buitres. Y pasto acabaría siendo, no obstante, porque —a lo berberisco— arrastré su cuerpo desnudo atado a la silla de mi yegua y la abandoné en lo más profundo del bosque, donde no lograrían hallarla ni los carboneros furtivos.

Cuando regresé a los corrales advertí que mi traje se encontraba también desgarrado. Até la yegua a su anilla y desensillé. Tomando el varal de plata entré en mi casa por la puerta trasera. Tras quemar la ropa en el fogón, me lavé, restañé los arañones de mi cara, me volví a vestir un nuevo traje corto antes de incorporarme a la procesión que tocaba a su fin, el alba ya casi asomando por las espadañas de un oriente de *púrpura encendida*: *Yo sé que nunca besaré tu boca, tu boca de...* ¡La había besado!

Nuestra Hermandad, al llegar al Lentisquillo, sigue el curso de la calle Isabel Alfonso para entrar en su capilla por la puerta de la plaza del Comercio. También hoy la procesión de las antorchas y la corona del rosario ha tocado a su fin. Pero ¿quién duerme? Porque esta noche es la gran noche del Rocio que, tradicionalmente, se pasa en vela. Ahora según ha-

bíamos concertado, todos a casa de Carlos, a beber aguar-diente *miteao* hasta perder el sentido de ser preciso. No pue-do ocuparme de Luisa, ni de Lola a pesar de mis intenciones. Carlos se encuentra hecho un brazo de mar dando parabie-nes, recibéndolos, estrechando manos, o besándolas. Podía volar, sí. ¿Quién iba a advertir mi ausencia con este verdadero desmadre de café de pucherete que sirven, con estos calenti-tos (churros) que traen en ruedas hirvientes; con estos buñue-los que aparecen en bandejas, con las tortitas de ajonjolí, con el hambre canina que le ha entrado a todo el mundo de repen-te en esta sonochada de velatorio sin muerto? Llegan, para colmar el vaso, los hermanos Reyes y los Torongos que piden güisqui, claro, y hay que servírselos para coger el tono — dicen— y templar las voces. De pronto advierto que, junto a nosotros —como dos miembros más de la familia, que más cara que espaldas tienen las dos y nadie dice ni pío por otro lado— la Luisa y la Lola confraternizan, que tal es el descon-cierto y el cachondeo y nadie sabe ya quién es marido de quién ni quién querida de tal, ni tal esposa de cuál. La mara-bunta, mas yo tranquilo; casi tanto como Margarita que se niega a tomar ni una copa y es toda ojos y toda burlona sonri-sa de suficiencia apoyada en el quicio... del soportal, en don-de los cantaores y los guitarristas —que esta gente del bronce saben rápido cómo acomodarse— inician, tras mucho dengue y mucho ensayo y mucha silla de enea donde apoyarse y mu-cha botita taconera zapateando en falso y mucho encajarse las chaquetillas, una *sevillana* de las antiguas:

¡Ay qué salero!
Tú no has visto a la Virgen,
con el sombrero...

* * *

Una hora larga dura el cachondeo, que más pudo de no ser porque en estas juergas colectivas, improvisadas o no, como

en este caso, la gente tiene siempre culo de mal asiento y lo que de veras les gusta es el nomadeo de tres copas aquí, cinco allá y dos en afines voluntades de cada mochuelo a su olivo, como está mandado; olivo o catre, quiero decir, o corbujón de las carretas o simple polvo al relente bajo la sombra — lunar— de un acebuche. Dispersión o desbandada —dice el lechuzo de Carlos— que en cuanto los Toronjos y los hermanos Reyes dejaron de cantar volaron los moscones — incluidas nuestras prójimas, que ya bastante cara le echaron con su presencia y se escabulleron por el foro; que una cosa es compartir el patio y otra muy distinta las plateas.

Propongo a Margarita, a Carlos y a José Julio —que hemos quedado solos; Sagrario se me fue con la marquesa, mis hijos cada cual por su lado y el resto, a la chita callando, vaya usted a saber— tomar unos güisquis en casa. Llegamos, aquí a dos pasos, y nos sentamos bajo la luz del quinqué. ¿A qué viene este silencio? Antonio Pérez, mi secretario, que se había escabullido antes, vernos llegar y tomar el portante fue todo una. Se lo agradezco. Seguramente ha adivinado mi interés por mi cuñada. Tengo que agradecerle su discreción y buen sentido. La estrategia la tengo bien organizada, una copa y puerta a los dos varones, que no han servido sino para cubrir mi retirada y que Margarita no rehusara —en un principio— mi compañía. Lo peor es que no acaban de enterarse, sentados los cuatro en corro, en la casa puerta, bajo el sombrero, en las sillas de enea. Qué pelmazos. A casa de Lola debíais marchar —les digo en un aparte—, pero tú, Jota Jota, ojito con la niña (Luisa, la de mis ojos). Como si oyeran llover, porque ambos miran a Margarita dispuestos a la primera de cambio, y en cuanto me ven que hago un movimiento en falso, a tirarle los tejos por derecho, sin melindres ni remilgos. ¿Dónde está esa cacareada lealtad que nos une y esa nuestra legendaria solidaridad de clase?

El servicio —cuerpo de casa, doncellas, criados y lacayos— se encuentran tan agotados del trajín del día que han subido al sobrado a dormir en las colchonetas de camisa de maíz que Sagrario, compadecida que lo hicieran todos los años sobre

unas mantas pelonas en el suelo, ha mandado confeccionar y que, tan contentos, han estrenado. Me lavo las manos de haberles ofrecido ese confort, que el pie se les da y se toman la mano —y al cuello se nos abalanzarían, de poder. Sólo Matilde, nuestra fiel y vieja cocinera —que tan bien aliña el menudo, los callos y la gandinga, con su clavo y su matita de yerbabuena y su copita de cazalla dulce para aromatizar la salsa; que tan a punto sabe freír los soldaditos de Pavía, mechar la carne y espumar a fuego lento la pepitoria de gallina—, se ha quedado de imaginaria para atender cualquier eventualidad —o capricho— que podamos sufrir —o tener— en esta sonochada de Pentecostés. Da cabezadas, sentada en el corredor, con el oído listo no obstante para atendernos, como es su obligación. Me dirijo a ella y con cariño paternal la obligo a acostarse. Gracias, señorito —me agradece—, pero ¿y si necesitan algo? —añade—. Lo que necesito es que desaparezcas —le contestó, guiñándole un ojo. Comprende rápido, que qué no había de comprender conociendo nuestros enredos y combinaciones.

¡Carajo, San Román! Tras cuatro medios largos de buen «blender», aquí ni Dios se mueve y advierto que Margarita —que también le da al cristal y no hace feos cada vez que vuelvo a llenarle el vaso y que ni habla ni paula— se siente indecisa. ¿A elegir pantalones?, me pregunto. Echo, con disimulo, un vistazo a mi reloj, una verdadera prenda, y advierto que son muy cerca de las cuatro de la mañana y que, en cuanto me descuide, ya está cantando el mirlo: hora límite, sobre las seis, del regreso de las correrías nocturnas. Mañana —que es hoy ya— todo serán ojeras y palideces, todo retortijones y arcadas, todo jaquecas y todo tembleques. Pero a las ocho, aguantando el tipo a base de limonadas, flor de azahar, aspirinas, infusiones y cafés de recuelos, hemos de estar en misa y disponer nuestra ánima para la comunión general. Tengo, pues, los minutos contados para poder tirarme a esta niña de mis pecados y de mis culpas, ay Marga, *s'entraña*, qué gusto que me vas a dar. Ninguna otra oportunidad volverá a presentarseme, y este par de cabrones remoloneando el quite y ha-

ciéndome sombras chinescas de panarras para deslumbrar al conejo con los espejos cazadores de sus requiebros, en los límites mismos de la procacidad. Le dicen uno y otro, a dúo: Margarita, corazón, contigo era capaz de bajarme a la pileta aunque te hubieran venido los *ingleses* (qué fino); Margarita, vendería mi alma sólo a cambio de ponerte un *rabo* en el tranvía de la Puerta Real, que va siempre vacío (qué ordinariez). Aunque siempre sonriente —que en eso se ve su buena crianza—, Margarita está linda la mar. Hace ¡por fin! su elección y alarga la mano izquierda —en un característico ademán de *grisette* parisina, tan elocuente— chascándola en el aire para pedirme un cigarrillo. Saco de mi pitillera de oro uno, lo enciendo, doy una chupada y se lo entrego. Tiemblo como un azogado esperando su reacción, que cuál iba a ser; lo toma, da un par de fumadas y me lo devuelve. ¡Hecho, coño, está en el talego! Me relajo. Sólo me falta ahuyentar a estos dos tipos, carajo, que si tuviera un rifle de montería o una pistola a mano les saltaría ahora mismo la tapa de los sesos. ¡Habrás visto! Ninguno de los dos mueve un solo músculo. Habían cogido la copla; pero si no lo hicieran —que con la curda se pierden los reflejos—, ahí tienen ahora patente una nueva demostración de que esta mujer es mía, luego de que mi cuñadísima se sienta en mis rodillas para que le llene de nuevo el vaso mientras pasa la yema de sus dedos por mis viriles canas. Unas gotitas de sudor perlan su frente. El soplo de aguanieve de su respiración se cruza con mi aliento. Nada. Ahí siguen pasmados. Estoy a punto de tomar una decisión, la de poner a los dos en la puta calle, cuando ella, tras un bostezo, se levanta, hace un gesto con la mano, se lleva los dedos a la boca y nos dice que se va a la cama (para que yo la encuentre ya en combinación de satín, las que me gustan, cuando siga sus pasos para entrar en su alcoba). Finjo la mayor indiferencia cuando su silueta se pierde en el zaguán.

—Yo también me quedo —digo a José Julio y a Carlos invitándoles a retirarse.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta el Núñez.

—Pues eso; que también me voy a acostar, que no puedo con

mi alma —le contesto.

—Pensé que ibas a venir a ver a Luisa.

—No. Si vas a dormir con Lola dile, si ella está aún despierta, que me has dejado en casa. Sabrá comprenderlo. ¡Y no se te ocurra, ni por pienso, llevarte a éste de lazarillo! —le digo señalando al Menco.

—¡Oye, oye! —replica José Julio.

—Nada tengo que oír. ¡Tú no pisas esa casa!

* * *

Enlazados del brazo como dos maricones —lo que, en el fondo, son Carlos y José Julio—, ¡zape, zaraza!, salen de mis dominios y se pierden, buscando el socorro de una penúltima copa, que no les ha de faltar, en cualquier parte, que joven es aún la noche aunque hayan dado ya la media de la cuatro y Venus se encuentre colgada —como una farola de gas de mis años de infancia— sobre el pino más alto, a la derecha del Real, allí donde los rodales abren sobre la arena la antigua senda —cañada y trocha— de la playa de Matalascañas.

Respiro a pleno pulmón el aire perfumado de esta madrugada de Pentecostés. Sin prisa ya, que no es preciso, entro en casa, entorno la puerta, paso al baño, me doy una ducha, cepillo mis dientes y me enjuago la boca con «licor del polo» para ahuyentar los vapores de mi mal aliento alcohólico. Luego, vestido con un pijama de pierrot —que me regalara en mi cumpleaños Sagrario—, la apostura de Grant y la sonrisa de Gable (mis dos actores predilectos), repiqueteo suavemente con los nudillos en la puerta de la alcoba de Marga, chumino mío, que consciente soy de protagonizar un pasillo de comedia americana. Silencio. Vuelvo a repetir mi llamada. Inútil. Es innecesario, me digo, no anunciar la llegada del amor, se toma un arco y se arroja el dardo cual Cupido. Penetro vacilante y, sin prender la luz, me arrojo en la cama de Marga —gemela y contigua a la vacía de mi hija. Alboroto de sábanas. No palpo.

Cómo había de palpar, si está también vacía. Descompuesto por el chasco, prendo el reverbero. La cama está intacta. Enloquecido, doy voces reclamándola a gritos por toda la casa, hasta que en el rellano de la escalera del doblado aparece con un candil Matilde y me dice que la señorita Margarita se ha ido a dormir arriba, con la servidumbre. Mordiéndome los labios de furia hasta hacerles saltar la sangre, que todo lo permito menos la burla, que por menos me lío la manta a la cabeza y le prendo fuego a medio mundo, que conmigo no se queda ni Dios, maldita zorra, que me cago en la *Jornadita*, regreso a mi alcoba a vestirme y me echo a la calle donde una pareja de guardias civiles a caballo me dan el alto —¡lo que faltaba!— y me piden la documentación. ¡A mí! No acabo de comprender su actitud y así se lo hago saber indignado. Les digo que no llevo ningún documento encima, pero pronuncio mi nombre y mis sonoros apellidos —compuestos, gracias a la habilidad y la sapiencia de mi padre, que a punto estuvo de conseguir incluso una baronía, aunque en este puñetero país lo único realmente importante es ser Grande, ya lo sabemos— y, tras cuadrarse, me piden disculpas. Hubieron de alumbrarme antes con sus linternas y comprobar mi porte, claro está. Buscan —me dicen— a un peletrín que, al caer la tarde, ha violado a una muchacha de trece años de la Hermandad de Hinojos y luego la ha dejado medio muerta en mitad de la Marisma. ¡Garrote vil al infame!, no puedo menos que exclamar. Tienen sus señas, añaden, y juran que lo encontrarán. Están ya alertadas todas las parejas de la *línea*. Al caer la noche parece ha sido visto dando vueltas, borracho. Cuando se despiden con toda corrección, a la que están obligados con nosotros, les deseo suerte y, con la cabeza a punto de estallarme, me encamino a la casa *chica* de Carlos, donde despertaré a Luisa. Aún resta una posibilidad de que esta madrugada tenga, por fin, sentido para mí, en cuanto quizá pueda antes del alba ponerle los cuernos a Carlos, al que seguramente le han vuelto sus antiguas aficiones de adolescencia y se encontrará bajo un eucalipto dándose el pico con José Julio que, por tal de obtener la promesa formal de que heredará sus trajes de desechos, no se andará con melindres el Menco. ¡Total, por una pajita colegial!

Inexplicablemente, la casa *chica* de Carlos se encuentra cerrada a cal y canto y a oscuras, apagados los candiles del sombrero. Doy vuelta a la manzana —que perillo de Galarosa es más bien y ni siquiera reineta—, alcanzó la corraliza, salto el tapial y entro en el recinto donde una lechuza aceitera me mira desconfiada y recelosa con sus ojos redondos desde un quicio para silbar un grito trémulo, asustada por mi presencia, ella perra guardiana —por las trazas— de nuestro harén de hembras desvalidas, antes de dar un voletido y perderse en el alba rosada que se anuncia. La puerta cochera anda también cerrada. Grito el nombre de Luisa y, también, el de Lola inútilmente. Vacía no se encuentra la casa, no, porque una *mariposa* —lamparilla de devociones y de ánimas— alumbraba tras los visillos del doblado que celan las ventanas de las alcobas. ¿Qué puede suceder? ¿Qué ha sucedido?

Loco de atar, de furias y de rabias, me siento en el abrevadero y cierro los ojos o, mejor dicho, se me cierran; que no se puede ser tan macho, que no escarmiento, que los años —aunque inmortal— no pasan en balde. Vencer me dejaría por la cansina modorra porque no hay duda que terminé por quedarme dormido para soñar con los pechos de mi nodriza, su delantal almidonado, su cofia y sus puñetas de encaje en los brazos, a medias mangas.

Abro, por fin, los ojos sorprendido por mor y culpa de unos pasos de puntillas que se alejan de la puerta cochera. Y que a ella vuelven de nuevo tras el chis-chis femenino que reclaman una última caricia.

Oculto, tras dar un felino salto en la alargada sombra lunar de la vertiente del tejado, observo estupefacto cómo Luisa y Antonio Pérez —que no hay Antonio Pérez bueno y secretario; que la historia es maestra de la vida— se besan larga, desesperada, impúdicamente bajo la jamba de la puerta del corral tras haber pasado la noche juntos. Sus siluetas, confundidas en un largo abrazo, se recortan como polichinelas de un teatro de cristobitas sobre el muro encalado. Cuando el portón vuelve a cerrarse, con un campanilleo de cerrojos y aldabas, Pérez, el villano, cruza la corraliza y salta como un muchacho de

un solo golpe el tapial. Me quedo de piedra que, cómo me iba a quedar; pero gracias he de dar al cielo de ser el único testigo de mi deshonor; que cuernos a la chita callando son graves, pero pregonados son aún peor, que más vale honra sin barcos que barcos sin honra.

Debo agradecer, pues, a Margarita su burla —cosa de familia, al fin y al cabo, que queda entre nosotros— y a la Blanca Paloma su providencia que me ha permitido descubrir esta infidelidad de dos seres a los que me encontraba vinculado, por su vasallaje. ¡Gracias, Dios mío! Ahora, al menos, sé a qué atenerme y, en el fondo —mirémosle el lado positivo— me siento liberado, lo que no excluye, claro está que, al llegar a Sevilla, presente dos denuncias: la primera a mi ex secretario por conspiración y contubernio contra el Régimen, que testigos no me han de faltar, y a la infame por complicidad, amén de li-
pendi para que le apliquen también la ley de vagos y maleantes.

Amanece ahora ya violentamente. Vuelvo a saltar la tapia con mil fatigas para dirigirme a mi casa, ducharme, ponerme un terno limpio y unos nuevos botos relampagueantes y un nuevo sombrero gris pelusa, divino, y encontrarme en mi puesto, eterno caballero de la resignación y los buenos modos, a la hora en punto, de rodillas sobre el comulgatorio de la ermita, con el varal de plata en la mano diestra, el pulgar de la izquierda dentro de la faja, noble el porte e impasible el ademán, serio, solemne y altivo, señorito andaluz, sin miedo y sin tacha.

* * *

Todo un año esperando la llegada de este momento único y sublime. Nada importa ya lo que pudiera suceder anoche, que olvidado lo tengo —encerrado con siete vueltas, siete llaves, siete puñales, siete contraseñas secretas en la caja de los relámpagos y de los truenos— como buen cristiano que acaba de comulgar. Tras la misa, las campanas repican a gloria en el

instante mismo en que, junto a Sagrario y mis hijos, los cuatro unidos por los únicos lazos que realmente cuentan —la sangre y el dinero— contemplamos desde el interior del templo la salida al Real de la Reina de la Marisma, Blanca Paloma, Virgen, nuestra, del Rocío.

La ermita —donde no cabe un alfiler— se halla sitiada por los almonteños, los auténticos y únicos protagonistas, pues son ellos y más nadie los que hoy ordenan y gobiernan —en un efímero reinado, pero reinado al fin y al cabo—, sus acólitos, sus *eclesiásticos* y sus prestes de *casullas* de patén y *dalmáticas* de lienzo, camisolines de pobres y labriegos.

Cualquiera de sus palabras —no por soeces menos gráficas— son órdenes para todos los romeros. Si le lleváramos la contraria en el más pequeño de sus caprichos, que no son otros que formar una muralla humana para que nadie ajeno a Almonte intente ser porteador de las andas, nos pasarían a todos a cuchillo, de ser preciso, que a más de un osado han linchado a lo largo de los años y, luego, sería Fuenteovejuna toda la que mató al Comendador. A su propio párroco, que les predica ahora delante del paso de la Virgen —corto sermón que ya comienza a impacientarlos—, serían capaces de atravesarlo con la navaja albaceteña en que han quedado transformados sus antiguos venablos de caza mayor del tiempo del Rey Sabio.

Hace sólo unos lustros les estaba permitido bailar y cantar en la iglesia, incluso durante la misa que precede a la procesión, pero ahora, a Dios gracias, deben —lo que en la práctica es discutible— permanecer en silencio hasta que la Virgen —ya en vilo desde dentro— cruce la cancela y un millar de hombres jóvenes se haga cargo de las andas de su divina patrona para pasearla a sus anchas por el Real y llevarla de casa de Hermandad en casa de Hermandad, de capilla en capilla, de plaza en plaza, de calle en calle, sin un itinerario previsto, aunque todos se cubran.

Los naturales del término judicial —y sólo ellos— ocupan desde el alba la verja para, al salir la Reina, abalanzarse sobre

ella y ser los primeros en arrimar sus hombros a las andas, una canastilla de plata cincelada, apenas barroca en su simplicidad de equilibrada orfebrería de imagen gótica, y en donde incluso el palio mantiene una armoniosa linealidad del que carecen las vírgenes dolorosas de los pasos de Pasión de Sevilla y Málaga, de Granada y de Úbeda.

El sermón que, sin querer, inevitablemente se alarga en requiebros y flores a María —Turrís Ebúrnea, Stella Matutina, Reina de la Gracia, Clavel de la Marisma, Regina Angelorum... y luego en consideraciones teológicas— es interrumpido por cientos de voces de insultos, e incluso de blasfemias, que no son sino cándidas expansiones del fervor y de la fe de un pueblo que, de alguna manera, tiene que dar escape a su agresividad frente al poder de la Iglesia que, según piensa inconscientemente, le ha *arrebatado* a su Deidad; que catequizarlos había enviándole misioneros que le enseñara a rezar a la fuerza, que ni el yo pecador saben algunos, que todos los años me paso un sofocón con este número, que no parece importarle al Arzobispado sino que, al revés, secretamente lo fomentan. Es para taparse los oídos, pero me veo obligado a respetar la tradición, la única que cambiaría, por supuesto:

—¡Menos palabras!

—¡Cura, hijo puta! ¿Cuándo nos la sueltas?

—¡Calla, fullero, que *ná* de lo que dices nos importa!

—¡Habrás visto el *impostó*!

—¿Qué *sabe* tú de la Reina?

—¡Fuera!

—¡Fuera!

—¡Fuera!

—¡Cura loco!

—¡Échale más *piropo* y no nos *dé* más sermones!

El párroco se ve obligado a aceptar su derrota, como un gallo inglés, y a iniciar de nuevo su letanía de alabanza:

—¡Divina! ¡Blanca Paloma! ¡Reina de la Marisma! ¡Hermosa!

¡Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos! ¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María, Madre de Dios! ¡Ruega por nosotros!

Y abriendo aún más los brazos, alzado ya también él a hombros como a un espada saliendo por la Puerta del Príncipe de la Maestranza de Caballería, enardecido (¡qué copas —de coñac— pocas debe encima llevar para resistir tantos pablorromeros, tantos conchasierras y tantos mihuras!), decide entre sofoco y arreboles poner la imagen en mano de los almonteños que, de no hacerlo, también lo lincharían:

—¡Ahí la tenéis! ¡Os la entrego! ¡Estrella! ¡Divina Pastora! ¡Madre Nuestra! ¡Sin pecado concebida! ¡Dios te salve! ¡Reina y Madre de misericordia...!

El momento —y ya toda la procesión a partir de ahora— tiene la grandeza de las lecturas de las bulas de las Cruzadas contra los infieles. Las andas de Nuestra Señora parecen navegar en mitad de una tempestad en un mar proceloso, hinchadas las velas bajo el soplo de la tempestad de los gritos unánimes con que todos ya entonamos la Salve.

Palmas, gritos, aplausos, llantos, rezos, lágrimas, mientras las camisas blancas de los hombres de Almonte se desgarran en sus esfuerzos por ser —cada uno de ellos en particular— el titán que más peso reciba en las espaldas mientras entonan una cadenciosa melopea, a la vez canción y onomatopeya de sus esfuerzos de cíclopes.

Ya en mitad de la arena ardiente del Real, la Guardia Civil, en uniforme de media gala —como escapados de un óleo de Casas, dijo en viéndolos Margarita, mi amor—, abre la marcha de la procesión de cuatro largas horas, aliviadas, naturalmente, con tantas *sevillanas* como copas, oro de nuestras viñas.

* * *

Los adioses son siempre melancólicos. Mi Hermandad ha vuelto a ponerse de nuevo en marcha de regreso a Sevilla. El camino de vuelta está siempre para mí —este año con más

motivos— lleno de tristeza. Tres días y otras tantas noches — en las que me temo que no pueda vencer el insomnio— soportando y sufriendo las festivas coplas y bailes de los irresponsables a los que no duele ni lastima abandonar las Rocinas ni parece importarles, desde su insultante juventud, el paso inexorable de los años. No obstante, Señora, Virgen del Rocío, mi Reina, sé que no me abandonarás en mis infortunios y que durante muchas semanas de Pentecostés continuaré haciendo alegremente el camino hacia tu ermita — ilusionado con otros nuevos amores carnales que, con independencia de encargarle la compra de un virguito a la celestina del Aero, la que nos lo proporciona, pienso entretener a otra niña, de ser posible bordadora en blanco, para instarla en el piso de la innombrable, que en la cárcel sus culpas purgará— sobre mis caballos y mis carretas, repletas mis despensas de bienes materiales y en el corazón la luz de mi fe inconmovible en los principios que sustentan nuestra forma de vida que, por mucho que nuestros enemigos, los de fuera y los de dentro, pretendan (acabo de informarme del contubernio de Munich: una manada de cerdos a los que habrá que fusilar) hacer cambiar, proseguirán siendo los mismos por los siglos de los siglos, mientras existan un puñado de hombres de mi talante que, como yo, sepan lo mismo postrarse humildemente a tus pies que empuñar —como los almogávares y los templarios, mitad monjes, mitad soldados— las armas para defender los destinos de España.

TRES FRAGMENTOS *INÉDITOS*
DEL DIARIO DE MARGARITA

*Me hieres en el centro más profundo.
Pues conoces que el hombre no tolera
Estar vivo sin más: como en un juego trágico
Necesita apostar su vida a algo,
Algo que alza un ídolo, aunque con barro sea.*

Luis Cernuda

... Y, sin embargo, me veo obligada a reconocer que la fe en María de este desdichado pueblo mío, al que me siento no sólo emocional sino intelectual y espiritualmente vinculada, es capaz de desviar cursos de ríos y mover montañas. Y que, con independencia del divertimento que para estos señoritos —ciertamente, caricaturas de ellos mismos, lo que han sido siempre, y a los que hay que seguir ladrando porque aún cabalgan— significa la romería del Rocío (una fervorosa estampa popular, que ellos han transformado en un carnaval católico que les permite cada año dar riendas sueltas a sus complejos e inhibiciones), la patrona de Almonte es una bellísima imagen gótica policromada cuyo nombre se remonta a los textos bíblicos del profeta Isaías (45,8) —que sin negar su relación con las deidades femeninas Diana, Ceres, Minerva, Afrodita, Artemisa..., hilvanada desde el fondo de los tiempos a la memoria histórica de los habitantes de estos predios—, posee un indiscutible atractivo singular, un hálito de gracia, pureza y perfección, al margen de su belleza artística y de los antiguos mitos, que la hacen merecedora de invocación como verdadera Madre de Jesús. En ella late además el alma de un pueblo mil veces humillado y a la larga cien mil vencedor de sus conquistadores, que terminaron ganados a su causa; aunque es innegable que la depredación siga siendo su norma de conducta y el vasallaje la constante de su filosofía *colonial*, estimulando una cultura antropológica favorable a sus intereses y que, para contrapesarlos, al pueblo no le haya quedado otra solución que la de la picaresca, el *bandolerismo*, la mística ácrata o el consuelo y la esperanza —en una *vida* mejor— que sólo es capaz de proporcionarles la fe...

... Inolvidable la mañana de la procesión, cuando la Virgen sale al campo rodeada sólo de sus hijos legítimos. Toda la contenida rebeldía y agresividad de milenios de humillaciones de estos almonteños (cercados por el paro, el hambre, la represión, la miseria y el rebenque de los *jeques* de caballo *bai-laor*, con la seriedad del burro en el semblante —a lo que ellos

llaman *clase*— y la torpe altanería del cerdo de bellotas —que ellos califican de *buena crianza* ¡y tan buena!—) se sublima en homenaje a su Reina, delicada y frágil imagen estática y serena, remanso de paz, aureolada con los más exquisitos atributos de la tradición mariana...

... Así y de manera, pues, que antes de regresar a Sevilla sola, cargada con todos mis preciosos documentos gráficos, en un renqueante automóvil alquilado providencialmente en Almonte para llegar a tiempo de no perder el enlace en Madrid con el *Caravelle* que me devolverá a Le Bourge, he visitado la ermita —ya desierta— y he depositado un ramo de lirios silvestres en el altar de María.



JUSTIFICACIÓN

Quiero expresar desde estas líneas mi reconocimiento y mi

gratitud a José María Esteban, director general de Grupo Editorial; a Gustavo Domínguez, director literario de Ediciones Cátedra, y a Frederique Gajate, la joven y dinámica directora de Saga Literaria, que me convencieron para que desempolvara la ya para mí casi olvidada novela *De romería*, escrita en 1962 y que, por razones obvias, no pudo ser entonces publicada en España.

Dos condiciones —que fueron gentilmente aceptadas puse para su edición: revisar el texto procurando que no perdiera su intencionalidad ni su *torpeza* de pintura *naif*, en la primera parte, ni su sabor esperpéntico, en la segunda, y cambiarle el título para exorcizar un maleficio, en cuanto éste se encontraba para mí asociado con un procesamiento judicial (tras haber sido traducidos dos de sus capítulos en Dinamarca) y *algunos casos que recordar no quiero* que, como otros muchos lances de mi vida, reservo para mis *Memorias*, si me decido alguna vez a escribirlas.

Sirva fundamentalmente esta aclaración (del cambio del título) para los profesores e hispanistas que, a lo largo de los últimos diecinueve años, al estudiar mi obra literaria se interesaron por un relato que, con *El capirote* y *Testa de copo*, formaba parte de la trilogía. *A la izquierda del sol* y que, aunque figurara invariablemente en mi *currículum*, no ve hasta ahora la luz. Y, también, para los críticos y los fieles lectores de aquella singular etapa de mi carrera de escritor comprometido con los problemas sociales de Andalucía, aún desgraciadamente vigentes.

A. G.



ALFONSO GROSSO

(Sevilla, 1928 - Valencina de Concepción, 1995)

Novelista y cuentista español. Su familia, de procedencia italiana por línea paterna y de ascendencia campesina por parte de madre, pertenecía a la pequeña burguesía acomodada de Sevilla, y estaba relacionada con los círculos culturales y del poder de la ciudad. Cursó la educación primaria en la escuela de los Hermanos Maristas, y la secundaria primero en los jesuitas, para continuarla luego, a causa de la ruina de su padre, en el Instituto San Isidoro.

En la universidad, estudió Filosofía y Letras durante dos años, aunque finalmente acabó obteniendo el título de profesor mercantil en la Escuela de Comercio, en 1950. Ese mismo año aprobó la oposición al cuerpo del Instituto Nacional de Previsión, que abandonaría en 1962 a raíz de su traslado forzoso a Barcelona el año anterior al ser detenido por intervenir en una campaña proamnistía. En años posteriores, realizó algunos trabajos editoriales (por ejemplo, como asesor literario de Planeta) y desde 1968 hasta 1973 fue redactor en una agencia de publicidad.

Por lo que a su obra literaria se refiere, es un miembro más de la «generación del medio siglo» y, por tanto, en una primera etapa su obra se enmarca dentro de la línea del realismo social, en consonancia con su actitud crítica frente al régimen franquista, que le había llevado a militar en el Partido Comunista desde 1955. Fue en esta época, a finales de los años cincuenta, cuando se acercó a los círculos intelectuales madrileños, pues su trabajo de narrativa breve no encontraba lugar en las revistas literarias andaluzas, dedicadas principalmente a la poesía.

Su primera novela fue *La zanja* (1961), descripción realista de una jornada en un pequeño pueblo andaluz. En *Un cielo difícilmente azul* (1961) cultivó la misma técnica objetivista para seguir el viaje de dos camioneros por tierras de Cáceres, y consiguió dar forma a un crudo drama rural en el que los instintos individuales y los prejuicios sociales crean una atmósfera primitiva y sofocante. A continuación publicó *Testa de copo* (1963), *El capirote* (1964) y *Los días iluminados* (1965), libros en los que mantuvo una actitud de denuncia y el estilo directo propio de su primera época. Publicó además tres libros de viajes: *Por el río abajo* (1960), *Hacia Morella* (1961) y *A poniente desde el Estrecho* (1962), realizados en colaboración con Armando López Salinas, José Agustín Goytisolo y Manuel Barrios, respectivamente.

A partir de 1962 inició un periplo por varias capitales europeas que,

entre otras cosas le permitió la lectura de autores prohibidos en España. En 1967 fijó su residencia en Madrid tras su regreso de Cuba, donde había participado como miembro del jurado del Premio Nacional de Literatura.

A partir de mediados de la década de los sesenta su trayectoria literaria experimentó cambios importantes: abandonó el realismo social y buscó transmitir su planteamiento crítico utilizando fórmulas narrativas de mayor complejidad. Así se pone de manifiesto en *Inés just coming* (1968), novela en la que ofrece una visión sociológica de la revolución cubana a través de tres personajes que tratan de evadirse por medio del sexo mientras la isla se encuentra en estado de alerta por la inminente llegada de un ciclón. El empleo del monólogo interior y otros recursos de mayor calado experimental se unen a su capacidad de evocar ambientes de un modo sugestivo y fluido. Las mismas tendencias aparecen en *Guarnición de silla* (1970), retrato de una familia de bodegueros jerezanos, y en *Florido mayo* (1973), con la que obtuvo el premio Alfaguara.

Ya en la década de los setenta regresó a una línea menos experimental con libros como *La buena muerte* (1976), *Los invitados* (1978), *El correo de Estambul* (1980), *Otoño indio* (1983) y *El aborto de María* (1985), entre otros. Sus obras han sido traducidas al francés, sueco, ruso, polaco y rumano.